

# Sanlúcar de Barrameda

Huellas del pasado

Carlos Maza Gómez

**Sanlúcar de Barrameda**  
**Huellas del pasado**

**Carlos Maza Gómez**

© Carlos Maza Gómez, 2007  
Todos los derechos reservados

# Índice

## 1. Sanlúcar de los caballeros

<b>1</b>	Huellas del pasado .....	7
<b>2</b>	Plaza de la Paz .....	13
<b>3</b>	El Corral de la Comedia .....	25
<b>4</b>	El castillo de Santiago .....	33
<b>5</b>	Manzanilla de Sanlúcar .....	39
<b>6</b>	El camino de Sevilla .....	45
<b>7</b>	Misericordia .....	53
<b>8</b>	Caridad .....	63
<b>9</b>	El palacio de Orleans .....	69

## 2. Sanlúcar de los humildes

<b>10</b>	Hacia Jerez .....	81
<b>11</b>	El arroyo Abades .....	91

## 3. Sanlúcar de los comerciantes

<b>12</b>	Bretones .....	101
<b>13</b>	La Trinidad .....	109
<b>14</b>	Hasta las Atarazanas .....	115
<b>15</b>	El crimen de fray Alonso Díaz .....	123
<b>16</b>	Regina y Fariñas .....	131
<b>17</b>	Calle de Santo Domingo .....	137
<b>18</b>	La frustrada independencia de don Gaspar .....	147
<b>19</b>	La plaza del Cabildo .....	153

<b>20</b>	El crimen de fray Pablo de San Benito .....	161
<b>21</b>	Madre de Dios .....	169

#### **4. Sanlúcar de los veraneantes**

<b>22</b>	Convento de la Victoria .....	177
<b>23</b>	Bolsa y Cerro Falón .....	185
<b>24</b>	Calzada del Ejército .....	193

#### **5. Sanlúcar de los marineros**

<b>25</b>	El puerto de Bonanza .....	203
<b>26</b>	El Coto de Doñana .....	213

# **1**

## **Sanlúcar de los caballeros**



# 1. Huellas del pasado

Llegué a Sanlúcar de Barrameda una mañana del mes de junio. Me encontré con los caminos por los que se accede al centro llenos de prohibiciones y desvíos. Sólo entonces recordé que se celebraba la popular fiesta de la Manzanilla. Toda la calzada del Ejército por la que se accede a la playa estaba ocupada por casetas con toldos de colores verdes, rojos y blancos. Cuando me fui por la tarde la calzada iba poblándose lentamente de paseantes, niñas con trajes de volantes, madres y padres bien vestidos, niños que correteaban.

Sanlúcar no ha sido piadoso con su pasado. A lo largo de su historia cristiana, la que empieza en el siglo XIII, hace casi un milenio, ha derribado y vuelto a construir, ha abandonado a su suerte murallas y edificios que hoy serían recuerdos históricos de importancia local. Busqué el convento de san Agustín, lugar de relevancia en su tiempo aunque fuera uno más de los que los duques del lugar, los Medina Sidonia, levantaron o ayudaron a levantar. Hablé con un hombre ya mayor que sonreía al verme con mi cámara al cuello y también se mostró algo desconcertado cuando le pregunté dónde se asentó dicho convento. Me señaló otro. Le insistí: “No, el convento de San Agustín, es en esta calle, pero ¿usted sabe dónde exactamente?”. Miraba a un lado u otro, medio disculpándose. Le señalé la esquina donde debía haberse situado dicho convento, aunque no estaba seguro. “Eso era un cine cuando yo era joven”. Me quedé mirando el edificio que se había levantado sobre el cine, una farmacia ahora. Muy posiblemente fue ahí donde estuviera el convento que buscaba, un edificio que se vino abajo hace casi trescientos años por desidia, abandono y falta de dinero. En él, pensaba, un fraile enfurecido cogió una pistola hace trescientos cincuenta años para dirigirse a otro lugar distante

donde descargarlo en el pecho de un gobernador militar. En él, continué recordando, se refugió otro fraile cincuenta años después, poco antes de la destrucción del templo, huyendo de los que le perseguían por haber degollado a una joven en la misma puerta de otro convento.



Farmacia sobre el antiguo convento de S. Agustín

El hombre me miraba intentando dar unas explicaciones que ni él mismo conocía ya. Le di las gracias y continué paseando por la calle Misericordia, por la calle Cuna, la del Monte de Piedad... Casas nuevas que se levantaban sobre solares antiguos, fachadas que apenas se sostenían en pie, caserones abandonados de grandes familias venidas a menos, pasto de constructoras y especulación de terrenos. En la calle san Jorge me interné después de comer. Hacía calor, estaba la calle tranquila a pesar de dar a la calle Ancha, antigua calle de la Ribera, antiguamente terreno ganado al mar y hoy arteria central del Sanlúcar más comercial. Me fui situando, vi el convento de san Jorge, levantado a instancias de los comerciantes ingleses que hicieron de Sanlúcar su segundo hogar. Casi enfrente sucedieron los hechos. Primero pensé, decepcionado, que había sido en lo que ahora es un banco. Pero no, consulté mis notas y la casa donde se alojaba el gobernador Jacinto Velarde era una grande de la esquina.

Allí llegó un fraile y preguntó nerviosamente por él. Sus ayudantes le indicaron que estaba dentro, despachando asuntos con su secretario. Entró en una especie de vestíbulo. Al señor Velarde le dijeron que un fraile quería hablarle. El secretario siguió escribiendo una carta cuando su superior salió, se oyó una pregunta y luego, casi sin interrupción, una fuerte explosión. El olor a pólvora se extendió por toda la casa. El secretario salió asustado y vio al gobernador que venía hacía él, la mano en el pecho de la que brotaba la sangre. “Me ha matado”, dijo antes de derrumbarse.

Ahora nadie recuerda lo sucedido en esa casa porque, después de varios cientos de años de aquel suceso que tanta repercusión tuvo, sólo sobrevive la fachada de la casa, actualmente en obras. Dentro de poco será por dentro una tienda, un edificio moderno, el despacho de un abogado, otro banco. Todos habrán olvidado a ese fraile huido a Portugal, a

ese gobernador que tanto luchó con los allegados del duque por ejercer el poder en la ciudad, a otro fraile que el día anterior resultó muerto en una refriega por unas libras de carne, bienpreciado entonces.



Bodegas Barbadillo, en la antigua Puerta de Sevilla

Paseo por las calles y encuentro en el barrio alto, el lugar más antiguo de la ciudad, desconchones, casas en mal estado, otras aseadas y encaladas. La plaza de santa Brígida es hoy una rotonda al final de la calle Sevilla, un lugar lleno de coches que giran para internarse en esa misma calle o en la de santa Brígida o de la Zorra. Antaño fue el lugar donde se abría la puerta de Sevilla. Si se cierran los ojos puedes ver las murallas, que ya en el siglo XIV estaban derrumbándose. Los árabes no inquietaban a la ciudad hacía mucho tiempo. Por esa puerta pasaban carros y mulas, productos que llegaban de Sevilla, caballeros que tomaban ese camino para visitar la gran ciudad, nobles que venían a visitar a los duques, eclesiásticos, pequeños comerciantes sobre sus mulas haciendo un largo camino. Cerca pasaban arroyos que

arrastraban basuras, que surtían fuentes como la del Dorado o la de Amarguillo.

La puerta de Sevilla se abrió en la muralla para facilitar ese tránsito. Hoy la recorren coches, hay bodegas de Barbadillo bordeándola, casas viejas, herederas de aquellas otras que algunos muleros, carreteros y gente de toda lid fue levantando de manera ilegal adosándolas a las murallas para dar lugar, en su extensión, a calles más allá.

En mi primer itinerario he recorrido todo el perímetro de lo que fue la muralla de la localidad, la que los Medina Sidonia levantaron hace muchos siglos para enfrentarse al peligro de los moros que venían de África para cosechar impunemente sus riquezas. Hoy casi todo su recorrido está formado por calles que sólo excepcionalmente recuerdan aquella edificación, la calle del Muro Alto la más evidente por su nombre. También el castillo de Santiago, en un lento proceso de recuperación después del abandono de varios siglos.

Quedan huellas del pasado, leves, apenas entrevistas en ocasiones. Uno pasea y se tropieza con la antigua plaza del Alcázar Viejo, hoy llamada de otro modo. Quizá ahí se levantara el patio del alcázar que encontró Alonso Pérez de Guzmán, “el Bueno”, cuando tomó posesión de la villa que le donaba su señor rey en reconocimiento a la defensa de Tarifa, incluida la vida de su hijo mayor. El edificio árabe fue el lugar inicial donde se acomodaron sus hombres hasta que se optó por un perímetro mayor en la defensa, una muralla que circundara un amplio espacio desde el mar hacia el interior. El alcázar árabe quedó así en medio, sin un claro destino. Sus muros fueron cayendo poco a poco, su patio convirtiéndose en un basurero. Algunos prohombres, servidores del duque, se ofrecieron a construir a sus expensas casas y calles. Así fueron derribándose esas piedras para dar lugar a una nueva ciudad.

A pesar de que Sanlúcar se ha renovado, ha cambiado profundamente una y otra vez derribando y olvidando su pasado, hay algo que se adivina constante. En la plaza de santa Brígida, antiguo lugar de paso de carros y muleros, hoy son coches los que giran en la rotonda. En el lugar del barrio bajo donde se empezaron a popularizar las ‘vendejas’, ferias de comercio en aquella época, hoy está lleno de comercios como en la plaza de San Roque. Uno ve los puestos por donde circulan turistas, gentes del lugar probándose sombreros, pañuelos, curioseando la mercadería, y puede recordar esas vendejas, no tan distintas. Donde antes había comerciantes bretones, ingleses, franceses o bilbaínos hoy son negros que llegaron un día de lejos para establecerse y abrir una tienda. Luego, al irme, veo la calzada del Ejército poblada de casetas, gente deambulando y puedo recordar que por allí iban las señoras con sus trajes largos camino del mar a finales del siglo XIX, cuando los Orleans habían atraído a tanta pequeña nobleza sevillana. El tranvía que un avisgado negociante instaló para que esas señoras no pisaran el barro y las basuras que los arroyos llevaban hasta el mar, hoy es un paseo no muy largo lleno de casetas dedicadas al mismo ocio, a charlar en grupos, a abanicarse para aliviar el calor de la tarde.

Aunque las huellas del pasado tienden a borrarse, persiste la misma vida, el mismo deseo de comerciar, reunirse en torno a un refresco, una copa de manzanilla, ordenar la vida ciudadana, derribar una casa para construir otra. La misma vida, mil veces expresada de formas diferentes.

## 2. Plaza de la Paz

Toda historia, desde que se vierte en crónicas y escritos de su época, tiene un comienzo. La de esta ciudad se encuentra en 1264, cuando Alfonso X culmina la ocupación realizada por su padre Fernando III “el Santo” en la ciudad de Sevilla. En los acuerdos alcanzados entonces, en 1248, se había excluido de la presencia cristiana Sanlúcar de Barrameda. Ahora al fin se ocupaba transformándose en un puesto de avanzada, un realengo dependiente de la cercana ciudad de Jerez de la Frontera.

Por entonces contaba ocho años un niño nacido en León y que sería llamado a tener una importancia capital para esta ciudad y toda la presencia real en terrenos de Andalucía occidental: Alonso Pérez de Guzmán, “el Bueno”. Hace poco he visitado su tumba en el convento de San Isidoro del Campo, en Santiponce, provincia de Sevilla. Allí se encuentra frente a la tumba de su mujer, María Alfonso Coronel. Lo mismo que él llegó de tierras castellanas para morir en 1309 en la sierra de Gaucín, combatiendo contra los musulmanes, y ser enterrado en Sevilla, en sentido contrario los restos de San Isidoro, encontrados según la leyenda cerca de Santiponce fueron finalmente trasladados a León.

En el mismo año de 1264 se registra una revuelta mudéjar que lleva a la expulsión de Sanlúcar de toda la población autóctona árabe. Los escasos musulmanes que permanecieron allí junto a un pequeño grupo de repobladores no pudieron impedir durante años la presencia agresiva en la costa de invasores árabes procedentes de Marruecos hasta el extremo de que desde 1275 hasta 1291 los meriníes reconquistarán varias veces la ciudad.

En 1295 Alonso Pérez de Guzmán contaba casi cuarenta años. Luchando contra los árabes al tiempo que alternaba las gestiones diplomáticas en la corte marroquí se

fue distinguiendo allí donde los nobles de la época buscaban su fortuna, en el terreno de batalla.



Tumba de Alonso Pérez de Guzmán

Ya como Adelantado Mayor de la frontera es conocida su denodada defensa del puesto fronterizo de Tarifa donde perdió a su primogénito Pedro Alonso. Sancho IV, que ya había puesto a su cargo Alcalá de los Gazules, Vejer, Chiclana y Conil ( llamadas realmente “de la Frontera”), manda escribir, postrado por la enfermedad que le llevará a la muerte:

“Primo don Alonso Pérez de Guzmán: Savidio habemos lo que por nos servir havedes fecho en defender essa villa de Tarifa de los moros, haviendo tenido cercado seis meses y puesto en estrecho, y afincamiento, y principalmente sopimos, y en mucho tovimos, dar la vuestra sangre y ofrecer el vuestro hijo primogénito por el mi servicio y el de Dios delante, y por la vuestra honra”,

para terminar disculpándose de no haberle socorrido antes:

“Ca si malo no estuviera, y en tanto afincamiento de mi enfermedad, nadie me tollera que a vos non fuera yo a socorrer: mas faredes con musco lo que yo non puedo facer con vusco que es veniros luego a mí porque quiero facer en vos mercedes que sean semejantes a vuestros servicios...”.

No pudo ser este rey el que recompensara al noble sino su hijo Fernando IV que dos años después, en 1297, da Sanlúcar al defensor de Tarifa. Cuando Alonso llega a la ciudad que ya es suya por donación real encuentra un Alcázar árabe envejecido en el que se refugian las pocas almas que sobreviven al acoso de los invasores árabes. La jugada para

rey y noble es redonda. El primero se libra de la responsabilidad de la defensa de una población difícil de defender ante tantos ataques. Alonso Pérez de Guzmán llega allí y, disponiendo de tantas localidades interiores para asentarse, frente a un viejo alcázar llamado de las “Siete Torres”, concluye que será allí, en la población quizá más alejada del Estrecho, donde residirá. No sabe, nadie sabe aún, que casi doscientos años después la ciudad conocerá un esplendor sin parangón al constituirse en puerto natural por el que desembarcar todas las riquezas provenientes de América.

Lo cierto es que ya reconoce su importancia como vía fluvial hacia la importante ciudad real de Sevilla. “Bah-rh-medá” significa en árabe “puerta arenosa”. El Guadalquivir, que por allí desemboca, efectivamente presentaba en aquel tiempo y durante varios siglos una importante barrera arenosa que dificultaba el tránsito de los barcos. Pero era una vía rápida hacia el interior, algo eficaz en cuanto a carga y tiempo, respecto a los mulos y las carretas, la única alternativa existente por vía terrestre.

Paseo por la plaza de la Paz, un lugar alargado abarrotado de coches que transitan por todos sus rincones, como en el resto de la ciudad, con obras por doquier que transforman el paseo en una carrera de obstáculos. En esta plaza empieza la historia cristiana de Sanlúcar a finales del siglo XIII. Alonso Pérez de Guzmán, su familia, entre ellos su hijo Juan Alonso, que gobernará la villa desde la muerte de su padre, en 1309, hasta 1351, se acomodaron en la mezquita del alcázar viejo. Lo primero que mandó hacer Alonso Pérez fue construir una muralla que circundara no sólo dicho alcázar sino también un amplio semicírculo que es en esencia el llamado barrio alto de Sanlúcar, el que primero he recorrido siguiendo la senda ya inexistente de esa muralla.



Parroquia de Nª Sª de la O

En esta plaza se corrían toros, se celebraban fiestas, se reunían los señores y celebraba el pueblo, se abrió una pescadería donde se surtían los pocos habitantes, se asentaron en sus aceras los escribanos. Allí, sobre una de las torres derribadas del antiguo alcázar árabe mandaron construir los Guzmanes una iglesia parroquial dedicada a Nuestra Señora de la O. Corría el año 1360 y ya gobernaba el nieto del primer señor de Sanlúcar. No fue hasta el quinto señor, Enrique Pérez de Guzmán, cuando esta familia abandonó a su suerte la ruinoso residencia heredada de los musulmanes para ocupar un palacio construido en uno de los extremos de la plaza.

Desde principios del siglo XV y durante siglo y medio será permanente residencia de los Guzmanes. A su lado la parroquia donde mandarán construir un paso elevado que lleve desde sus habitaciones en el palacio hasta el interior del templo. He visitado una hospedería, que hoy ocupa parte del palacio, he recorrido los rincones llenos de encanto, las fuentes que murmuran mientras al otro lado del muro, por la

cuesta de Belén, rugen los coches metiendo una marcha corta para vencer la acusada pendiente. Desde el patio del palacio, debajo de una hermosa reja que mandaron traer desde la residencia en Sevilla de la familia, se puede ver a la izquierda la torre de la iglesia parroquial, su hermosa puerta que se abre en Semana Santa para dar paso a una procesión. Al fondo, la plaza de la Paz se extiende alargada albergando esos trozos de historia que apenas pueden adivinarse hoy.



Fachada de la parroquia



Palacio de Medina Sidonia al fondo



Hospedería actual del palacio

En una de las esquinas se alojó el primer Cabildo de la ciudad, en 1511. Algo más allá encuentro a un viejo sentado al revés en un banco, la cara sobre los brazos doblados encima del respaldo. Me mira y atiende mi pregunta. Me dice, “Sí, es aquello, el antiguo Pósito”.



Plaza de la Paz, antiguo Pósito a la izquierda

Existente desde 1515 aunque su construcción definitiva debería esperar varias decenas de años, el Pósito sanluqueño fue uno de los primeros en España, un lugar donde almacenar el grano para surtir al pueblo en caso de necesidad. Y era mucha la necesidad entonces, siempre dependiendo la ciudad del trigo de Jerez, Trebujena y lugares aledaños. Hay que tener en cuenta que el dominio de los Guzmanes sobre el territorio fue reduciéndose con el tiempo. El segundo señor de Sanlúcar hubo de dotar a sus hijas con territorios bajo su autoridad. De esta forma el Puerto de Santa María quedó en manos del duque de Medinaceli mientras Rota y Chipiona correspondían al duque de Arcos. Aún hoy en día descendientes de este último vendieron no hace mucho

unos amplios terrenos que poseían entre ambos municipios, dándose lugar a una urbanización de semilujo, Costa Ballena, uno de los emblemas de la política urbanística costera que ha dado un gran impulso a toda la zona, para bien y para mal.



Conservatorio de música

Así pues, Sanlúcar no poseyó terrenos agrícolas importantes y los que tuvo fueron dedicados al cultivo de la vid, dado que el vino era fácilmente exportable y resultaba de una gran rentabilidad. De ese modo tenía que dirigirse a Jerez, a Sevilla, a Lebrija, que dependía de la primera. Incluso Trebujena, que caía bajo la jurisdicción sanluqueña, tuvo a gala mantener una cierta independencia política y económica frente a la cual los Guzmanes tuvieron que ser diplomáticos, dando históricamente una de cal y otra de arena a cada población, según quién reclamara. El Pósito, pues, fue el centro alimenticio de la población llegando a almacenar hasta 1.100 fanegas de trigo. El actual edificio es una reconstrucción efectuada en el siglo XVIII y que ya tiene otros propósitos.

Frente a él se encuentra el conservatorio de música Joaquín Turina, antigua Cárcel Real. Luego el paseo continúa por la corta calle Cárcel, que recuerda el mismo lugar, y desemboca en la antigua plaza del Alcázar Viejo, hoy dedicada a un luchador comunista, Manuel Romero Pazos. Al parecer fue en esta tranquila plaza donde se encontraba el patio del antiguo alcázar, el que fue abandonado a su suerte, sus muros derruyéndose lentamente, acumulando desperdicios y restos abandonados en su suelo. Recorro la plaza, casi desierta, sus bancos tranquilos, los árboles recientes.

Aquí también acabó otra historia, me digo, aquí se apiñaban los árabes antes de salir de la ciudad y dejar paso a los cristianos. Y ahora que recuerdo mi breve paso por ella me viene a la memoria aquel anciano que dejé atrás, apoyados sus brazos en el respaldo metálico de un banco, como contemplando su tiempo ido, aquel en que fue joven. Tal vez mirando aburrido una plaza que casi no reconoce, creyendo recordar otros tiempos pasados. También yo, me digo, recuerdo. Por aquí, en esta plaza de la Paz, anduve un

día hace varios años, y era fiesta del Corpus. Toda la plaza se cubrió de flores y yo fui caminando a su lado, extrañado de tal derroche de trabajo. Las familias paseaban, los viejos charlaban mirando lo realizado, algunos niños querían tocar las flores, las piedras de colores. Era, recuerdo, un día de fiesta, la plaza bullía de actividad, caminantes, familias elegantes, jóvenes que se sentaban en los bancos. Un día de fiesta, como aquellos otros, cuando los Guzmanes presidían los festejos, cuando en cierta ocasión llegó a honrarles con su visita el rey de España y se tiró la casa por la ventana, hubo comidas, cañonazos, música y alegría, antes de que el rey hiciera lo que había venido a hacer: cazar en los terrenos al otro lado del río, en el término real de Almonte, hoy coto de Doñana. Porque las festividades, en estos pueblos, siempre terminan por volver.



Plaza del Alcázar Viejo



### 3. El Corral de la Comedia

La plaza de la Paz era el centro de la vida civil y religiosa de la ciudad en aquellos tempranos tiempos. De ella partían cuatro calles que desembocaban en otras tantas puertas que se abrían en la muralla: la del Mar o la Ribera, por la actual cuesta de Belén, junto a los jardines del palacio de los Guzmanes; la del Pozo, que daba a una de las fuentes más conocidas y apreciadas, la del Pozo Amarguillo, cerca de donde hoy se encuentra la cuesta del Ganado, recuerdo antiguo del Matadero; la de Jerez, a la que se llega por una calle recta que atraviesa transversalmente la ciudad y, finalmente, la puerta de Sevilla, cuyo acceso es una larga calle que discurre paralela a la antigua muralla en el lado que da al mar. Hoy en día este camino tiene dos rotulaciones: La primera discurre desde la parroquia de Nuestra Sra. de la O, junto al palacio, hasta el castillo de Santiago, el baluarte esencial de la muralla. Es la calle Luis de Eguilaz. La segunda, más allá del castillo, conservará el antiguo nombre de calle Sevilla.

Luis Martínez de Eguilaz fue uno de los pocos sanluqueños que se han distinguido en el campo del arte o las letras. Resultó habitual, sobre todo en los siglos XV y XVI, cuando las calles fueron tomando sus primeros nombres en los registros del Cabildo, que adquirieran el apelativo que recordara a hombres señalados que vivieron en ellas. Son calles donde resuenan ecos de prohombres asociados al duque, contadores, regidores de cuentas, administradores de los Guzmanes, propietarios de terrenos y viñas, ilustres eclesiásticos en ocasiones. Luis de Eguilaz fue, sin embargo, dramaturgo y poeta. Nació en una de las casas que viene rotulada al efecto y murió allá donde iban los que querían triunfar en el mundo de las letras del siglo XIX, en Madrid.



### Calle Luis de Eguilaz

Sin embargo, la calle fue conocida durante mucho tiempo como la de la Compañía de Jesús. Camino eludiendo el sol inclemente de esta hora de la mañana hasta la puerta de lo que fue su convento desde 1620. Hay un amplio y desnudo vestíbulo y, al otro lado, una puerta abierta lleva hasta un hermoso patio. En el centro un pozo, ahora iluminado por el sol. El suelo está limpio, bonito con sus rombos blancos y negros. En el cuadrado circundante se escuchan las voces de varias familias que comentan cosas ininteligibles, se dan órdenes, se escucha el breve llanto de un niño.

Don Manuel Alonso Pérez de Guzmán, decimocuarto señor de Sanlúcar, pudo llevar a efecto el deseo de su familia desde hacía un siglo de favorecer a esta compañía de frailes, tan destacada por otra parte en la vida religiosa de la época. Ya su bisabuela, doña Ana de Aragón, había llamado a su pariente san Francisco de Borja, el fundador de la orden, para que viniera a Sanlúcar, como así hizo. Sin embargo, no fue hasta un siglo después en que, siguiendo la tradicional

costumbre de la nobleza de aquel tiempo, así como de todo tipo de prohombres enriquecidos y que aspiraran a la respetabilidad, sufragara la construcción de este convento y la instalación de esta orden. Desde el principio se constituyó como punto esencial de la influencia jesuita en las Américas dado que todos los frailes que viajaban a tan lejanas tierras embarcando en Sanlúcar, permanecían en el convento una temporada.



Patio del antiguo convento de jesuitas

No fue estable, sin embargo, su estadía en la ciudad. Por un lado, sus grandes favorecedores, los Guzmanes, conocieron momentos amargos cuando en 1645 Gaspar Alonso, hijo de Manuel Alonso, cometiera el error de traicionar a su rey intentando, de acuerdo con su cuñado el duque de Braganza, recién levantado contra el rey castellano en Portugal, la independencia de la zona andaluza. Ello trajo aparejada la pérdida del dominio sobre Sanlúcar, que pasaría a ser realengo, y el extrañamiento de los Guzmanes de la villa, a la que no volverían hasta mucho tiempo después y sin

el poder de antaño, sólo poco a poco recuperado. Fue el declive de la ciudad, hasta entonces protagonista del tráfico de Indias, y cuya importancia pasó a manos de Cádiz y otras ciudades de la costa gaditana.

Pero en 1767 recibieron los jesuitas el golpe de gracia con la expulsión decretada por Carlos III de toda su orden del territorio español. Con ello acabó su presencia en Sanlúcar que sólo había durado poco más de un siglo. Desde entonces, el convento fue dedicado a Casa de Expósitos, con salida a la calle adyacente que aún hoy recibe el nombre de calle Cuna, y a otros diversos propósitos. Actualmente es una bodega, como tantos otros espacios del Sanlúcar intramuros. Las familias que escuché en aquel hermoso patio debían ser las de aquellos que cuidan de aquel lugar, quiero suponer. No tuve ocasión de preguntarlo porque nadie salió a ver quién era el turista que hacía fotos incesantes del pozo, las flores y ese amplio espacio claustral.

Atravesé el callejón de los Trapos, frente a la calle Cuna, para llegar a un estrecho callejón paralelo a Luis de Eguilaz. Frente a una puerta había una furgoneta parada. Me asomé tras comprobar la placa de la entrada, donde figura el nombre buscado. Hay un patio blanco en el que me adentré. Dos columnas sostenían otros tantos bafles de donde salía, algo estruendosa, música actual de un grupo español desconocido. Fotografíé el lugar, los arcos que sostienen el techo del patio, la escalera que da acceso a una amplia estancia superior. Estaba en el antiguo Corral de Comedias.

Hacia 1577 las fiestas del Corpus, alegres y brillantes como las actuales, venían acompañadas de la actuación de compañías de cómicos que representaban autos sacramentales y otras obras más ligeras. Su éxito fue inmediato en un tiempo tan dado a las fiestas como ahora, probablemente, y sin la presencia de grandes divertimentos para el pueblo llano. La presión popular fue tal que el duque Manuel

Alonso, en 1615, mandó construir un corral o patio de comedias en terrenos aledaños a su palacio, un lugar oscuro y apartado de la vida pública y que de noche se transformaba en lugar de mal vivir.



Antiguo Corral de Comedias

Había una puerta para los hombres, otra para las mujeres y un acceso aparte para la nobleza y personas de relumbré social. El siglo XVII fue un tiempo de éxito completo de la dramaturgia sanluqueña puesto que venían todo tipo de compañías a representar las grandes obras del teatro clásico del siglo de Oro. Sin embargo, la presión eclesiástica sobre la casa real condujo a una orden dada para todo el reino en 1689, en la que se dictaba la supresión de cualquier acto teatral. Ello supuso la muerte de ese período y el progresivo derrumbe del corral, que nadie quiso rehabilitar en el siglo siguiente. Sólo en el siglo pasado las bodegas Barbadillo se hicieron con el solar para reedificar el corral a la antigua usanza, si bien habilitándolo para bodegas.

Subí las escaleras ante la indiferencia del técnico de sonido, que probaba la música para algún acto nocturno de la fiesta de la Manzanilla. Pude deducirlo porque arriba, en una estancia muy amplia, se alineaban mesas elegantes con sus manteles y sus platos, preparadas para recibir a un número copioso de personas. Ya estaban preparadas las bebidas, los refrescos y, naturalmente, las botellas de manzanilla. Estuve tentado de coger una pero me pareció inapropiado y decidí bajar de nuevo al patio. El técnico había desaparecido y pude curiosarse aún más. Me asomé a algunas puertas a ambos lados del patio, una de ellas entreabierta.

En ellas descubrí, en medio de una completa oscuridad sólo salpicada por la luminosidad del exterior, dos amplias salas repletas de botas de vino, amplias barricas donde esa manzanilla iba encontrando el punto adecuado. Olía intensamente a vino y a moho y a una espera de años entre la oscuridad.



Bodega Angioletti, en el antiguo Corral

En una de ellas, al hacer una foto, observé por el visor una figura que deambulaba por el pasillo mirando las botas de vino. El técnico de sonido también tuvo curiosidad por observar todo aquello. Luego me fui. El sonido de la música seguía atronando el aire. Hace casi cuatrocientos años fueron otras voces que decían sufrir, amar, desafiar, honrar, morir. Las de aquellos cómicos a los que la Iglesia y el Estado, por poderosos que fueran, no consiguieron callar para siempre.



## 4. El castillo de Santiago

Se sigue el callejón de la Comedia recorriendo de forma imaginaria el perfil de la muralla que daba a la ribera del mar. Al fondo del mismo se levanta un castillo desgastado por los años y un abandono paulatino contra el que se combate periódicamente, según el impulso de las autoridades y el dinero disponible.

Uno de los aspectos geográficos más notables de Sanlúcar es el hecho de que el mar llegaba en el siglo XV hasta el mismo flanco del barrio alto. De hecho, estas murallas mandadas construir por el primer Guzmán se levantaron sobre unas barrancas debajo de las cuales estaba el mar. En un momento determinado, por causas naturales al parecer relacionadas con la falla geológica del Guadalquivir, la orilla se fue retirando hasta su situación actual, casi un kilómetro más atrás de la de entonces.

La culminación militar de esta muralla fue el levantamiento del castillo de Santiago por el séptimo señor de Sanlúcar, don Enrique, segundo duque de Medina Sidonia. Es de planta cuadrada con una torre exagonal y otra cuadrada como un bastión que sobresale del perfil del cuadrado interior. Concluida en 1477 ese mismo año fue visitada por los Reyes Católicos que desembarcaron en el puerto de Sanlúcar provenientes de Sevilla.

“... como la reina deseaba ver la mar que nunca la había visto y por hacer placer al duque partieron el rey e la reina por el mes de octubre deste año al principio y vinieron por el río en barcos hasta Sanlúcar y la gente de la guarda y de la casa fueron por tierra, y el duque de Medina tenía aparejado en la su villa el recibimiento... y el duque los aposentó en la

fortaleza nueva que él había hecho durante los días que allí estuvieron”.



Torre del homenaje

Cuando supe este hecho hace tiempo quise imaginarme a la reina subiendo a la torre del homenaje, la de planta exagonal. Una mujer de sólo veintisiete años que, viniendo de Castilla, mira por primera vez la extensión infinita de ese océano que un día, desde el propio Sanlúcar, será atravesado por numerosas naves, entre ellas las del tercer viaje de Colón o la empresa inverosímil de Magallanes y Elcano. El cronista de los reyes habla del deseo de la reina de ver el mar y “facere placer” al duque pero, sin duda, hay mucho más en este viaje. Sólo hacía tres años por entonces que Isabel había sido proclamada reina de Castilla con la fuerte oposición de Alfonso V de Portugal y su mujer, Juana, la llamada Beltraneja por correrse el rumor de que había sido su padre don Beltrán de las Cuevas, amor ilícito de la reina de Castilla. Habían corrido vientos de guerra civil durante esos tres años y sólo un año antes de esta visita real los partidarios

de Isabel habían obtenido una decisiva victoria sobre los portugueses cerca de Toro.

Por entonces el marqués de Villena, principal valedor de la causa portuguesa, estaba en negociaciones con la corte de Isabel, pero aún persistían en Portugal y Andalucía focos importantes de resistencia. Y allí en Andalucía contar con el apoyo del duque de Medina Sidonia era una garantía. Tan importante era su apoyo que el año siguiente sorprendió a Isabel aún en Sevilla donde dio a luz su primer hijo, el infante Juan.



Calle Cava del Castillo

Desde el callejón la calle que bordea los muros se denomina Cava del Castillo. Eso recuerda que esta calle era en realidad el foso o cava que circundaba su contorno. La ahora pequeña puerta de este lado aún muestra restos del puente levadizo que constituía una de las puertas principales del castillo. En él se almacenaba pólvora, armas y una fuerte guarnición de hombres del duque primero, luego dependientes del rey, a partir del siglo XVII. El castillo fue

lugar militar de primera importancia en la defensa del acceso fluvial al Guadalquivir y en la defensa frente a los piratas moros que aún volvieron en 1529 a asolar la costa. Fue entonces cuando se encerraron entre sus muros a los esclavos moriscos ante el temor de una insurrección interior.

Poco a poco el castillo dejó de tener la utilidad de antaño. Con el retroceso del mar la costa empezó a quedar lejos y ser mal defendida, circunstancia que dejó de ser necesaria por otra parte ante la tranquilidad que la monarquía española garantizaba para el libre tránsito de sus barcos hacia América. El crecimiento del barrio bajo al compás de la ganancia de terreno hizo además que fuera peligroso incluso realizar prácticas de tiro. De hecho, quedó en los anales de la época la queja de un vecino del barrio de la Rivera porque su hija había perdido la vista de un ojo por un disparo que entró por su ventana, ante lo cual su padre pedía al Cabildo una compensación económica que se le terminó dando.

Hacia el siglo XVIII los muros del castillo estaban derrumbándose, por lo que se iniciaron algunas obras de mejora. Fueron suficientes para albergar a los franceses que ocuparon la ciudad a principios del siglo XIX preparándose para su inútil intento de conquistar Cádiz. Posteriormente, también dieron cobijo y prisión atenuada a cientos de soldados franceses que fueron hechos prisioneros en la batalla de Bailén. Desde entonces, nuevo deterioro progresivo hasta hace unas decenas de años.

Hago las últimas fotos y trato de imaginar cómo será el castillo en su interior. No lo veré, quizá en muchos años, mientras duren las obras de reconstrucción. Me dirijo hacia la calle Sevilla y dejo atrás las chatas almenas, las piedras semicaídas, el recuerdo de una mujer joven dispuesta a controlar todo su reino sin saber por entonces dónde eso le llevaría. Tal vez con la única fuerza de su ambición, su

decidido propósito de gobernar aquellas tierras con mano firme.

El carril de San Diego había sido siempre de uso exclusivamente militar y permitía la llegada rápida de soldados y pertrechos hasta el puerto fluvial, para su defensa. Sin embargo, el tránsito civil era cada vez mayor y ello incluía mulas, carros que se atascaban entre el barro dejado por los arroyos, hombres que azuzaban a las bestias y obstaculizaban el paso. Hubo prohibiciones, multas y enfrentamientos hasta que se decidió la construcción de una vía civil hacia el barrio bajo, que fue el Carril de los Ángeles, hoy una escalera que desciende camino de la calle Ancha.



Carril de los Ángeles

En la primera esquina del castillo veo descender el Carril de los Ángeles hacia el barrio bajo. Luego trepo un terraplén para sacar fotos más cercanas de los muros y, al bajar, desemboco en la otra esquina, donde se yergue la torre más alta, un enorme bastión, y baja de nuevo hacia el barrio bajo el llamado Carril de San Diego. Ambos carriles son

frutos de la disputa entre las autoridades militares y las costumbres populares. En la parte inferior del castillo, bajo la barranca que daba acceso a los nuevos terrenos ganados al mar, empezaba a crecer un nuevo y pujante barrio, el de la Rivera o barrio bajo de Sanlúcar. Allí estaban las atarazanas ducales donde los hombres se atareaban reparando y proveyendo las embarcaciones de su señor, dispuestas a realizar las actividades comerciales que le reportaban pingües beneficios. Allí se levantaban cabañas de pescadores y empezaban a celebrarse vendejas populares donde todo se compraba y se vendía.

## 5. Manzanilla de Sanlúcar

Frente al castillo de Santiago hay una pequeña puerta que hay que atravesar para visitar las bodegas Barbadillo, las más antiguas de la ciudad. Se registra la producción de vino en Sanlúcar ya en el siglo XVI aunque probablemente tenga mayor antigüedad. Por entonces gran parte de los campos se dedicaban al cultivo de la vid, mucho más rentable que otros por su fácil venta incluso a países lejanos como Inglaterra o las Américas. Sin embargo, si actualmente hay un producto vinícola característico de la zona éste es el vino manzanilla.



Entrada a Bodegas Barbadillo

En 1793 nació Benigno Barbadillo en Covarrubias, Burgos. Desde muy pronto viajó con toda su familia a México para administrar y cuidar los intereses de un tío abuelo suyo, sacerdote, que había amasado una fortuna en aquel país con negocios inmobiliarios, boticas y otras actividades comerciales de ultramar, entre ellas la importación de vinos españoles.

Debió ser la especialidad de Benigno este último aspecto que le puso en contacto con la población gaditana

desde donde se exportaban tradicionalmente buenos caldos en las naves que salían de su propio puerto. En 1821 se proclama la independencia mexicana y Benigno Barbadillo, con 28 años, regresa junto a su primo Manuel a tierra española para afincarse en Sanlúcar. Con los dineros obtenidos en tierra americana compran la bodega “El Toro” y comienzan una labor febril de exportación de los vinos de la tierra teniendo como cliente principal a Tomás Osborne. Será su nieto el que dé a la bodega el nombre del fundador por el que ahora es conocida.

Pago una módica cantidad por la entrada a las bodegas y mato el tiempo de espera subiendo al primer piso, donde hay un museo dedicado a la producción de este vino. Veo tres contenedores que muestran la típica tierra de esta zona, la albariza, cuya sustancia es porosa y retiene en gran medida la humedad. Luego el tipo de uva. Sanlúcar pertenece al llamado “marco de Jerez”, una especie de triángulo con esta ciudad junto al Puerto de Santa María como otro vértice y cuyos vinos presentan la denominación de origen Xerez o Sherry. En el marco de Jerez hay tres uvas distintas, la Pedro Ximenez, la moscatel, ambas con gran presencia de azúcar y, finalmente, la característica de Sanlúcar, la uva Palomino.

Esta uva y la vid de donde proviene tienen también una historia interesante. Hacia 1894 la filoxera entró por la zona de Cataluña y se extendió al resto del país. Es ésta una plaga que atacaba a la vid de una manera irremediable, destruyendo la planta y dejando sin cosecha aquella zona donde aparecía. En aquel año de veinticuatro mil botas de vino que se producían en Sanlúcar se pasó a sólo quinientas. Toda la producción vinícola quedó arrasada y la situación se tornó trágica para los productores. Sólo la introducción de la vid americana, inmune a esta plaga, salvó en años sucesivos la producción.

Si algo me ha sorprendido de este encuentro con la producción vinícola ha sido la extrema delicadeza del vino, cuánto es afectado por todo tipo de factores, por mínimos que sean. Días después asistiré en el convento de la Victoria a una conferencia sobre esta industria. Allí escucharé que el vino

manzanilla sólo puede producirse en Sanlúcar de Barrameda por una afortunada conjunción de factores como la humedad del viento de poniente, típico de la zona, la temperatura fuerte en verano pero suave en invierno y, por supuesto, el tipo de uva y lo que le rodea. Recogida en septiembre debe hacerse antes de que llueva porque, en caso contrario, el agua se llevaría un polvo especial que rodea a la uva y que es fundamental en el proceso de maduración del vino.



Una vez prensada la uva se obtiene un primer mosto (el mosto de yema) que es el reservado para los vinos llamados “finos”, los más importantes. El resto quedará para otro tipo de vinos, vinagre y, finalmente, para orujo la última prensada. Durante los siguientes siete días se produce el tránsito de casi todo el azúcar en alcohol. En diciembre han pasado casi tres meses desde la recogida en un período conocido como “sobretabla”, al final del cual, los expertos catan el producto para clasificarlo. El mosto ya ha adquirido por entonces un grado de alcohol de entre el 11 y el 12,5 %. Así, según sus características, unos serán destinados a ser vinos “finos”

mientras que otros, con un mayor grado de alcohol, serán destinados a “olorosos”.



Interior de la “catedral”

Cuando fui paseando por las bodegas veía grandes patios con tres filas de barricas superpuestas. Me recordaron inmediatamente a un cementerio, sensación agudizada por los nombres de los patios o bodegas, dedicados a distintos santos. Como nichos llenos de mosto, largas filas de barricas de roble

americano se alineaban a uno y otro lado, guardando dentro el secreto de la maduración del vino.

Las tres filas constantes (aunque puede haber más) tienen un sentido. Las de más abajo es la solera, el vino que lleva más años allí depositado. La fila intermedia es la primera criadera y la segunda corresponde a la fila superior. Todas estas barricas se almacenan, sobre todo si la producción va a ser de vino fino, en unas grandes bodegas de techos altísimos. En las de Barbadillo ese lugar era denominado la catedral.



Esta altura y lo cerrado de las bodegas tienen su sentido: Se pretende crear un microclima constante que deje cierto frescor durante el día caluroso y, por la noche, se cierran las ventanas superiores para que el aire caliente suba y debajo, envolviendo a las barricas, quede el aire más templado. Podemos hablar de la temperatura pero la brisa húmeda que viene del coto de Doñana es también de enorme importancia. Me explicaron allí que durante un tiempo los técnicos de Barbadillo estuvieron confundidos porque en determinada bodega no conseguían producir manzanilla mientras que en la catedral, unas decenas de metros más allá, sí. Llegaron a la

conclusión de que esta variación era debida a que la primera bodega se veía privada de parte de la brisa debido a la cercana presencia del castillo de Santiago.

El vino más joven se coloca en las barricas superiores, la segunda criadera. Sólo con el tiempo será trasegado a la primera criadera para que se mezcle con vino más antiguo y aún pasará en parte a la solera, con el vino cercano a los tres años, tiempo mínimo para que el vino de manzanilla pueda ser llamado tal. Tras la introducción de alcohol de vino hasta alcanzar el grado ideal de 15° (el llamado “encabezamiento” del vino), en vez de los 11 o 12,5° que tenía en diciembre, el vino reposa. Durante ese tiempo se hace visible el elemento más importante en la maduración del vino: el “velo de flor” o flor del vino. Una delgada capa blanquecina parecida en apariencia a la nata de la leche y que me enseñaron en una barrica que tenía una de las paredes transparente.

La barrica es de 600 litros pero sólo se llena en 500, dejando aire en el resto, en el caso de la manzanilla. El tipo de vino, su calidad, todo viene determinado por la acción de ese velo de flor. Proviene de aquellos polvos y sustancias orgánicas depositadas sobre la uva y que deben conservarse durante la recogida. Su naturaleza química es ser una levadura y su supervivencia en mayor o menor grado determina la maduración del vino pero está sujeta a todo tipo de cambios. Una humedad demasiado escasa la disminuye propiciando el vino “fino” de Jerez en vez de la manzanilla sanluqueña. Un grado de alcohol más alto que 15° conduce a su extinción dejando al vino en contacto con el aire de la barrica. Ello provoca un proceso de oxidación del vino transformándolo en uno de color más oscuro del tipo “oloroso”, finalmente más dulce.

A la salida me ofrecen una copa pero debo confesar que, confundido con el grupo anterior de visitantes que se dedicaba a la cata de distintas clases de vino, ya había probado lo suficiente para llevarme botellas de dos tipos. Y así fui luego por la calle hasta dejarlo de nuevo en el coche.

## 6. El camino de Sevilla

Dije que había cuatro caminos que salían de la plaza de la Paz para terminar en otras tantas puertas abiertas en la muralla original. Éste es el primero que recorro. La calle Sevilla, continuación de Luis de Eguilaz, es aparentemente anodina, como otras por las que pasearé a continuación. Este barrio alto, salvo puntos especiales (el palacio, la parroquia de Nuestra Sra. de la O, el castillo de Santiago y alguna cosa más que vendrá luego) no muestra un estilo especial en sus calles, un gusto por determinada decoración, un estilo determinados. Son calles prácticamente sin tienda alguna. Pertenecen a particulares que dejan en muchos casos la fachada sin encalar durante bastante tiempo.



Calle Sevilla

Además de eso están las bodegas. Con el tiempo, locales, casas antiguas, conventos abandonados, han sido ocupados por la presencia silenciosa de cientos de botas donde aguarda su madurez el vino manzanilla. En la calle Sevilla, ya cerca de la puerta del mismo nombre, se levantan las bodegas centrales de Barbadillo, una de las marcas más conocidas de la

ciudad. En 1793 nació Benigno Barbadillo en Covarrubias, Burgos. Desde muy pronto viajó con toda su familia a México para administrar y cuidar los intereses de un tío abuelo suyo, sacerdote, que había amasado una fortuna en aquel país con negocios inmobiliarios, boticas y otras actividades comerciales de ultramar, entre ellas la importación de vinos españoles.

Debió ser la especialidad de Benigno este último aspecto que le puso en contacto con la población gaditana desde donde se exportaban tradicionalmente buenos caldos en las naves que salían de su propio puerto. En 1821 se proclama la independencia mexicana y Benigno Barbadillo, con 28 años, regresa junto a su primo Manuel a tierra española para afincarse en Sanlúcar. Con los dineros obtenidos en tierra americana compran la bodega “El Toro” y comienzan una labor febril de exportación de los vinos de la tierra teniendo como cliente principal a Tomás Osborne. Será su nieto el que dé a la bodega el nombre del fundador por el que ahora es conocida.



Bodegas Barbadillo, al final de la calle Sevilla

Siguiendo la calle Sevilla su fachada izquierda es un muro alto y blanco que termina en la entrada principal de las

bodegas Barbadillo, ya en la propia puerta de Sevilla. En ella, como dije anteriormente, ya no se ven mulos y carretas, sino coches girando en la plaza de Santa Brígida. Si se mira desde ella, además del tráfico rodado, se pueden ver más calles que se extienden al otro lado de la plaza, calles de casas bajas, mal enaladas muchas de ellas, con gruesos cables que atraviesan el cielo de casa a casa, algo muy característico y de tan mala presencia en todos los pueblos andaluces. Por allí se extendía el ejido de Santa Brígida, un terreno antiguamente comunal donde en tiempos medievales los ganaderos sanluqueños podían llevar a sus animales a pastar. Fue allí donde se levantó la ermita dedicada a esta santa que dio nombre a la zona y, por extensión, a toda la calle por la que empiezo a caminar ahora. Para ello giro más de tres cuartos de vuelta dado que he llegado al extremo más puntiagudo de lo que fue la muralla del Sanlúcar medieval.



Calle Santa Brígida

Santa Brígida y su continuación, san Agustín, es una larga calle atestada de coches, con callejuelas hacia el interior del barrio alto, a su derecha, que ahora mencionaré, y con otras calles que se extienden hacia el barrio de san Cayetano,

ya extramuros, a la izquierda. Fueron calles que nacieron al compás de la remisión del bandolerismo jerezano, la consiguiente inutilidad de ese lienzo de la muralla que apuntaba hacia el interior de la comarca y la construcción ilegal y desordenada de casas, primero adosadas a la muralla por fuera y luego extendiéndose más y más hacia fuera. De todo ello hablaré más adelante, cuando recorra esta zona con mayor detalle.

Santa Brígida y san Agustín terminan en la siguiente puerta original de la muralla, la de Jerez, de gran importancia en su tiempo porque era el camino más usual para la llegada de todos los visitantes del duque. A la derecha de la primera se extienden varias calles que atisbo con poco entusiasmo. No muestran ningún aspecto relevante salvo profundos desconchones en las paredes, sobre todo en la calle Gitanos. La calle Pedro Rodríguez señala a un hombre ilustre que allí vivió, el administrador principal de Benigno Barbadillo en los tiempos de la fundación de las bodegas que luego ostentarían su nombre. El hecho de que fuera natural de un pueblo de Burgos sugiere una antigua amistad personal o familiar con los Barbadillo. No sólo tuvo esta labor de administrador y contable sino que, tras la muerte en 1837 de su patrón, se casó con la viuda pasando a ser el nuevo regidor del destino de las bodegas. A él se debe el primer vino de manzanilla embotellado, “La Pastora”, que dio un impulso considerable a la exportación vinícola de las bodegas.

La calle Gitanos, en cambio, recuerda que en 1577 el duque Alonso Pérez de Guzmán, el cuarto ostentando dicho título, y en su nombre el Cabildo de la ciudad, dieron licencia de asentamiento a la población gitana que había ido llegando desde el siglo pasado a tierras catalanas y, finalmente, recalaron en Andalucía. Fueron dos lugares en Sanlúcar por los que empezaron a construir sus casas pasando paulatinamente y no sin coacciones de la autoridad, desde su nomadismo original al sedentarismo. La primera zona se situaba en las afueras de la puerta de Rota y allí iremos más adelante. La segunda zona fue la que se encuentra entre el

castillo de Santiago y la muralla por el otro lado. En suma, toda la zona aledaña a la calle Sevilla por una parte y santa Brígida por la otra.



Calle Gitanos

En el siglo XVIII la calle Gitanos no era recta como lo es ahora sino que conocía dos quebraduras en zigzag. El castillo que ahora se ve al fondo cuando uno se asoma desde santa Brígida era invisible entonces. Debía ser una zona sucia y bastante abandonada en cuanto a higiene y oscuridad reinante por la noche. Naturalmente, la calle entonces era de tierra porque sólo estaban empedradas aquellas donde tal labor podía ser sufragada por sus propios vecinos.

La especulación inmobiliaria funcionó durante todos estos siglos de un modo peculiar y característico. El proceso tenía una serie de pasos. En primer lugar, cada calle era adecuada con cargo a los propios vecinos de manera que, si estos no tenían dinero, como era el caso habitual, la calle era de tierra, no existía el alcantarillado por lo que no era extraño que corriese por en medio un arroyo más o menos caudaloso arrastrando inmundicias, desechos y deposiciones humanas. A ello se unía la oscuridad nocturna y la presencia de gentes de

mal vivir prontas a sacar la navaja para dirimir cualquier cuestión cuando no a robar directamente a cualquiera que pasara por las inmediaciones. Hay numerosas referencias, sobre todo por parte eclesiástica, a las escenas deshonestas que podían encontrarse en tales sitios, sobre todo si había alguna mancebía o ramería cercanas.

Pues bien, cuando esto sucedía así y las quejas aumentaban, interesadas muchas de ellas, aparecía un prohombre, normalmente alguien vecindado cerca y que deseaba ampliar sus propiedades. Extendía un memorial ante el Cabildo donde, a cambio de varios miles de reales y el compromiso de una limpieza de la zona, encauzamiento de arroyos incluidos, pedía a cambio que se le hiciera propietario de diversas casas abandonadas, que se le permitiera cerrar callejones para ocupar su espacio, y otro tipo de ventajas. Tal petición solía ser recibida con sumo agrado por los ediles que veían así resuelto una serie de problemas para los cuales las desnutridas arcas municipales no eran capaces de dar respuesta.

La calle Gitanos es uno más de los ejemplos que cunden desde el siglo XVI al XVIII de tales prácticas. Pedro Legarde, en representación de su suegra, propietaria de una bodega que tenía entrada precisamente en la calle Gitanos, aducía que en ella había un espacio conocido como el “Juego de Bolos”, lugar de esparcimiento en dicho juego de soldados de un antiguo cuartel cercano al castillo. Tal práctica ya no existía entonces pero en las dos rinconadas de la calle que lo limitaban se acumulaban desperdicios, tenían lugar contiendas así como indecencias para la moral pública. Tal era el lenguaje de la época para predisponer favorablemente a los ediles. A continuación y tras añadir la aportación por esta señora de 900 mil reales para obras en cualquier zona de la ciudad, proponía la eliminación de las quebraduras de la calle y su extensión recta desde el castillo, en la forma en que un Cabildo, seguramente alborozado por la dádiva, concedió.

Sigo caminando y llego hasta la puerta de Jerez. Allí pregunto por el convento de san Agustín, como he

mencionado al principio, el que dio nombre a la calle. Aquel viejecito sonriente y agradable ni siquiera había sabido nunca que allí existió en otro tiempo un convento con tal nombre. Tras fotografiar una farmacia, que antes había sido cine y antes de eso a saber qué más cosas, empecé a buscar la calle Descalzas y la del Muro alto, vieja reminiscencia de aquella muralla que hoy es sólo un recuerdo borrado de la memoria de muchos sanluqueños.



## 7. Misericordia

Aún me encontraba al final de la calle Jerez buscando inútilmente un recuerdo del convento de san Agustín, testigo de la presencia de dos frailes asesinos hacía casi trescientos años. La calle se extendía en dirección a la plaza de la Paz, de donde provenía. Parecía una calle con bastante movimiento de coches y personas. El anciano al que pregunté me había señalado otra parroquia, san Miguel, como la única existente por aquella zona y superviviente de otros naufragios conventuales. En ese mismo lugar se construyó en el siglo XVI una pequeña ermita dedicada a san Juan de Letrán pero un siglo después se derribó para levantar la de san Miguel, por cuya puerta pasé en dirección a la calle Descalzas.



Calle Jerez

Entraba entonces en la parte del Sanlúcar más señorial, dejando a un lado el palacio de los Medina Sidonia, que no se encontraba lejos. Por esta calle de Jerez llegó el decimotercer señor de Sanlúcar, Alonso Pérez de Guzmán, el que dirigió la armada Invencible, después de recoger a su cuñado en Jerez. Los dos, dicen las crónicas, se quedaron admirados y

sorprendidos del recibimiento que la ciudad les otorgó en forma de amplias luminarias nocturnas constituidas por barriles de alquitrán ardiendo. Este tránsito ducal, relativamente frecuente en los viajes de los señores, hizo de esta calle un lugar de fiesta y homenaje. Es por ello que desde muy pronto, 1547, fue empedrada.



Iglesia de San Miguel

Pasada la iglesia de san Miguel se tuerce a la izquierda por la calle Descalzas para seguir el contorno de la antigua muralla. Se llama así por haber albergado a la orden de las carmelitas descalzas que vinieron en mal momento a esta villa. En efecto, el duque don Gaspar, el que intentó levantar Andalucía en torno a su persona, estuvo casado primero con doña Ana de Aragón cuyo deseo de acoger a estas monjas resultó frustrado por su temprana muerte. Cuando el nuevo matrimonio de don Gaspar con Juana Fernández de Córdoba parecía rehacer el compromiso ducal con las carmelitas vino el suceso de la traición y la requisitoria del rey que hizo perder el señorío de Sanlúcar a los Guzmanes además de retener en la corte al duque. Las monjas, que habían ocupado diversos lugares en la ciudad, se volvieron a encontrar sin valedor hasta que la lejana influencia ducal hizo que el Cabildo les cediera en 1664 un amplio solar en lo que sería esta calle.



Calle Descalzas

Las órdenes de frailes y monjas se constituían de una forma peculiar. En ocasiones eran llamados por prohombres o nobles del lugar que les cedían terrenos y dineros para que fundaran un convento, cuando no se los construían ellos

mismos. Sin embargo, hubo órdenes que llegaron invitadas como estas monjas sin que luego fructificara un digno acomodo por largo tiempo. Otras órdenes llegaron a las bravas, podríamos decir, sin informar a nadie y ocupando espacios abandonados en la ciudad. Los intentos del Cabildo de desalojar a estos ocupantes solían terminar en fracaso o, al menos, en la necesidad de donarles otros espacios en lugares distintos. Pero se quedaban sin mayores preámbulos y buscaban su influencia y las posibilidades económicas necesarias.

Lo cierto es que llegó el momento, como veremos enseguida, en que la numerosa presencia de conventos suponían una carga importante para el gobierno de la ciudad que debía, por la consideración que entonces se debía al mundo eclesiástico, ayudar a nutrir a esos monjes y monjas, declararles exentos de los impuestos que otras capas sociales, generalmente más pobres, pagaban, adecantarles los lugares donde residían, atender sus quejas sobre el cauce indeseado de arroyos, desalentar la presencia de comerciantes de toda índole en torno a las iglesias.

También esta calle Descalzas, anodina por lo demás, encierra circunstancias de interés. Uno piensa en todas esas historias encerradas entre los muros de nuestras casas actuales, quién sabrá de ellas, qué importancia tendrán, qué mundo cotidiano muestran. Paseaba por allí y parecía todo solitario, como abandonado, sobre todo por el contraste con la aldea y más animada calle de Jerez. Pero allí vivieron hacía tiempo los marqueses de Villarreal de Purullena, que hicieron su fortuna con cargamentos para las Indias, los marqueses de Villafranca y Carrión de los Céspedes que levantaron en esta calle un palacete que no supe encontrar. También en esta calle sin gracia aparente por la que pasé sin fijarme demasiado vivió otro hombre insigne, el afrancesado y amigo de Godoy Leandro Fernández de Moratín.

En el palacete que acabo de mencionar residió también, no sé por cuánto tiempo, Pepita Tudó. Es larga su historia e importante en la historia de España, aunque secundaria. Hija

de un artillero gaditano viajó a Madrid junto a su madre y dos hermanas para reclamar del gran valido de la corona, Manuel de Godoy, una retribución por la muerte de su padre. Algo vio en ella el gran hombre para, no sólo darles esa compensación, sino habilitar su propia casa para recibir las. Pepita contaba por entonces dieciséis años y posiblemente date de esa época su relación amorosa con Godoy con el que siguió conviviendo hasta su matrimonio con doña María Teresa de Borbón.

Ésta, la futura condesa de Chinchón que inmortalizara Goya en un famoso retrato, venía de una mala situación pese a ser pariente cercana del rey Carlos IV. En efecto, su padre Luis Antonio, hermano menor de Carlos III, renunció a cualquier aspiración al trono e incluso al apellido Borbón para sus hijos al casarse morganáticamente con María Teresa de Vallabriga, una mujer noble pero sin sangre real. En 1785 el infante fallece y Carlos III confía el destino de su hija María Teresa a un conocido convento toledano. Cuando doce años después la reina María Luisa, conocida amante de Godoy, le propone un matrimonio con el mismo, hombre fuerte del régimen, María Teresa no se lo piensa dos veces, habida cuenta de la restitución de su apellido y la que se prevé importante presencia en la corte, cerca de la reina.

El matrimonio, sin embargo, irá mal desde el principio, los consortes se detestarán desde muy pronto y la cosa llegará al extremo de que Godoy vuelva a llamar a Pepita Tudó a su lado conviviendo de extraña forma el matrimonio de conveniencia con la amante del caballero. La situación fue un escándalo a voces del que se hizo eco Jovellanos en una de sus cartas, luego publicadas, en las que manifiesta su profundo malestar al estar comiendo en la misma mesa donde le recibía Godoy, su mujer María Teresa de Borbón, y Pepita Tudó.

La visita de Godoy a Sanlúcar en noviembre de 1803 trajo aparejados grandes beneficios para la ciudad. De entonces debe datar la presencia de la Tudó en la calle de las Descalzas, frente al convento de las carmelitas. Quedo en duda de cuál sea el origen concreto de esta mujer porque resulta extraño que un hombre tan importante como lo era Godoy

entonces se fijara y favoreciera de tal forma a una población modesta como Sanlúcar y el por qué, siendo una visita rápida a fin de cuentas, vino con él Tudó adquiriendo incluso una propiedad. Lógico sería pensar que esta mujer fuera natural de la ciudad o al menos proviniera de ella cuando vivía su padre, el artillero gaditano. Lo cierto es que Godoy fue el impulsor del que en su tiempo fue famoso Jardín Botánico, en las afueras de Sanlúcar, el más importante de Andalucía, a cuya dirección puso al mismo director del jardín de Aranjuez.

Cuando en 1808 las presiones del infante Fernando, el futuro rey Fernando VII, motivan el motín de Aranjuez, la estrella de Godoy cayó en picado. El pueblo sanluqueño, uno de los grandes beneficiados de la labor del valido, se rebeló por las calles con el mayor salvajismo destrozando todos los recuerdos, estatuas y lápidas que honraban a Godoy. El Jardín sería arrasado por completo sin que nada sobreviviera de él, quedando como una superficie abandonada hasta su recuperación por Antonio de Orleans, sesenta años después, para convertirlo en finca de recreo.

Preso Godoy en el castillo de Villaviciosa de Odón es liberado por Murat siendo llevado, junto al rey Carlos IV, hasta Bayona donde Napoleón consumó la abdicación del rey de España en la figura de su hijo. El matrimonio con María Teresa de Borbón termina de hecho con la separación deseada de ambos. Confiscada toda su fortuna por el nuevo rey Fernando VII, Godoy malvivirá errante con una pensión francesa hasta su muerte en 1851. Pepita Tudó, que le sobrevivirá casi veinte años, le acompañó también en el revés de su fortuna. En 1828, a la muerte de María Teresa en París, se casaron Godoy y Pepita aunque se rumoreaba que ya lo habían hecho en secreto años antes.

En esta calle sin mayores recuerdos, sin una placa que rememore este hecho, vivió la Tudó cuando el poder de Godoy era mayor. Cuánta fortuna debió divisar desde el balcón del palacete, cuántos proyectos, la felicidad quizá de volver a su tierra habiendo triunfado, aunque fuera a la sombra del hombre más poderoso del reino. Cuánto miedo arrostraría años

después en el palacio de Aranjuez viendo cómo el populacho zarandeaba y hería a Manuel de Godoy en pleno motín. Cuánta amargura habrían de tener al envejecer fuera de la patria, muy lejos de aquel palacete donde fue feliz por un tiempo, empobrecidos para el nivel de vida que llegaron a disfrutar. Sin saber que, tras la algarada de Aranjuez, habría de vivir aún sesenta años más yendo de un país a otro. Que un periodista, ya cumplidos los noventa años, le preguntaría sobre su gran amor por Godoy y ella diría simplemente: “Godoy sólo conoció un amor, interminable y desesperado: la reina María Luisa”.



Calle del Muro Alto

Llego a la calle del Muro Alto. Allí estaba la muralla, tendido su lienzo sobre una profunda barranca por la que ahora se baja con comodidad siguiendo una escalera. Encuentro en ella dos pordioseros entre cajas de cartón. No parecen necesitar abrir paso y ocupan todo el existente pero no me importa porque ahora no he de bajar, no deseo salir del contorno de la muralla, ya lo haré otro día. Ahora me asomo hasta ver la calle paralela del Muro Bajo que fue llamada así por su cercanía, esta vez por fuera, a la muralla. Hay obras, solares excavados y rodeados de vallas metálicas cuando comienza la calle. La renovación permanente de los espacios de esta ciudad.

Después recorro la calle Misericordia, también paralela a la muralla y a la más lejana plaza de la Paz, con la que se comunica a través de diversas calles: Monteros, porque allí residían los que acompañaban en sus monterías al duque, Caridad, Monte de Piedad. Más allá, al final de Misericordia, la calle Caballeros.

El nombre proviene del hospital de la Misericordia cuya existencia consta a principios del siglo XVI como un importante centro de asistencia médica para pobres y necesitados. Era regentado por una cofradía de eclesiásticos y seglares de buena clase social, no en vano ésta fue zona donde se asentaron caballeros de cierto linaje. En el mismo siglo, reinando Felipe II, se emprendió la tarea de unificar los hospitales de cada ciudad y pueblo. Tras la correspondiente venia pontificia, requisito imprescindible por ser los hospitales en general competencia de eclesiásticos, todos los de Sanlúcar se unificaron en torno al hospital de la Santa Misericordia.

La administración del mismo fue propuesta por el duque a Juan Pecador, luego llamado Juan Grande. Siendo pañero en Sevilla y dedicado a la venta ambulante de ropa tomó el primer nombre y dedicó el resto de su vida a ayudar a los pobres, pidiendo limosna por ellos, fundando hospitales muy modestos para su atención hasta ingresar en la orden de San Juan de Dios de hermanos hospitalarios. Ellos fueron los que sostuvieron la acción de este hospital dirigidos por Juan

Pecador pasando a manos civiles hacia 1820. Una de sus últimas actuaciones había sido el acoger a los heridos, tanto franceses como españoles, habidos en la batalla de Bailén.

Después, en 1839, la desamortización de Mendizábal, fue el golpe de gracia para algunos conventos y hospitales como éste. Los hermanos hospitalarios optaron por irse de la ciudad y el hospital decayó sensiblemente hasta quedar en ruinas. Fue en el siglo siguiente cuando las bodegas “La Guita”, bien conocidas actualmente por ofrecer un excelente vino de manzanilla, ocuparon ese espacio para levantar allí sus bodegas, como en otras zonas céntricas del barrio alto.



## 8. Caridad

Descubrí la basílica menor de Nuestra Señora de la Caridad un día de Semana Santa. Tuve suerte en ello por lo que pude presenciar. Llevado por la curiosidad bajé desde la plaza de la Paz por la misma calle Caridad hacia donde circulaban numerosas familias, jóvenes y niños. Luego he andado por esta calle solitaria y casi no podía recordar cuando la vi por primera vez, llena de gente, repleta de conversaciones y saludos entre paseantes que se cruzaban, tan bien vestidos.



Iglesia de la Caridad. Portada principal

Entré entonces en un hermoso patio que pude fotografiar y luego pasé a la basílica en sí, para lo cual tuve que atravesar un espacio donde colgaban trajes religiosos para oficiar la misa, casullas muy adornadas, candelabros de plata. Me pregunté cómo podía ser lugar de paso la misma sacristía pero luego me he podido dar cuenta de que la entrada principal es otra aunque entonces estuviera cerrada para dar paso sólo a las procesiones que desde allí partían.

La gente se arremolinaba en diversos lugares contemplando los pasos, un hermoso Jesús Nazareno que al

año siguiente pude contemplar a gusto y de cerca, entonces en sus andas de plata rodeado de cirios. Sin saberlo estuve fotografiando una virgen llamada de la Caridad que luego averigüé es la patrona de la propia Sanlúcar. Las mujeres se santiguaban mirándola y murmuraban conversaciones mientras no apartaban los ojos de ella.



Virgen de la Caridad

La basílica, terminada en 1612, fue inspirada en el empeño de doña Ana de Silva y Mendoza, duquesa de Medina Sidonia, que no pudo verla terminada. Sin embargo, fue enterrada aquí, no sé dónde exactamente, habré de averiguarlo en otra ocasión. Fue grande su veneración por la virgen de la Caridad, entonces dispuesta en el barrio bajo, en la calle Bolsa.



Interior de la iglesia

No es el primer caso de la religiosidad de aquella época en que un devoto trae una imagen y la instala allá donde cree que puede tener repercusión popular. En ocasiones la situación no prosperaba pero en otras un favor concedido oportunamente fomentaba la fe de la población y lo que, en este caso, fue un deseo de un tal Pedro de Rivera, se transformó en culto público a una virgen especialmente querida tanto por la población como por las mujeres de algunos nobles. Si además eran duquesas la veneración era concluyente. Poco después de la terminación de la basílica el duque de entonces mandó llevar la imagen quedando allí hasta el día de hoy.

Frente a la iglesia había entonces una amplia plaza que terminaba en la barranca que desciende hacia la cuesta del Ganado, por donde se accede en coche habitualmente al barrio bajo. En la plaza, hasta la muralla que se levantaba entonces en el borde de la barranca, los duques celebraron ventas muy populares. El tiempo, la desidia y el interés particular coincidieron en cambiar esta situación. Se fueron aprovechando poco a poco las piedras más bajas de la muralla para obras privadas. Ello, unido al paso del caudaloso arroyo Abades que terminaba por desembocar en el mar, hizo que la muralla, poco a poco, fuera cayendo ante la indiferencia general. Toda esa parte se llenó paulatinamente de escombros e inmundicias y la importancia de la plaza decreció considerablemente. Sólo fue mucho después cuando una tal María Nicolau propusiera al Cabildo la construcción por su cuenta de la cuesta actual de la Caridad que permitiendo pasar la barranca daba lugar, como era consabido, a diversos aprovechamientos de esta señora del suelo de la plaza, ahora inexistente.



Plaza frente a la iglesia de la Caridad

Continúo andando tras comprobar que a esas horas la iglesia está cerrada. Paso por el extremo de la calle Monte de Piedad donde se estableció hace muchos años esta institución tan apreciada por los pobres. Luego desemboco en la calle Caballeros que bordea la última línea de la antigua muralla hasta llevar a la cuesta de Belén, por la que se accede al barrio bajo. Allí se encuentra el actual ayuntamiento, en el edificio que en el siglo XIX albergó a los Orleans Montpensier. Pero antes de entrar en él continúo un momento por esa calle de los Caballeros para alcanzar una casa cercana a la plaza de la Paz. En ella se alojó José I Bonaparte, el llamado por el pueblo español “Pepe Botella”, cuando llegó a la ciudad para dirigir el movimiento de las tropas francesas que asediaban Cádiz.



Calle Caballeros, número 5



## 9. El palacio de los Orleans

Un verano de hace dos años no tenía nada que hacer durante una mañana. En vez de quedarme leyendo mientras oía lejano el rumor del mar y cercano el de los cientos de veraneantes sevillanos que me rodeaban, cogí el coche y me acerqué a Sanlúcar. Apenas conocía nada del barrio alto, por el que sólo había paseado una vez por un corto tiempo. Me dirigí a la oficina de Turismo en la Calzada del Ejército y pregunté qué cosas había en la ciudad dignas de ver. Una chica me enseñó el primer plano que yo veía y me puso la punta del bolígrafo sobre un lugar. “No puede perderse el palacio de Orleans, hay una visita guiada dentro de quince minutos aproximadamente”. Luego extendió la marca del bolígrafo para abarcar el palacio cercano de los Medina Sidonia y la parroquia de Nuestra Señora de la O. “La visita comprende también la parroquia. Si se da prisa...”.



Entrada al palacio, actual Ayuntamiento

Crucé rápidamente el barrio bajo, ascendí por la cuesta de Belén siguiendo el plano y allí, a la derecha, había un amplísimo edificio rodeado de árboles. Atravesando un portal

metálico me encontré en un jardín delantero en el que sobresalía, a la derecha, un edificio largo que luego supe habían habilitado como biblioteca pública provisional y un pabellón lleno de encanto con tejado de madera y vivos colores. Frente a mí, entre palmeras, se accedía al palacio.



En 1848 es derrocado el rey Luis Felipe de Orleans en Francia. Se ve obligado a huir a Inglaterra donde morirá ese mismo año. La revolución republicana hace emigrar a toda su familia, incluyendo a su hijo Antonio de Orleans que opta por dirigirse a Madrid a la que le unen lazos familiares estrechos, no en vano la casa Orleans y Borbón están emparentadas y él mismo estaba casado con María Luisa Fernanda, hermana de la reina española Isabel II. Sin embargo, su presencia no es vista con buenos ojos por el gobierno Narváez que le asigna un lugar alejado para residir, el palacio de Aranjuez, y presiona de diversos modos para un alejamiento mayor.

Antonio de Orleans tomará ejemplo de la paciencia de su padre, que tuvo que soportar el exilio durante muchos años antes de ser nombrado rey en 1830. Opta entonces por viajar al sur, atravesar Andalucía y llegar a Sevilla, donde habita primero en la residencia real de los Alcázares. Allí es recibido

con entusiasmo tanto en pueblos como por las propias autoridades ciudadanas, a lo que don Antonio corresponderá siempre con numerosos donativos, reconstrucción de iglesias y favores que el pueblo sevillano siempre agradeció. Pese al fuerte carácter que siempre le caracterizaba y la frustrada ambición de reinar que presidía sus objetivos dinásticos, su acomodo al ambiente sevillano fue completo.



Entrada interna al palacio

Su primer objetivo para establecerse con propiedad fue el levantamiento del palacio de san Telmo cuyos jardines constituyen actualmente el parque de María Luisa, que en su día la casa Orleans donó al pueblo que tan bien supo acogerles. Pero, al igual que la reina Isabel había hecho de San Sebastián el lugar adecuado para el veraneo y lugar de reunión de las familias ilustres de la época, los Orleans, alejados de la corte, decidieron crear la suya propia en estas nuevas tierras, la que se conoció como la Corte chica en contraste con la real. Así se registran fiestas y agasajos que concedían a todo visitante ilustre, incluidos el príncipe de Gales o la emperatriz de Austria, la conocida Sissí, una generosa hospitalidad, su intervención favorecedora de las clases humildes, sus donativos. Finalmente, la familia decidió buscar un lugar para veranear.



Patio central

Para ello y con el objetivo de conocer mejor aquellas tierras viajaron por toda la costa gaditana y, aunque recibieron tentadoras ofertas del Puerto de Santa María para su instalación, optaron por hacerlo en Sanlúcar. Ha de tenerse en

cuenta que esta ciudad ofrecía una ventaja insuperable para aquella época, finales de 1848. El ferrocarril no se tendería hasta doce años después y el acceso a cualquier localidad había de ser penoso por tierra. Sanlúcar, en cambio, ofrecía un acceso fluvial mucho más cómodo.



Cúpula de cristal sobre el patio

Acogidos a la hospitalidad de una ilustre viuda en los llamados jardines de Picacho, casi al borde del mar, decidieron pronto levantar, al mismo tiempo que el palacio de san Telmo en Sevilla, otro en Sanlúcar. Para ello escogieron unos terrenos que colindaban tanto con el barrio bajo como con el alto, desde donde se pudiera acceder al mar y al interior. Adquirieron además un antiguo seminario abandonado, la casa de los Páez al norte del anterior, unos terrenos colindantes dedicados a bodegas e incluso parte de los jardines del convento de la Merced, propiedad de los Medina Sidonia. Mandó levantar así un hermoso palacio de estilo neomudéjar pero con fachadas interiores dando a los jardines de claro estilo orientalizante. Al parecer pretendió mostrar una fachada más clásica y formal hacia la calle Caballeros y cuesta de

Belén, el acceso principal, reservando los gustos más exóticos para el recreo personal suyo y de sus invitados.

La guía nos recibió en un patio central de enorme belleza, con espejos adosados a las paredes y arcadas que se reflejaban en ellos. Subimos la escalera y nos fue enseñando las habitaciones personales que fueron de aquella familia, los dormitorios, parte de los cuales correspondían ahora a oficinas del ayuntamiento y no se pueden visitar. Luego bajamos de nuevo y vimos las salas de recepción y, sobre todo, el lugar donde cenaban y celebraban sus fiestas, con puertas acristaladas que se abrían en aquellas ocasiones para poder acceder a los jardines interiores. Uno se podía imaginar sobradamente a las damas con sus vestidos de amplios vuelos y sus miriñaques, los caballeros con frac, ellas abanicándose y ellos, con sus bigotes atusados y sus flores en el ojal, departiendo de política, del último rumor sobre el declive de la popularidad de la reina Isabel, el temor ante el advenimiento de la República que tanto defendía Prim. Paseos en la noche calurosa, sólo aliviada por el aire proveniente del mar cercano, cortesías, bromas entre caballeros y damas.

A raíz de la presencia de los Orleans en Sanlúcar la ciudad recobró un gran prestigio y una situación económica envidiable hasta el punto de revivir aquel lejano tiempo concluido en 1645, en que fue un centro de atención en toda Andalucía. Los barcos de Sevilla venían cargados de la pequeña nobleza sevillana, los alojamientos se disputaban, una fila de hotelitos elegantes fue creciendo al borde mismo de la playa sanluqueña. Se empezó a hablar de la San Sebastián del Sur. Sobre todo ello reinaban los Orleans, siempre acogedores, dispuestos a no escatimar gastos para revivir aquello que Versalles y Madrid les habían negado. Estaba lejos aún el tiempo en que un desafortunado duelo con su primo don Enrique de Borbón, furibundo enemigo, frustrara definitivamente sus aspiraciones al trono español una vez que la República hubiera hecho exiliarse a la reina Isabel II y Prim buscara un candidato. Su primo lanzó contra él y sus partidarios un durísimo alegato en la prensa que colmó la

paciencia de un hombre que veía ya frágil la posibilidad de consolidar su candidatura. Por ello le retó y el duelo, celebrado en Carabanchel, terminó con la muerte del ofensor. Lejos estaba también el hecho, sucedido ocho años después del duelo, de que su propia hija María de las Mercedes casara con el rey restaurado, el hijo de Isabel II, Alfonso XII.



Jardines

Tras un largo paseo por los jardines en ligera cuesta, desde los cuales se puede observar todo el barrio bajo, la guía nos condujo hasta el convento de la Merced, actual lugar de celebración de actos musicales. Por una pequeña puerta en la parte trasera de la gran nave se accede a una torre por la que subimos los turistas, cada uno con su cámara en ristre, repartiéndonos un rato por la azotea. Se veían espléndidas vistas tanto del barrio bajo como del alto, en particular las terrazas y parte del interior del palacio de Medina Sidonia, sobre todo de la parte de la hospedería que luego, en otro momento, llegué a visitar.



Auditorio de la Merced



Cúpula del Auditorio

Luego descendí satisfecho porque la mañana, que pudo ser anodina y sin interés, se había convertido en una interesante experiencia histórica. No me daba cuenta entonces de que ese interés se iría prolongando y ampliando con el tiempo hasta llegar a estas páginas, a este ahondar en tiempos

pasados, personas ya desaparecidas pero que dejaron, unas nobles, otras humildes, su huella efímera entre estas paredes encaladas, las calles empedradas, las terrazas a las que conseguía asomarme, entre los bancos de una iglesia, a los pies de una virgen. Que en todas partes la gente trabaja y sufre, se divierte y se alegra, pasea, conversa, se afana en construir lo que el tiempo terminará venciendo. Que la vida está presente en todas partes y, si la vida ya se ha escapado, su recuerdo para aquellos que quieren revivirlo.



## **2**

# **Sanlúcar de los humildes**



## 10. Hacia Jerez

Hay ocasiones en que llega a tus manos una antigua fotografía multitudinaria o en televisión ves un viejo reportaje. Tal vez sea de los hombres y mujeres que, rotos y llenos de miseria, cruzaron la frontera francesa huyendo de la guerra, otra de gente exultante yendo en coches antiguos enarbolando banderas republicanas camino de la puerta del Sol. En ocasiones son hombres que luchan en una guerra por los campos de Europa o que celebran entre gritos y vítores el final de esa misma guerra y hay besos y abrazos y confeti al paso de los soldados que vuelven.

Viendo este tipo de escenas se me ocurre muchas veces que todas esas personas a las que veo reflejadas en la pantalla ya no existen, que su alegría terminó por almacenarse en la memoria de quien la vivió y luego, a su muerte, sólo retazos de una memoria vicaria llegan hasta nosotros. Que ya ninguno de los que contemplo existen ya y que entonces, cuando la alegría o el dolor o la derrota estaban presentes, era yo el que no existía.

Cosas así le dan a uno por pensar qué larga es la vida como tal, qué efímeras las personas que la protagonizan en cambio. Hombres y mujeres que se afanan cada día, que luchan por mantener una familia, sacar adelante una tarea, barrer, coser, mantener en funcionamiento las condiciones de esa vida, ¿quién se acuerda de ellos cuando pasan?. Nos vienen a la memoria en Sanlúcar los grandes hombres, los que dan nombres a determinadas calles, la de Juan Menacho, la de Juan Grande, la calle Fariñas, tantas otras. Hablamos de historias singulares, de individualidades que por un motivo u otro conservaron fama futura, su nombre no fue nunca olvidado. Los condes de Niebla, la zona donde Sanlúcar se integraba en vecindad con Sevilla, los duques de Medina Sidonia, los Orleans, Godoy, José I... También en este tiempo nuestro hay personas que serán mencionadas en el curso de la historia. Pero muchos otros, casi todos, nunca lo harán. Su felicidad, su victoria y sus derrotas, el lento luchar, el afán

diario, sus sentimientos y esfuerzos, serán trozos de documental como mucho, imágenes que contemplarán otros que vengan y que se pregunten, tal vez, cuál fue su vida, qué clase de historias llegaron a tejer, puede que triviales, tal vez no.

Llegué a la puerta de Jerez un día muy de mañana, dispuesto a recorrer el lugar que terminaría por llamar el Sanlúcar de los humildes, de los pobres, de los que trabajaron sin más horizonte que sacar adelante el trabajo de cada día. Eran las ocho y cuarto de la mañana cuando llegué a esta puerta, una de las principales en la muralla medieval. Desde aquí empezó a extenderse una barriada que luego, mucho más adelante, llamarían de san Cayetano. El sol estaba muy bajo y hacía muchas sombras pero el ambiente, para ser junio, era fresco y confortaba.

Hacia principios del siglo XVI la amenaza de los musulmanes y berberiscos era ya historia. La defensa de la ciudad encomendada a la muralla levantada varios siglos antes dejaba de tener sentido. De hecho, algunas de sus piedras eran extraídas para la construcción de edificios en el interior o para otros menesteres, lo que motivaba, al paso de los arroyos por esa base resquebrajada, algunos pequeños hundimientos. La vida social y económica, al tiempo, bullía de actividad. El movimiento en el puerto era incesante, barcos que zarpaban hacia las Indias o volvían camino de Sevilla por el río, no sin antes dejar las debidas tasas o almojarifazgos a la casa ducal cuando no parte de su cargamento al contrabando nocturno. Todo ello multiplicaba la necesidad de construir casas, reclamaba el establecimiento de comercios pero también de elementos básicos de la vida, entre ellos el agua, además de productos de las huertas cercanas que habían de ser transportados y vendidos.

La muralla tuvo originalmente cuatro puertas: la de la Mar, daba al barrio de la Ribera, por entonces en constante expansión y del que nos ocuparemos más adelante; la puerta de Sevilla daría lugar a los barrios de santa Brígida y san Blas, llamados así por las ermitas que se levantaron por la zona

junto a tierras comunales donde pastaba libremente el ganado de los sanluqueños, huertos más o menos grandes. Las otras dos puertas son las protagonistas de este Sanlúcar que ahora describimos: la de Jerez y la de la Fuente.



Calle de Juan Grande

Tras llegar a la puerta de Jerez recorro de nuevo san Agustín en sentido contrario a como lo hice anteriormente. Busco la calle de Juan Grande, en la zona llamada antiguamente de las Ollerías. Los nombres de las calles alternan los de hombres ilustres con oficios humildes. El mismo Juan Grande fue un alférez que debió gozar de una buena posición económica, ya que otra zona se denominaba como huerta del alférez Juan Grande. Tener una huerta en los tiempos que hablamos no era poca cosa. Pero Ollerías, tal vez el nombre original de esta misma calle antes del siglo XVII, recuerda a todos los olleros, los trabajadores del barro que hacían ollas y cántaros con este material, imprescindible para la conservación de alimentos y el transporte del agua.

A principios del siglo XVI la puerta de Jerez daba lugar a una simple explanada. Fue por entonces que el trasiego de pequeños trabajadores que acudían a diario a Sanlúcar

condujo a adosar ilegalmente a la muralla pequeños cobertizos, casas de malos materiales, dando lugar a la existencia de un arrabal creciente, del mismo modo que las chabolas van invadiendo determinados espacios en las ciudades incluso hoy en día. Las autoridades hacían la vista gorda y las casas empezaban a hacerse con materiales menos efímeros, a crecer a lo largo de toda la muralla, incluso a extenderse más allá de ella. Es el caso del barrio de las Ollerías, un conjunto de casas que se fueron levantando al amparo de un nuevo espacio abierto en el lienzo de la muralla a la altura de la calle conocida luego como Juan Grande.



Calle Azacanes

Voy zigzagueando desde esta calle, tuerzo por la de Borregueros y continúo por Azacanes. Ésta, que en realidad son dos calles (Azacanes primera y segunda) reunía al gremio de repartidores de agua, es decir, los aguadores. Proviene del árabe ‘assaqqá’ que tiene el mismo significado. Se alinean a ambos lados casas blancas, algo descuidadas. En una de ellas sorprende a dos mujeres en bata, una con un pañuelo en la cabeza, barriendo enérgicamente el acerado enfrente de su puerta. No se confía en la limpieza de los servicios

municipales sino en que cada vecino cuide de su parte, tal como se hacía entonces. Paso entre ellas y ninguna se detiene ni me mira siquiera, afanosas. Son otros los que lo hacen. Jóvenes que pasan en moto, hombres que hablan en una esquina a hora tan temprana, quizá camino de alguna tarea o de un café, mujeres asomadas a las puertas. Debo ser ahí una figura extraña, mi cámara colgada al cuello, el paseo solitario y lento, mirándolo todo. Pensarán que soy un turista que ha errado el camino. Vengo, sin embargo, a fotografiar sus casas, las esquinas solitarias, los coches aparcados, la puerta de un almacén donde varios hombres discuten algo relacionado con el trabajo. Miro todo esto y me doy cuenta de que la ciudad está formada por historias individuales pero que, debajo de ella, hay una gran historia colectiva, como si la ciudad fuera un gigante que crece siguiendo un orden difícil de prever. Me parece ver a tantos hombres olvidados llevando agua en los borricos, trabajando el barro con las manos en sus casas, caminando pesadamente por estas mismas calles camino de los puestos de compra venta que pudiera haber en la puerta de Jerez. Algunos que se internan y van gritando el agua que transportan por las calles de los caballeros, cuando eran las muchachas de servir que podían ser sus hijas o sus nietas las que salían a la puerta a recibir el cántaro de agua para sus señores.

Ninguno de ellos saldrá en un documental porque estos oficios fueron declinando con el tiempo hasta desaparecer. Para cuando se inventara el cine nada de esto existía ya. Sólo queda el recuerdo de aquellos hombres humildes que trabajaban día a día, de las mujeres junto al hogar. Los veo, con un poco de imaginación, en esos hombres que me miran pasar con su gorra calada, las voces estentóreas con que se saludan de una acera a otra, las mujeres que barren concienzudamente como lo hicieron sus madres o sus abuelas o aún más allá. Porque la historia colectiva de estos trabajadores está presente en mi paseo, en las casas que parecen anodinas, simples, cuando no feas y estropeadas. Ningún turista paseará por estas calles para buscar ni siquiera

una ermita hace mucho tiempo desaparecida, ni una fuente ya inexistente, ni un hotel, ni siquiera para sentarse en un mesón o en un bar en condiciones. Tan sólo alguno que, como yo, desee reconstruir vidas que son pasado, cuando la mía simplemente era un futuro incierto.



Calle del Caño Dorado

Una de estas calles es la del Caño Dorado, continuación en diagonal de Juan Grande. También la recorro casi entera. El nombre de la calle nos lleva a hablar de los arroyos y las fuentes existentes en Sanlúcar. Hay que decir que no existió el alcantarillado hasta tiempos recientes. Tan sólo se registra la realización de una canalización subterránea de agua por la calle Jerez, camino del palacio de Medina Sidonia. Hasta el siglo XIX, sin embargo, los intentos de conducir el agua fuera de su cauce natural resultaron escasos y, en muchos casos, abocados al fracaso. Y arroyos había varios que, proviniendo de la parte interior, llegaban en ocasiones hasta Sanlúcar atravesándolo o bordeándolo para desembocar, tras saltar desde las barrancas que limitaban el barrio alto, en el mar que había más abajo y que se iba retirando lentamente.

La fuente del Caño Dorado es incluso mencionada por Cervantes en el Quijote. Tuvo una gran importancia en su tiempo por estar ubicada en el límite del campo de San Sebastián, extensión fértil de terreno y lugar húmedo de donde los olleros sacaban en muchos casos su barro. La fuente era abundante, al parecer, y suministraba agua incluso en situaciones de sequía. De hecho proveyó de este elemento al duque don Manuel cuando recibió al rey a principios del siglo XVII. En esta calle también el Cabildo habitó un lugar de socorro a modo de hospital de emergencia cuando en 1648 se desató una considerable epidemia de peste y no se deseaba tener intramuros esa acumulación de enfermos.



Calle del Mesón del Duque

Después de recorrer estas calles llego a una larga llamada Mesón del Duque. La recorro hasta su final, viniendo de la puerta de Jerez. Estoy en el antiguo camino de Jerez, el que recorrían todos aquellos que llegaban a Sanlúcar desde esta ciudad real, tan relacionada en cuanto al comercio con la más costera. Por ella llegaban muchos visitantes de los duques y ellos mismos, tras volver de alguno de sus viajes por las tierras del condado de Niebla. Será por ese tránsito continuo y

frecuente que se levantó desde muy temprano un mesón llamado del duque y que, probablemente, fuera de su propiedad. En él residirían gentes de paso, comerciantes, pequeños nobles, funcionarios. En sus cuadras es conocido que hacia 1535 se guardaban caballos que permitiesen tomar una montura de refresco para todos aquellos que debiesen emprender el camino. Ahora la calle sigue siendo larga y señorial en mayor medida que las colindantes, pero nada recuerda el mesón, desaparecido hace mucho tiempo.

Voy hasta el final y paso por la calle Higuera, desemboco en una extraña plaza, la de la Chimenea, presidida por tal torre proveniente de alguna empresa que hubo en su tiempo y que no he visto reflejada en ninguna parte. Paseo por la pequeña plaza, me siento en un banco a descansar. Desde otro alejado un chico me mira sin perderme ojo. Le devuelvo la mirada y él no la aparta, como ensimismado mirando mi cámara. Intento captar una extraña imagen formada por la chimenea rojiza y el arco que a su derecha forma un edificio, como si fuera una realidad deformada y abstracta.



Calle Comisario

Sigo caminando, vuelvo hacia la puerta de Jerez aunque por una calle casi paralela a la del mesón del Duque. Es la calle Comisario. Veo a señoras en la acera que caminan con bolsas de la compra. Algunas se detienen, hablan entre sí. Las rebaso y observo que están enzarzadas en una larga discusión de la que no consigo captar nada. Me pregunto si sabrán por qué se llama así la calle donde viven, si conocerán que en ella vivió un comisario de la Inquisición llamado Benito de Rota, a principios del siglo XVII. Pero ellas están ocupadas con asuntos que les interesan más, indudablemente. Fotografío la calle y es más o menos como cualquier otra. Todo el arrabal de la puerta de Jerez es un conjunto de casas con calles que serpentean, que muestran humildad en sus fachadas. Al llegar a la plaza que ahora se extiende frente a la puerta, como un recordatorio de tiempos más antiguos, hay una tienda de fruta y verdura. Frente a ella un montón de cajas de plástico, unas de pie, otras tumbadas. En ellas se sientan viejos que deben haber hecho de este lugar un sitio de reunión adecuado para hacer que pase el tiempo en agradable compañía. Cuántos viejos hay en este barrio alto, sea intramuros o fuera de la antigua muralla. Cuántos viejos sentados en los bancos, charlando, tomando el sol, quietos, el tiempo detenido, dejando que pase sin darse cuenta. Algunos más encontraré en el arrabal de la Ribera pero aquí, sobre todo, están por todos lados, caminando, sentados solos o en pequeños grupos. Un hombre me mira hacerles fotos y me dice algo sobre unos hijos. No le entiendo. Pienso que me pregunta si las fotos son para mis hijos. Sonríe, zalamero y agita algo parecido a recuerdos, postales, algo así. “Pa su muher y susijos” insiste, “un recuerdo, caballero”. Le digo que no y me voy sonriendo también. Un caballero, me digo, sólo me falta el caballo. A cambio tengo una cámara.



Puerta de Jerez

## 11. El arroyo Abades

Anteriormente, al llegar a la puerta de Jerez me interné hacia el interior de la ciudad por la calle Descalzas, lugar de residencia de la amante de Godoy. Ahora, en cambio, tuerzo antes a la izquierda y tomo una paralela a la anterior pero por fuera de la muralla inexistente. Sigo así el lecho del famoso arroyo Abades que bordeaba dicha muralla para verterse en el mar no sin antes condicionar la historia de este trozo de ciudad.



Calle del Pozo Amarguillo

Al parecer caudaloso y difícil de domeñar, este arroyo tenía dos puntos notables en su transcurso por esta parte de Sanlúcar: por una parte el pozo Amarguillo, que surtía de un agua de buena calidad a la población aunque algo amarga, y la fuente Vieja, otro lugar donde surtirse de la misma agua, poco mas allá de la anterior. Luego el arroyo seguía bordeando la muralla recorriendo la llamada cuesta del Ganado, donde se situaba el matadero y al que llegaban las bestias dispuestas al sacrificio. El arroyo entonces arrastraba todo tipo de restos e inmundicias fruto de la actividad del mismo causando el

disgusto eclesiástico por verterse en la plaza inmediata al convento de san Juan, donde dejaba pútridos olores. Después el arroyo se extendía arrastrando arena y lodo hasta el mar, originando serias discusiones en el Cabildo, sobre la conveniencia de canalizar su curso para que el transporte por carreta de los cargamentos que venían por vía marítima no se viera permanentemente obstaculizado.



Plaza del Pozo Amarguillo

Recorro así la calle del pozo Amarguillo hasta terminar en la plaza del mismo nombre. A un lado veo la calle Abades, que desemboca en ella, un simple callejón. Enfrente las calles de san Antón y Samborondón, vaya nombre. No me atraen y además quiero seguir el curso del arroyo hacia la parte baja, buscando la calle del Muro Bajo. Sin embargo, me detengo en la plaza del pozo Amarguillo. Es amplia, luminosa en esta hora de la mañana. Como en otros lugares de esta barriada los hombres que pasan me miran un poco perplejos antes de continuar con sus labores, el encargo urgente, la charla con los vecinos. Deben estar asombrados de que una plaza semejante atraiga la atención de nadie, impresión muy comprensible. Fotografí la fuente que preside la plaza pero veo que no echa

agua. Además, es relativamente reciente y se ha debido poner como un simple adorno, para recordar que el agua fue el elemento fundamental que definía toda esta zona. A ese respecto, conviene resaltar que el ayuntamiento, no sé cuál, ha instalado placas en muchos lugares de Sanlúcar recordando la historia de los mismos. Parece un intento algo vano para los ciudadanos de la ciudad, que ignoran mucho de lo allí acontecido. Seguramente sea por ese motivo y por favorecer la presencia de un turismo más cultural, una muestra del orgullo de alguien ilustrado en la historia de la ciudad.



Calle del Muro Bajo

En estas calles y plazas, sin embargo, no hay placas ilustrativas de cómo era la vida en la zona. A nadie debe importar ya que ese arroyo fuera un elemento fundamental en la vida cotidiana de la población, que a su vera fuesen instalándose hace varios siglos poblaciones gitanas que se repartieron entre el Albaicín, junto a la calle de los Gitanos, frente al castillo de Santiago, y aquí, en el terreno que va desde el pozo Amarguillo hasta la plaza de la Fuente Vieja.



Plaza de la Fuente Vieja

Recorro esa zona y la calle que une las dos plazas, la del Muro Bajo. Estuve el otro día caminando por la parte superior, la calle del Muro Alto. Por la que ahora paseo es una calle que va inclinándose suavemente y desemboca en una plaza amplia, de espacios generosos. No puedo destacar nada en ella, no hay monumentos, ni siquiera una fuente que permita recordar la que aquí había hace trescientos años y que surtía de agua a toda esta parte de Sanlúcar. A mi derecha, sin embargo, encuentro la puerta de Rota, un arco de piedra que se abrió tardíamente sobre los restos de la antigua puerta de la Fuente.

Luego bajo por la cuesta del Ganado y me resulta, como en casi todo Sanlúcar, difícil reconstruir el tiempo en que por ella subían hombres llevando a los animales al matadero, que estaba más arriba. Ahora es una carretera asfaltada con casas a ambos lados, algunas de ellas recientes y de un pésimo gusto, todo hay que decirlo. Lo noto sobre todo al llegar junto a la escalerilla de los Perros, medio en obras, que une el barrio alto con la cuesta. Asciendo por ella y me encuentro ante los jardines del mismo palacio de Orleans. Observo a unos viejos que se sientan en un poyete de la calle

Almonte, junto a la puerta cerrada que diera acceso a los jardines. Es una parte que no se visita, donde quizá no viva nadie de tan abandonada que está. Frente al muro que nos separa de los jardines una casa solariega, su escudo en la puerta, desconchones y grietas, un abandono completo. Encima hay extendido un cartel que anuncia la sede de la Cruz Roja pero el mismo cartel está ajado. Todo el edificio grita su deterioro, el abandono que terminará un día por derribar su puerta desvencijada, sus muros envejecidos. Aquí vivió la familia Almonte, una de las más ricas de la ciudad. Los ancianos me miran y termino por marcharme tras comprobar que ellos mismos forman parte del mismo paisaje. No sé qué les habrá hecho reunirse en un sitio tan desolado, donde ni banco hay siquiera. Tal vez la constancia de su propio abandono, la seguridad de no ser interrumpidos en su interminable espera más que por un turista loco que sale enseguida del lugar.



Puerta de Rota



Calle Almonte



Escalerilla de los Perros

Bajo de nuevo por la escalerilla. Por ella bajaban los sanluqueños con sus perros hacia una cercana ermita de san Antón, patrón de los animales. Se levantaba la ermita entre los terrenos de la Huerta Grande, junto a la calle Curtiduría. Paseo por allí, asciendo a la plaza de la Compañía de María, lugar extrañamente bien construido donde a un lado está el edificio

de este colegio eclesiástico y al otro una especie de hostel o mesón bastante bien arreglado. Pero luego me pierdo en un dédalo de callejuelas donde conviven edificios nuevos de fachadas con colores chillones junto a trozos de tierra y palmeras, tal vez lo que va quedando, abandonado, pasto de constructoras, de aquella Huerta Grande que dominaba toda esta parte del Sanlúcar fuera de sus muros. Apenas queda nada de todo eso. Muchachas que pasean perros, coches aparcados, calles rotuladas recientemente. Nadie podría ver ya el ganado bajando la cuesta, ni a los labriegos secarse el sudor frente al surco dentro de la huerta, ni el sonido de las tenerías que dieron nombre a esta barriada, los golpes del curtidor sobre el cuero, las tinas de agua y otros productos con los que moldear formas con este material. Por ello me voy con la sensación de que esta zona ya no recuerda en modo alguno la que fue, ni siquiera se puede en ella hacer ese esfuerzo de reconstrucción. Esas casas modernas, feas, con pinturas llamativas y chillonas en ocasiones, han borrado todas las huellas.



Restos de la Huerta Grande



# **3**

## **Sanlúcar de los comerciantes**



## 12. Bretones

En una de mis primeras visitas a Sanlúcar encontré la calle Bretones. Creía hasta entonces que la ciudad se reducía a una calle ancha que luego harían peatonal, una playa extensa más abajo a la que se llegaba por una amplia avenida. Poco más. Recorría la calle comercial, me detenía en la plaza del Cabildo y allí, sentado a una mesa, contemplaba las palomas, la gente sentada a su vez en otras mesas como la mía, probaba una copa de manzanilla.



Calle Bretones

Un día me adentré por las calles estrechas que se veían más allá. De ese modo terminé en la calle Bretones, el comienzo de una empinada cuesta que giraba a la derecha para luego hacerlo a la izquierda. Me quedé extrañado, no sabía adónde podía llevar. Me encontré, tras el primer giro, con el auditorio de la Merced, junto a un entonces casi invisible palacio de Orleans. Pregunté qué era eso y me explicaron que el auditorio donde se celebraban conciertos de música clásica. De la extrañeza pasé a la agradable sorpresa. Sanlúcar no sólo era una ancha calle comercial por donde la gente, bastante

bien vestida para ser verano, deambulaba de tienda en tienda. Tampoco se reducía a la cantidad de bares que se agrupaban en torno a la plaza, ni siquiera a la playa que por entonces creía conocer.

Seguí preguntando. Dos señoras me miraron, asombradas de mi ignorancia. “Éste es el barrio alto”, me dijeron, “ahí tiene usted el palacio de los Medina Sidonia”. Cada vez con mayor curiosidad continué andando y encontré, tras llegar a lo más alto de la cuesta de Belén, la parroquia de Nuestra Sra. de la O, el palacio nombrado y tantas cosas que ya he mencionado antes. Es hermoso que una ciudad te sorprenda, que encierre palacios y monumentos, pedazos de vida antigua y reciente, para que los descubras un día de agosto dejando abierta la puerta de todos los recuerdos y de algunos misterios. Es gratificante irlos descubriendo, sentir que vas aprendiendo a conocer la ciudad por la que caminas, que notas el rumor del tiempo pasado en sus fachadas, incluso en el latido de la vida actual, los coches que pasan, como si fueran antiguas carretas, las personas que transitan de un lado a otro, señoras que charlan a la puerta de sus casas, viejos que se acodan en un banco, otros que paladean un sorbo de vino en un bar, escenas repetidas desde hace siglos.

Era tal mi sorpresa por encontrar la muy en pendiente cuesta de Belén que apenas presté atención a la calle Bretones, ubicada en la parte más baja de dicha cuesta. Bajando desde el palacio atravesé otro día, recientemente, la antigua puerta de la muralla llamada del Mar o de la Ribera. Hice así el recorrido inverso del realizado años antes, más ajustado esta vez al orden cronológico. De este modo bajé por la cuesta y llegué a la calle Bretones, objeto de este párrafo.

Poco después de la muerte en 1309 del primer señor de Sanlúcar, Guzmán el Bueno, su hijo y sucesor, Juan Alonso Pérez de Guzmán, invitó al duque de Bretaña a visitar Sanlúcar. Debió llegar éste con curiosidad y, como sigue sucediendo en este tipo de visitas, con objetivos comerciales. Por entonces los activos comerciantes bretones viajaban frecuentemente a los cercanos puertos de Vizcaya y Galicia,

más esporádicamente a Cádiz. El duque vio de forma favorable la situación de Sanlúcar y, desde entonces, sus comerciantes visitaban con cierta frecuencia la ciudad. Hay que entender que el comercio en aquel tiempo medieval era el que establecían los señores con sus propios barcos y teniendo como mercancías las obtenidas de sus tierras. Los condes de Niebla y señores de Sanlúcar tenían también sus propios negocios que hacer en la costa de Andalucía y en los puertos del norte de España donde llegaban sus barcos asiduamente. Sanlúcar dedicaba todo su terreno, casi en monocultivo, a la vid y el producto obtenido, el vino, era extremadamente apreciado fuera de sus tierras, no sólo en España sino, más adelante, en Inglaterra e incluso en las Américas cuando éstas fueron descubiertas.

De manera que a mediados del siglo XIV la presencia de comerciantes venidos de la Bretaña no era inusual, si bien aún no se habían establecido en Sanlúcar. Eso llegaría en el siglo siguiente, cuando el cada vez más pujante comercio medieval también alcanzó las tierras andaluzas y los bretones optaron, no sólo por visitar la ciudad en tiempo de vendejas (ferias comerciales) sino por plantar casa y comercio en ella. A este propósito colaboró la serie de privilegios y franquizas otorgadas por don Enrique Pérez de Guzmán.

Su padre, don Juan Alonso, estuvo casado con una hija del duque de Medinaceli, María de la Cerda, pero no tuvo hijos con ella. Sí con una doncella portuguesa, Isabel de Meneses, aunque naturales. A la muerte de su primera mujer pudo casarse con Isabel y consiguió que el rey legitimase a su primogénito don Enrique, que había nacido en 1442. Cuando éste cumplió los diecisiete años le cedió todos sus estados retirándose a su casa de Sevilla con sólo 47 años para morir allí nueve años después. Ya para entonces había obtenido por un intercambio con su anterior propietario la villa de Medina Sidonia, recibiendo posteriormente del rey el título de duque de la misma. Enrique, entonces, será el segundo duque de Medina Sidonia.

Hasta su muerte en 1492 don Enrique ejercerá una importante labor constructora e impulsora del comercio dentro de la ciudad de Sanlúcar. Todo ello le acarreará una gran fama en su tiempo hasta el punto de ser denominado “el Magnífico” por el pueblo sanluqueño. Se le puede recordar por haber combatido contra los musulmanes recibiendo como premio el primer marquesado de Gibraltar (de efímera duración) o de participar, en los años postreros de su vida, en la conquista de Granada junto a los reyes Católicos. Sin embargo, de cara a Sanlúcar, su intervención más decisiva fue el decreto establecido en diciembre de 1478 por el cual se legitimaba e impulsaba el poblamiento del arrabal de la Ribera, de la cual la primera calle realmente constituida como tal fue la de Bretones.

Para entonces, al otro lado de las murallas y en relación con el creciente tráfico comercial que registraba el puerto, existía una población creciente de pescadores que construía casas adosadas a la muralla (lo que empezó a denominarse barrio de la Balsa), otros que contaban con viviendas y comercios o almacenes provisionales, sujetos a un posible derribo. Algunos señores, incluidos servidores del duque, disponían asimismo de algunos terrenos, solares sin edificar. El mar llegaba entonces a la altura de la actual calle Ancha y frente a él el duque había construido unas Atarazanas, lugar donde guardar suministros pesqueros, realizar arreglos de sus barcos e incluso construir algunos de ellos de pequeño tamaño. También, junto a la puerta de la Mar, en la parte baja de la cuesta de Belén, estaba la Alcaicería y la Casa de la Contratación, donde se comerciaba con paños y sedas, se almacenaba mercancía y se contrataban viajes comerciales.

La zona bullía de actividad. Las actividades pesqueras de bajura se sumaban a los viajes comerciales del duque así como a actividades exploradoras tras el descubrimiento y la adquisición de privilegios sobre las islas Canarias por parte del duque de Medina Sidonia. Entre estas actividades se contaba la de un número creciente de comerciantes bretones que, tras

la concesión de privilegios (entre ellos tener cónsul propio) a mediados del siglo XV se había ido asentando en la ciudad.

El decreto de 1478 legitimaba la ocupación de terrenos por compra dentro del que se dio en llamar arrabal de la Ribera. Del mismo modo se admitían las construcciones efectuadas en ese momento autorizándose a levantar más edificios con el primer requerimiento de que su límite no rebasara el de las Atarazanas del duque, en la actual calle Regina. Sin embargo, el tiempo derogó ese límite a medida que el mar se iba retirando y eran los propios duques los que empezaban a construir y empedrar calles más allá de ese límite, en particular la actual calle Ancha con su espléndida iglesia de santo Domingo.



Las Covachas

Pero en el comienzo la primera calle fue la de Bretones. Cuando se baja por ella se divisa, a la izquierda, una vista de todos los tejados del barrio bajo, la multitud de calles, casas y algunos conventos que fueron construyéndose sobre el antiguo barrio de la Balsa. A la derecha aparecen, sobre un muro que separa la calle de los jardines del palacio de Medina Sidonia, unas extrañas figuras marinas (sirenas, grifos,...)

esculpidas en piedra. Son las Covachas. La extraña ornamentación ha dado pie a todo tipo de especulaciones sobre su origen, incluidos improbables raíces visigodas. Tal parece que su origen es mucho más reciente datándose del tiempo del duque don Enrique, que quiso ornamentar así el muro externo del palacio en el momento en que empezaba a habitarse el arrabal.



Interior del mercado

Siguiendo por la derecha se abre la puerta del mercado central de la ciudad. Inicialmente, en el siglo XVII, fue solo una carnicería que reunió todas las existentes en Sanlúcar. No se puede olvidar que la carne de vaca, ternero, carnero o cerdo, era un bien muy apreciado y escaso en la sociedad medieval, generalmente reservado para las clases pudientes. Un siglo después se transformó en un mercado general, forma que ha conservado hasta el día de hoy. El primer día que lo fotografié ya había terminado la mañana y estaban los puestos cerrados, el mercado desierto. Pero al día siguiente, cuando volví a pasar a hora temprana, las camionetas trepaban aparcadas, a veces en doble fila, por toda la cuesta de Belén hasta la calle de los Caballeros, a la puerta del palacio de

Orleans, actual ayuntamiento. Entraban hombres con cajas de verduras, piezas de carne de enorme tamaño, se oían voces desde dentro. Apenas me asomé para ver el bullicio de la preparación, los fruteros ordenando la mercancía, los carniceros disponiendo con cuidado el género.



Interior de la antigua Alcaicería

Después, siempre en la acera de la derecha, pequeños comercios, generalmente dedicados ahora al turismo, que recuerdan todos los que fueron creciendo en este mismo lugar a iniciativa de los primeros extranjeros vecindados en la ciudad: los bretones. Cuando llegas al final de la calle ves delante dos plazas consecutivas que en otros tiempos fueron una: la de san Roque y la del Cabildo. En aquellos tiempos la calle Bretones daba a una explanada que comunicaba con el mar. A la derecha se arracimaban casas desordenadas donde se asentaron roperos y otros comerciantes y se construiría la primera iglesia del barrio bajo, la de la Santísima Trinidad, que aún permanece hoy, pequeña dentro de una plaza a la que da nombre y donde reina el bullicio de las tiendas callejeras y los mesones y bares.

Pero a la izquierda de la calle Bretones, en paralelo con ella, hay otra calle donde apenas hay nada hoy en día, ni comercios ni nada más que viviendas. Aquí se levantaba la Alcaicería, denominación que corresponde a la casa donde se negocia y vende la seda, un bienpreciado y de lujo, arrojando en aquel tiempo pingües beneficios. Hasta aquí llegaban los paños traídos por los bretones y es por ello que estos extranjeros buscaron acomodo no lejos de este lugar. Sin embargo, diversos cierres de estas callejuelas dejaron solamente una calle, la del Truco, en la actualidad. Corresponde su nombre a un juego de pelota al que se dedicaban los hombres de esta época junto a estos edificios o, más concretamente, al golpeo de una pelota contra otros elementos del juego, como los bolos. Debió ser entonces una calle retirada por lo general, tal como sucede también actualmente.



Calle Truco

## 13. La Trinidad

Me voy a la derecha sorteando un tráfico intenso. Está avanzando la mañana y los pequeños puestos ambulantes que observé de refilón mientras empezaban a montarlos a primera hora se han transformado en puestos que ocupan toda la estrecha acera de la pequeña plaza de la Trinidad. Reina un aparente caos circulatorio. Los puestos en las aceras, los peatones por la calle deteniéndose incluso para saludarse o contarse cualquier cosa. Los coches pasan, no sé cómo pasan, rozando a la gente, despacio, sin prisa pero sin que haya un solo claro entre ellos. Ni una bocina, ni un gesto de mal humor. Algunas manos se alzan desde el asiento del conductor. Supongo primero que es un intento de abrirse paso pero luego compruebo que van saludando a gente estacionada en la acera, esperando para cruzar. Voy dando saltos de un lado a otro, intentando inútilmente captar alguna buena imagen. Desde el primer momento me he fijado en una pequeña iglesia encajonada entre edificios y sé que es la que buscaba.



Plaza de la Trinidad

La iglesia de la Santísima Trinidad que da nombre a la plaza fue una de las primeras que se levantaron en Sanlúcar. Data de 1441, cuando el barrio bajo empezaba a poblarse de manera algo desordenada y aún sin el beneplácito de los duques. Pero esta iglesia sí porque su cometido inicial, a quienes servía era a los propios servidores ducales, en concreto al padre de Alonso Fernández de Lugo, conquistador de las islas Canarias.



Iglesia de la Trinidad

Hacia finales del siglo XIII estas islas fueron redescubiertas después de un largo olvido por una flota genovesa. Pocos años después (1402), Juan de Bethancourt desembarcaba allí reclamando para Castilla y, sobre todo, para sí mismo como Adelantado esas tierras. Un documento papal otorgaba derechos de descubrimiento al rey portugués Enrique el Navegante en 1433 pero, tan sólo tres años después, el Papa cambió de opinión para dar esos derechos a la corona castellana. Estos tiras y aflojas entre portugueses y castellanos alcanzaron al fin un acuerdo auspiciado de nuevo por el Papa en el tratado de Alcaçovas (1479) por el que Castilla conservaba los derechos sobre las Canarias dejando Fez y Guinea para los portugueses.

El duque de Medina Sidonia hubo de esperar largos años desde 1422, en que había satisfecho una generosa cantidad a Bethancourt a cambio del señorío (teórico) sobre las Canarias. A partir del tratado, el terreno estaba libre tanto para establecer puertos en aquel lugar tan alejado de la Península como para proceder a su conquista completa. Encargó esta tarea al adelantado de Castilla y servidor del duque, el sanluqueño don Alonso Fernández de Lugo. Éste dispuso de una expedición en 1494 formada por 670 infantes y 80 hombres a caballo.

Allí se encontró a una población autóctona que ya observaba con abierta desconfianza la instalación en la costa de los hombres castellanos. Los guanches mostraban, al parecer, grandes similitudes culturales con las poblaciones bereberes de las montañas que ahora son marroquíes. En su momento debieron pasar con embarcaciones, al modo de las pateras actuales, desde la costa africana hasta la canaria. En su primer contacto frontal con los guerreros castellanos mostraron una gran astucia infligiéndoles una severa derrota en el Acentejo, que obligó al Adelantado a regresar a Sanlúcar. Los heridos fueron alojados en el hospital anejo a la iglesia de la Trinidad, que se levantó mucho antes por obra del padre de don Alonso, también viejo servidor del duque de

Medina Sidonia. Fue entonces esta iglesia lugar de devoción especial de estos hombres que se jugaban la vida en cada envite.

Tan sólo un año después don Alonso recobraba la iniciativa en las Canarias conquistando las islas de la Palma y Tenerife en nombre de la corona de Castilla que le nombró inmediatamente primer gobernador de estas islas.

Entro en la pequeña iglesia que interiormente sufrió una profunda reforma en el siglo XVII. Así pues, casi nada queda de la decoración original. Junto a la puerta hay un hombre de pie, detrás de una mesita donde se venden estampas religiosas de la antigua y venerable hermandad y cofradía del Santísimo Cristo de la Misericordia y la Virgen de los Dolores, muy popular al parecer en la ciudad. Me detengo a su lado, algo sorprendido y secretamente divertido. El hombre está mirando con detenimiento una revista y la tiene abierta en una página donde posa una jovencita muy ligera de ropa. Ve la sombra y pasa inmediatamente la página. Continúo hacia el altar mayor con una sonrisa.



Interior de la iglesia de la Trinidad

Allí, bajo ese altar, yacen los restos de don Alonso Fernández de Lugo, el padre. Eso no ha debido cambiar desde su muerte en 1450, apenas una década después de dejar

terminada la iglesia. Quizá en el mismo lugar donde me detengo a hacer una foto estuviera aquel día un niño que se llamara como su padre, destinado a ser recordado por su conquista de unas lejanas islas. Hay mujeres arrodilladas, otras rezan frente a una imagen. Por la puerta abierta entra el sol y el ruido intenso de la plaza, los coches cuyas ruedas chirrían, los vendedores, las conversaciones. Pero eso es habitual en muchas iglesias andaluzas. Se celebra, se reza, pero no se encuentra con facilidad el profundo recogimiento del silencio.



## 14. Hasta las Atarazanas

La vida ciudadana suele estar donde hay comercio y bares. Esta relación se cumple también en Sanlúcar, como no puede ser menos en una ciudad del sur, donde tan numerosa es la frecuencia de bares. Desde la plaza de la Trinidad me adentro brevemente en la calle Román de la Reja, lugar que sólo parece tener unas tiendas y un mesón interesante en la misma esquina con la plaza.



Calle Román

Por esta calle, durante el siglo XV, corrían las aguas del manantial el Pozuelo. El agua siempre ha surgido en Sanlúcar de manera más o menos desordenada. Sobre sus pozos y arroyos se debió tejer mucho de la vida ciudadana, con sus posibilidades y molestias. Este manantial surgía de la barranca que bajaba desde el barrio alto, muy cerca del castillo de Santiago. Luego bajaba tumultuoso a lo largo del carril de los Ángeles para encauzarse en dirección al mar por el cauce que forma esta calle Román. Es por eso que la misma es una de las pocas que no es perpendicular o paralela a la orilla del mar, sino diagonal. Las casas se fueron construyendo a un

lado y otro del arroyo, antes de que las monjas del cercano convento de Regina Coeli pidieran al Cabildo sanluqueño el encauzamiento de estas aguas para su aprovechamiento por el convento.

En la calle y aprovechando la cercanía de la Alcaicería se asentaron roperos, vendedores de prendas de vestir de mayor o menor lujo. Como en el caso de los fraudes en las carnicerías son frecuentes en las actas municipales las referencias a engaños producidos en la venta de ropa: el teñir ropa usada para venderla como nueva, colocación de forros de segunda mano y actuaciones por el estilo de este sector.



Mesón de la calle Román

También la calle era conocida por sus mesones. Hoy sólo hay uno, en la esquina como he mencionado. Me asomo por la ventana y veo una larga barra con muchas botellas distintas expuestas sobre ella. Hay jaleo, buen ambiente. Hago una foto desde fuera, antes de continuar por la calle Carmen Viejo.



Calle Carmen Viejo

Todas estas calles encierran historias que apenas se pueden sospechar ahora. Basta, sin embargo, leer el libro de Barbadillo sobre la ciudad, el retórico y amilbarado de Climent sobre las calles sanluqueñas, los recuerdos que las actas capitulares han ido dejando en la memoria escrita, cuando no en tradiciones orales, para darse cuenta. La calle de Carmen Viejo fue, en su comienzo, de la Ramería y, posteriormente, de la Mancebía. Uno puede imaginar que fue, en origen, un callejón cerca del mar y de las Atarazanas ducales, reino de pescadores y marineros que buscarían con la noche el vino de las tabernas en la actual calle Román y la presencia de mujeres de amores tan cerca. Debió ser una calle sombría, alejada en cierta forma del tráfico comercial, cercana también por el carril de los Ángeles a la fortaleza militar del castillo de Santiago. Suficientemente cercana al barrio alto y,

al tiempo, tan apartada como la honestidad social demandaba de esta forma de vivir. De todos modos, se registraron múltiples quejas del cercano convento de Regina Coeli cuando éste fue habitado por las monjas que se escandalizaban de estos tratos nocturnos.

Posteriormente el negocio debió trasladarse a otros ámbitos porque la calle albergó la casa del Diezmo, un impuesto de especial relevancia dentro de los muchos existentes tanto por la casa ducal como por la Iglesia. Este diezmo, el 10 % de las cosechas, mercancías y todo tipo de ganancias de particulares, era fundamentalmente eclesiástico en su origen y condujo a todo tipo de tensiones hasta su erradicación. En efecto, este porcentaje aplicado al trigo manejado en la villa era un privilegio eclesiástico antiguo que originó una seria polémica donde tuvo que intervenir hasta el rey, sobre todo porque en determinados momentos (comienzos del siglo XVII) el trigo fue enormemente escaso y el Cabildo se veía incapaz de hacer frente a estos pagos que, para mayor escarnio, iban a parar a la diócesis sevillana. Dado que la iglesia sanluqueña lo exigía sin contentarse con contrapartidas, el mismo Cabildo tuvo que dirigirse al rey y éste se vio obligado a hacer un llamamiento a la diócesis sevillana apelando a la hambruna que padecía en ese momento una población tan carente de trigo. Este tipo de actitudes fue el que condujo a la eliminación de este diezmo en el siglo XIX, el siglo de la desamortización eclesiástica. Precisamente fue en 1814 cuando la casa del Diezmo, cuya labor había sido trasladada al barrio alto en 1782, fue adquirida por los hermanos Florido para la instalación de su bodega.

En 1641 se establecieron en el carril de los Ángeles los carmelitas calzados que ya ennoblecieron espiritualmente la zona. Tras su traslado a su enclave definitivo en la calle Ancha, al final de la de san Jorge (a las que me referiré en el siguiente párrafo), esta calle, que había sido llamada indistintamente del Diezmo y del Carmen, pasó a llamarse del Carmen Viejo.

Paseo por ella y me asomo a la que baja perpendicularmente desde el castillo de Santiago, el carril de los Ángeles. Ya hablé de ella como vía civil para el tránsito desde el barrio alto al naciente barrio bajo de Sanlúcar. Eran los tiempos en que la ciudad y el castillo se defendían de las aspiraciones del conde de Ureña, casa que años después sería conocida como ducado de Osuna, en su intención de ocupar el lugar dejado vacío a la muerte de Enrique Pérez de Guzmán, cuarto duque de Medina Sidonia, con tan sólo 19 años. Fernando Ortiz de Zúñiga fue el capitán al que se le encargó la defensa de la ciudad. Estableciendo su capitanía en el castillo pudo saber de las absurdas discusiones que mantenía el alcaide del castillo con la población civil a cuento del uso del carril de san Diego, inicialmente de exclusivo uso militar. Para zanjar la polémica, el capitán mandó allanar el camino de bajada por este nuevo carril proporcionando a los carreteros una vía preferente para la comunicación entre ambos barrios.

Una de las calles levantadas en este carril fue la del ilustre prohombre José Hidalgo Colón, que la adquirió del duque en el siglo XVIII. La modernizó y colocó una hornacina en la fachada para mostrar un cuadro que representaba a la Virgen bajo la advocación de los ángeles. El culto popular dio así origen a la denominación que desde entonces tuvo este carril.

Finalmente, buscando el lugar donde se levantaron las Atarazanas ducales, llego a la calle Chanca. A la orilla misma del mar en el tiempo de su construcción, las Atarazanas fueron mandadas levantar por el duque Enrique, el llamado Magnífico, en el siglo XV, el tiempo en que el barrio bajo nacía. Allí se arreglaban barcos construyéndose algunos de poco calado. Era importante para el duque disponer de un edificio así porque gran parte de su riqueza comercial se basaba en el transporte marítimo de productos agrícolas y manufacturados. Ya gozaba del privilegio de disponer de almadrabas por gran parte de la costa andaluza, lugares donde almacenar los instrumentos de pesca y hacer pequeñas

reparaciones. De este modo Sanlúcar constituyó el punto más importante de la actividad naviera ducal.



Calle Chanca

Chanca es un término en parte similar al de atarazanas ya que, en origen, venía a denominar el lugar donde se instalaban pequeñas industrias de salazón del pescado (corvinas sobre todo, boquerones, caballas, entre otros) pero luego el término vino a describir los almacenes donde se custodiaban los utensilios a utilizar en la pesca, tal como sucedía en las almadrabas.

Recorro la calle y al final, frente a su desembocadura en la calle Regina, fotografío las casas que ahora ocupan el lugar donde se levantaron las citadas Atarazanas. Nada queda de edificio tan relevante en la economía sanluqueña y en la historia del comercio de la villa. Ni un muro, ni un resto donde colocar una mención a tal hecho. Sólo hay casas y una calle larga que se pierde hacia la derecha. Pero aún he de retroceder por ella un poco y visitar la calle san Jorge. Fue el primer propósito que tuve al hacerme con un plano de la ciudad: llegar a esta calle, observar una casa en concreta, el lugar de un crimen.

Pienso que fue por allí, por la calle Chanca, por donde llegó el clérigo criminal con un arma bajo el hábito, en la esquina unas vecinas le vieron pasar, el manteo negro ondulante, el paso nervioso y rápido. Les extrañó y comentaron entre sí dónde iría tan deprisa.



## 15. El crimen de fray Alonso Díaz

Para entender las circunstancias que, concatenadas, condujeron a este magnicidio en el siglo XVIII, tenemos que empezar hablando del suministro de carne para la villa. En efecto, la venta y distribución de carne, alimento fundamental de las clases más pudientes, estaba en manos privadas, individuos a los que se arrendaba por parte del Concejo municipal el regentar hasta tres carnicerías que podía haber en la ciudad, según la época. No obstante, dicho Concejo nombraba regidores que vigilaban la adecuada y justa distribución de la carne hasta el punto de hacerse responsables de la misma llave de la carnicería.

El bien era muypreciado. La cabaña de ganado propio de Sanlúcar era muy escasa y debían traerse reses de Trebujena, Lebrija, Bornos, Paterna o Arcos. Desde el primer momento, los abusos y fraudes fueron constantes, lo que justificaba la vigilancia de las autoridades. Durante el siglo XVI son reiteradas las referencias en las actas capitulares a medidas destinadas a impedir los sobornos recibidos de las clases altas de Sanlúcar para que se les reservaran las mejores carnes dejando al resto de los sanluqueños sin ellas o sólo con restos de poco valor. Por otro lado, la venta de carne estaba gravada con un impuesto del que estaban exentos los eclesiásticos, la guarnición de la villa y los hidalgos, clases privilegiadas en este caso. Los primeros también estaban exentos de pagar la alcabala (un porcentaje fijo sobre cualquier tipo de transacción económica) cuando llevaban sus propias reses eventualmente al matadero para su sacrificio.

El Cabildo se enfrentaba entonces a varios problemas en torno a la carne a principios del siglo XVIII: Por un lado, debía garantizar su entrega a los 450 eclesiásticos de la ciudad, lo que condujo a un minucioso registro de todos ellos, convento a convento; por otro lado, la carne era un bien escaso y el Concejo, al tiempo, estaba muy falto de dineros constantemente, por lo que se veía en problemas para atender la demanda conventual. Por último y ello era lo más grave, los

eclesiásticos trataban sistemáticamente de burlar el reparto, conseguir mejores raciones cuando no revender parte de la obtenida por tales privilegios a particulares, que pagaban su precio en oro.

El 7 de julio de 1714, sábado, muy de mañana, dos justicias que paseaban cerca del convento de san Agustín, lugar del que se sospechaba la existencia de fraude en la carne, sorprendieron a un muchacho de trece años con una porción importante de carne. Llevado a la cárcel manifestó que se la había dado fray Alonso Pérez, presbítero del convento, para que la llevase a casa de doña Magdalena, “la Platera”. Los justicias, habiendo dejado al muchacho a buen recaudo, volvieron a por la carne que, tal vez imprudentemente, habían dejado resguardada en la zona. Allí fueron interpelados, según algunos testigos manifestaron, por un indignado fray Alonso Pérez que se dirigió a los dos y, sacando un palo de debajo de la sotana, dio varios golpes con él a los justicias antes de que sonara un disparo que le atravesó el muslo, le rompió el fémur y, dada la medicina de entonces, le condenó a una muerte dolorosa varios días después. Los justicias huyeron y nunca se volvió a saber de ellos.

Al día siguiente, domingo, sobre las diez y media de la mañana, el gobernador militar de la ciudad y máxima autoridad real, don Jacinto Velarde, se encontraba despachando unas cartas con su secretario. Residía por entonces en la calle san Jorge, tras la agria polémica mantenida con el duque de Medina Sidonia tres años antes, cuando este último había conseguido del rey la recuperación del palacio que llevaba más de medio siglo acogiendo a los gobernadores de Sanlúcar.

Una vecina vio llegar a fray Alonso Díaz por la calle Chanca, “venía desde el Carril Viejo de san Diego un fraile de san Agustín, con su capote y sombrero, al que conocía por vicario de coro de su convento, donde le ha visto cantar y tiene la voz gruesa. Tomó por la callejuela de Tribulet [antigua denominación de la calle Chanca] que va a salir al convento de Regina y calle de san Jorge, donde vivía el señor gobernador”.

Llegado a la esquina de la calle preguntó por su amo al cochero del gobernador. Éste respondió que creía que estaba dentro y el cabo Félix de Carmona, responsable de la guardia militar del gobernador con sólo veinte años, se encargó de avisarle de que tenía una visita. Velarde debió pensar que, siendo clérigo agustino, venía a interpelarle sobre el asunto del día anterior y mandó hacerle pasar. El cabo Carmona así lo hizo y luego marchó para desayunar a la habitación de enfrente, de espaldas al patio donde sucedieron los hechos. Cuando ni siquiera había empezado a hacerlo oyó un enorme estruendo. No alcanzó a ver al clérigo huyendo.



Calle San Jorge, lugar de huida del asesino  
Al fondo estaba el convento de Carmen Calzado

El secretario vio salir al gobernador y oyó también el disparo. Se precipitó a la puerta y encontró que el gobernador se dirigía tambaleante hacia él. “¿Qué es esto?”, gritó. “¡Jesús, que me han muerto!”, alcanzó a decir el gobernador antes de caer al suelo. Tenía una herida en el pecho de la que aún brotaban algunas llamas, producto de la pólvora ardiendo en la ropa tras el disparo a quemarropa.

El cochero del gobernador persiguió con un guardia de la escolta al clérigo que huía hacia el fondo de la calle, para desembocar en la que ahora es conocida como calle Ancha. El escapado les miró un par de veces e incluso hizo ademán de volver a disparar sobre ellos. “¡Tírale!”, gritó el cochero. “¿Con qué?”, exclamó el escolta, “si está descargado”. El clérigo corrió hasta el convento del Carmen calzado, justo en la confluencia de ambas calles, y entró pistola en mano y trastabilleando. Los testigos le vieron sentarse, demudado y nervioso, y ocultar el arma. Le preguntaron qué había hecho y una mujer oyó decir que “había matado al gobernador”. Mientras la confusión reinaba en torno al herido, los guardias que le habían perseguido hasta el convento, en vez de asegurar sus salidas, volvieron nerviosos para recibir órdenes. Toda esta confusión fue aprovechada por el asesino para escapar.

Llego a la calle san Jorge, el lugar del suceso. Doscientos años antes del mismo, en 1517, un número cada vez más crecido de comerciantes ingleses solicitó del duque la concesión de terrenos para la instalación de una calle propia. Les fue concedido un solar yermo a las espaldas de las Atarazanas que edificaron gracias a los privilegios concedidos por el duque y las aportaciones de un importante comerciante inglés de Jerez. La casa del gobernador es la de la esquina con la calle Regina. Me acerco a ella y la encuentro en obras. Contaba con que ahora fuera de un particular que desconociera lo sucedido en sus habitaciones, me sentía capaz de explicárselo para que me dejara fotografiar el lugar del asesinato. Pero encuentro la casa rodeada por una valla densa que casi me impide hacer una sola fotografía.



Casa del crimen, en la calle San Jorge

Tras hacerla de todos modos veo una sombra que se mueve por la parte interior y un obrero me dice: “¿Qué, haciendo una foto?”. Tal vez pensara que podría ser un inspector de obras o algo así pero deshice el equívoco de inmediato. “¿Sabe usted que en esta casa se cometió un asesinato hace más de doscientos años?”. De inmediato, su cara reflejó el mayor estupor y un interés creciente. Le expliqué quién había sido el asesino, quién el asesinado, que el primero había escapado a la justicia del rey hasta refugiarse el resto de sus días en un convento portugués de su orden. Me escuchó en silencio y luego me explicó que la casa sólo iba a conservar la fachada, que todo el interior estaba siendo derruido para reedificarlo de nuevo. Luego nos despedimos, antes de continuar mi camino. Me había divertido el encuentro, la cara sorprendida del que debía ser capataz de la obra, su creciente interés por lo sucedido. “Le he dado tema de conversación hoy”, me decía. Pero en el fondo me fastidiaba no haber podido entrar, que nada de todo aquello se conservase excepto la fachada. Como casi todo el pasado en Sanlúcar, las casas caen, los recuerdos se van borrando por

más placas que el ayuntamiento quiera poner. Las historias pasadas terminan por borrarse de la memoria de los vecinos.



Iglesia de San Jorge

En esta misma casa que va siendo derribada se conserva una placa en la puerta que recuerda que allí nació en 1840 José González Hontoria, un brigadier inventor de un sistema de cañones que, declarado reglamentario en la Armada, le hizo muy conocido en su tiempo. También, un hombre llamado Manuel María González vivió aquí unos años antes. Por la coincidencia del apellido se puede pensar que fuera pariente, padre o tío, del brigadier. Lo cierto es que en 1835 este Manuel María González comenzó a preparar y exportar en un sótano su propio vino. Trasladado a Jerez a instancias de su tío José Ángel de la Peña, que colaboró con él enseñándole a madurar los vinos de un modo especial, decidió asociarse a su agente comercial en Inglaterra, Robert Blake Byass creando así la compañía González Byass, la primera compañía de exportación en Jerez, que es decir mucho. El vino fino seco que dedicó a su propio tío se hizo famoso con la denominación de “Tío Pepe”. Como dije, hay mucha historia en esta casa que está siendo derribada casi por completo.

Casi frente a la casa del gobernador Velarde se levanta la iglesia de san Jorge que, tras su abandono durante casi un siglo, fue adquirida hace algunas décadas, con sus instalaciones aledañas, por la cofradía sanluqueña de la Virgen del Rocío, una de las cofradías más antiguas de la ciudad y de gran importancia en el culto a la virgen de Almonte.



## 16. Regina y Fariñas

La primera calle de nueva construcción que el duque admitió después de su decreto de 1478 fue la que se conoció por el camino de san Francisco. Para entonces la calle Bretones, la plaza de la Trinidad, Carmen Viejo, ya eran una realidad que la casa ducal no hizo sino legitimar. Pero los caminantes que marchaban desde la plaza de la Trinidad, bordeando las Atarazanas hasta llegar al pie de la barranca de las Cuevas, donde se levantaba el convento de los franciscanos, fueron reclamando la habitabilidad de esa zona.

Este camino de san Francisco empezó siendo ocupado en su primer tramo por las mujeres de los pescadores del barrio de la Balsa, que vendían en los costados frituras de pescado para estos caminantes. De ahí que este corto primer tramo, el que va de la plaza de la Trinidad a la calle Colón se conociera durante un tiempo como calle de las Freidoras.



Calle Fariñas

Pero pronto el camino se fue denominando como calle de la Ribera de la Mar, denominación muy acertada por estar junto a la orilla del mar por entonces. Los prohombres del

lugar se fueron fijando en la zona, adquiriendo solares y levantando pequeñas casas solariegas. Una de ellas aún se muestra hoy en la calle Fariñas, que no es sino una de las partes en que se dividió en su día toda la longitud de la que tratamos.



Casa Colón, en la calle Fariñas

Me llamó la atención desde siempre, una casa vieja, abandonada, pero con un escudo heráldico que recordaba quién la había construido y habitado. Sólo en mi último recorrido me decidí a preguntar por la antigua propiedad de esta casa en una tienda que hay casi enfrente. Me dijo el empleado, “ésa es la casa Colón, sería de alguien importante en su tiempo pero ahora sólo queda la fachada. Por dentro lo han transformado en un aparcamiento provisional. Está todo derruido por dentro, no hay nada que ver. Según he oído lo embargaron a los antiguos propietarios hace cuarenta años lo menos por unas deudas que tenían”. Agradecí la información que no sé hasta qué punto es exacta. Colón fue siempre un apellido ilustre en la villa. El primero que lo trajo hasta Sanlúcar desde la lejana Barcelona era un comerciante dedicado a la exportación de todo tipo de productos a las

Américas. Sin duda, el mejor lugar para dicha labor era este puerto desde donde, a partir del siglo XVI, se emprendían numerosos viajes de descubrimiento y comerciales con el nuevo continente.

Pero antes de llegar a esa casa se levanta otro de los edificios que daban solera y rango a una calle e incluso a una barriada. Los Medina Sidonia fueron cuidadosos con este arrabal de la Ribera, destinado a constituir el corazón de la Sanlúcar moderna y comercial. Por ello lo dotaron de varios conventos o mejoraron otros ya existentes y que amenazaban algún deterioro.



Convento de Regina Coeli

La calle Regina se llama así por haber albergado desde muy pronto el convento de las monjas clarisas de Regina Coeli. Los franciscanos y sus hermanas las clarisas fueron acogidos en la ciudad con especial afecto por ser órdenes humildes ante las que tanto las autoridades como el pueblo se volcaban. Fue el tesorero general del duque don Enrique el que, en 1519, otorgó en su testamento a las monjas clarisas todo el espacio de unas casas que eran de su propiedad en la calle. Se realizó entonces un sencillo convento de una sola nave en madera hasta que la duquesa Ana de Silva y Mendoza, a principios del siglo XVII, hizo levantar el actual convento que, desde entonces, 1609, preside la calle.



Convento de Regina Coeli, interior

Mucho tiempo después, en 1913, el Cabildo quiso honrar a un eclesiástico, José María Fariñas, muerto en 1871 pero cuya estela en la ciudad aún se conservaba. Fue cura ecónomo de la iglesia parroquial de Nuestra Sra. de la O, provicario de las trece capellanías de dicho templo, arcipreste examinador, colector de misas y otros altos cargos de la ciudad, incluido ser miembro de la Junta de Gobierno que en 1843 eligió un nuevo Cabildo para la ciudad.

Hombre de fuerte carácter, tan polémico como consideraba necesario en la defensa de los derechos de la iglesia, buen redactor de memoriales en los que reclamaba su aplicación, hubo de vivir, para su desgracia, en un siglo caracterizado por la desamortización de los bienes eclesiásticos. De este modo, tuvo una muy agria polémica jurídica y personal con el nuevo propietario del convento de santo Domingo. Quedando para la iglesia exclusivamente el templo y la sacristía, Fariñas interpretó que la capilla de Nuestro Padre Jesús de los Milagros era parte del templo como paso obligado para el coro y el campanario. De nada sirvió que el Cabildo fallara a favor del propietario ni que lo hiciera posteriormente el propio ministerio central de Gracia y Justicia. Fariñas implicó en el litigio a las autoridades eclesiásticas sevillanas llevando la situación al extremo de casi provocar enfrentamientos personales. Finalmente, el propietario vio reconocido su derecho pero debió quedar tan harto de la situación que vendió la propiedad poco tiempo después a un miembro de la familia Colón.

En 1855 vemos de nuevo a Fariñas protestando airadamente ante el arzobispado sevillano por el hecho de que en determinada iglesia de la ciudad, en concreto la de la Caridad, las mujeres cantaran públicamente en los oficios religiosos. A él le parecía una falta de decoro y una incitación a males mayores. Sabido por el pueblo el nuevo enfrentamiento entre el capellán de la Caridad, que aducía que la iglesia era de los Medina Sidonia y por tanto no aceptaba el fuero eclesiástico ordinario, y el padre Fariñas, el pueblo acudía en masa a los oficios de la Caridad para contemplar el suceso de un coro de voces femeninas. Eso causó gran escándalo a Fariñas que dirigió un nuevo escrito a Sevilla aduciendo, ante este agolparse del gentío, que “sólo por esto se puede hacer una idea de lo que allí sucedería... oprimidas unas personas contra otras... desórdenes... irreverencias”. De nuevo perdió el pleito y tuvo que resignarse.

En la segunda de las casas de la antigua calle Regina a partir de su cruce con el carril de san Diego hay una casa que

pude localizar. En su zaguán, debajo de un techado de madera, hay una placa que dice: "Recuerdo merecido al bienhechor de pobres y enfermos don José M<sup>a</sup> Fariñas, arcipreste y cura propio de Sanlúcar hasta su muerte en 1-28-1871". En esta humilde casa nació este sacerdote y es por ello que el Concejo dio su nombre al largo tramo que va desde el carril de san Diego hasta su final, cuando el camino se cruza con otro perpendicular llamado de san Nicolás por levantarse en su esquina una pequeña ermita a este santo.

## 17. Calle de santo Domingo

El final de la calle Fariñas coincide con un cruce de caminos: la calle de san Nicolás es perpendicular y lleva desde la orilla del mar (donde se llama de otro modo) hasta rodear el barrio alto de Sanlúcar. Fariñas, en cambio, encuentra una continuación, más allá del cruce, en la avenida de san Francisco que recorriendo varios kilómetros (donde también cambia de nombre) conduce hasta el puerto de Bonanza. Este cruce encierra, pues, varias historias.



Iglesia de San Nicolás

La pequeña iglesia de san Nicolás está en esta conjunción de calles. Es de 1754 pero se construyó de una manera más firme sobre una antigua ermita dedicada a san Nicolás de Bari y que constituyó en su tiempo el lugar preferente de culto de toda la barriada de pescadores gallegos asentados allí. Sin embargo, desde el siglo XV, cuando el arrabal de la Ribera iba abriéndose paso, entre otras cosas ocupando los espacios anteriormente poblados de chozas para pescadores, el culto se fue trasladando a un monasterio algo más lejano.

Fue en 1443 cuando un grupo de ilustres ciudadanos, entre los que volvemos a encontrar a Alonso Fernández de Lugo (el padre del conquistador de las islas Canarias), se dirigió a una muy rica hacendada, doña Mencía Alfonso Muñoz, para que cediera unos terrenos alejados, situados al pie de la barranca de las Cuevas, a la orden franciscana. Ya dije anteriormente que la pobreza de esta orden atrajo inmediatamente la simpatía de los sanluqueños. Estos recorrían los nuevos caminos de tierra que las múltiples pisadas y el uso constante forjaban sobre el barro hasta el monasterio de san Francisco, constituyéndose así un camino que había de empedrarse mucho después rotulándose con distintos nombres: Regina, Fariñas y finalmente la avenida de san Francisco.

Unos años después llegó a este monasterio Diego de Alcalá, un franciscano de reconocida fama misionera y caritativa. Habiéndose descubierto las islas Canarias a principios del siglo XV, en 1422 embarcó fray Diego hacia ellas y, siendo llevado por una tormenta hasta la pequeña isla de Fuerteventura, instituyó allí una misión y convirtió a la religión católica a miles de guanches. He leído alguna biografía suya y debió ser un hombre preocupado por los enfermos y menesterosos, en la auténtica línea del fundador de la orden. Fraile humilde por otro lado, nunca pareció envanecerse de los milagros que aún en vida se le fueron atribuyendo. De hecho, quedó en Sanlúcar la leyenda de la

plantación por él de un pino, el llamado “pino de san Diego” al que el pueblo atribuyó desde pronto muchas propiedades curativas. Permaneció un tiempo en este templo de Sanlúcar hasta viajar a Roma y luego radicarse en Alcalá de Henares. A su muerte su fama era tan grande que, años después, el rey Felipe II, ante una grave enfermedad de su hijo Carlos, mandó desenterrar sus restos incorruptos y, colocándolos en la habitación del enfermo, le atribuyó su curación. Aún más, el rey español, después de este suceso, fue el gran impulsor de la canonización del fraile Diego de Alcalá. Después de saber la forma en que santa Teresa fue desmembrada a su muerte uno puede creerse que la religiosidad en aquellos tiempos llegaba a cualquier cosa.



Iglesia de San Francisco

A finales del siglo XVII el monasterio estaba casi en ruinas. Su labor de albergar a los franciscanos que marchaban tanto a Canarias como al Nuevo Mundo, hacía tiempo que había dejado de ser efectiva. El pronunciado declive de Sanlúcar desde que en 1645 pasó a poder real y el tráfico de Indias ser desviado hacia Cádiz, dejó sin efecto la estadía de estos misioneros. La comunidad, sin embargo, buscó un nuevo acomodo por la calle del Ángel, en unas casas que les fueron donadas por el licenciado Tribulete. Allí empezaron a trabajar duro para levantar un nuevo convento, esta vez más sólido y menos humilde que el original.

Gran parte de los dineros necesarios para la construcción fueron aportados por fray Pedro de Buceta cuyas habilidades como ingeniero hidráulico le llevaron hasta tres veces a las Américas, encargándose de las tareas de suministro de agua a distintas poblaciones que iban creciendo en aquel continente. Las ganancias obtenidas en dicha labor fueron empleadas en la construcción de un hermoso templo, grande, compacto, con un convento al lado, inaugurado en 1752.



Claustro en el actual colegio de La Salle

He recorrido muchas veces esta calle del Ángel, he entrado en numerosas ocasiones en el claustro tan hermoso del convento, hoy sede del colegio de los hermanos de La Salle, de cuya estancia en Sanlúcar este año se conmemora el centenario. Tras el decreto desamortizador del siglo XIX los franciscanos se marcharon definitivamente y, quedando la iglesia prácticamente cerrada al culto (sólo se emplea en conferencias, conciertos, etc), el convento anejo fue dedicado a penitenciaría y otros menesteres civiles hasta la adquisición por los hermanos de La Salle para la educación de los jóvenes sanluqueños. En ese claustro y en una estancia aneja se celebran en verano torneos de ajedrez que me han llevado a visitarlo repetidamente.



Plaza de santa Ángela de la Cruz

Frente al templo de san Francisco se levanta el convento de las Hermanitas de la Cruz de manera que la plaza dedicada a su fundadora, santa Ángela, cuyo busto la preside en su centro, está prácticamente rodeada por edificios religiosos. Es una plaza pequeña, triangular. En ella suelen sentarse ancianos por la tarde, gente que mira con curiosidad cansada a un fotógrafo que presta atención a la iglesia, al convento, a la misma estatua de la fundadora del mismo.

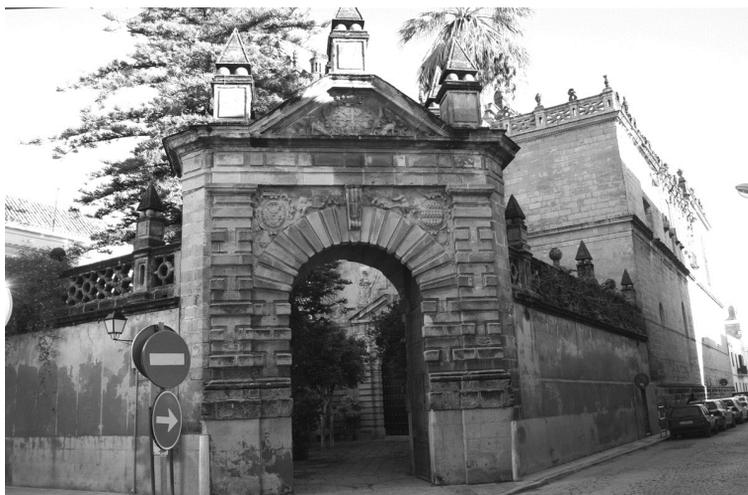
Luego empiezas a recorrer la calle paralela a Fariñas, la de santo Domingo, que terminará en la calle Ancha y en la plaza del Cabildo. Esta calle es estrecha aunque ya no tanto como las anteriormente recorridas y llena de comercios de ropa, material electrónico, droguerías, ferreterías, tiendas de objetos de bajo precio. Algunas de ellas se presentan en los bajos de casonas que fueron importantes en su tiempo, como la de Barbadillo donde residió durante un tiempo la escritora Cecilia Böhl de Faber, “Fernán Caballero”, buena amiga de los Orleans. Al parecer, su novela “La gaviota” está inspirada en los caracteres y costumbres observados en Sanlúcar. Por esta misma calle de santo Domingo bajaba la escritora para recoger y enviar su correo hasta la oficina sita en la calle san Jorge, en cuya esquina fue asesinado el gobernador Jacinto Velarde.



Calle de Santo Domingo

La calle se llama así porque al final de la misma se alza la espléndida iglesia del mismo nombre. La iniciativa de su construcción fue del duque Juan Alonso que mandó adquirir en 1522 ocho casas de pescadores de techumbre de paja para instalar en dicho lugar una iglesia importante que honrara todo

el nuevo barrio que se estaba construyendo en el arrabal de la Ribera. Tanto este duque como su esposa Ana de Aragón pensaron desde el principio en los frailes dominicos. Por entonces se asentaban de manera provisional en el convento de Madre de Dios, más allá de la plaza del Cabildo y del que hablaremos al final de este recorrido. Ya por entonces ejercían una importante labor en la evangelización americana de manera que su instalación en el nuevo templo, teniendo en cuenta que se encontraba en el camino hacia el puerto de Bonanza, lugar de embarque, resultaba ideal.



Exterior de Santo Domingo

La magnificencia de la nueva iglesia provocó una cierta demora en su finalización de manera que no fueron sus promotores los que la inauguraron sino su nuera, Leonor Manrique de Sotomayor y su hijo, el duque Alonso Pérez de Guzmán, en 1570.

Recorres la calle de Santo Domingo, de acera tan estrecha en el lado de la iglesia, y encuentras en su entrada una especie de patio por el que se accede a la iglesia propiamente dicha. Este tipo de construcción en “compás” de entrada fue

exportado con los dominicos a numerosos templos que jalonan la América hispana. Sólo entré una vez, hace muchos años, cuando se celebraba una boda un sábado por la tarde. La iglesia estaba profusamente iluminada, los invitados se apiñaban en los bancos y sólo me detuve un momento a mirar. No sabía que en la capilla más hermosa, la de Nuestra Sra. del Rosario, hay hasta cinco gobernadores militares enterrados, incluido el ya mencionado Jacinto Velarde.



Interior de Santo Domingo



Calle Ancha

Luego marchas calle abajo y las aceras se hacen más amplias e incluso la calzada desaparece al haberse peatonalizado recientemente. Es la calle Ancha de los Mesones, una de las calles comerciales por excelencia y lugar de encuentro de muchos sanluqueños. Pero antes de introducirnos en ella repasaremos un trozo de historia que resultará decisiva en el discurrir de la ciudad. Un suceso que partirá en dos la historia de una ciudad fuerte, poderosa y pujante, sobre todo desde el punto de vista comercial, y que saldrá del mismo convirtiéndose paulatinamente en una población en clara decadencia. Hoy creo que, en gran medida, este hecho está superado pero no sin que haya marcado la historia de la ciudad durante varios siglos.



## **18. La frustrada independencia de don Gaspar**

Estamos hablando del Sanlúcar comercial actualmente pero también del barrio de la Ribera que se erige sobre las arenas del borde del mar, construyendo sobre terreno ocupado tradicionalmente por los pescadores del barrio de la Balsa o del de los gallegos. Este arrabal va engrandeciéndose paulatinamente con calles paralelas a la orilla: Carmen Viejo, la avenida de san Francisco (luego Regina y Fariñas) y finalmente la calle de santo Domingo y calle Ancha. En todas ellas el comercio desde el siglo XV es muy intenso, favorecido sobre todo por el hecho de que Sanlúcar era el puerto oficial de acceso de las naves que venían de las Américas o partían hacia allá. Todo ello acabará a partir de 1645, cuando una real cédula dejó sin validez el señorío de la casa de Medina Sidonia sobre Sanlúcar, que había durado trescientos cincuenta años, y el Rey Felipe IV asumió el control de la ciudad. A partir de ese momento las atribuciones económicas, comerciales que se fundamentaban en el tráfico de Indias fueron quedando sin efecto al trasladarse dicho tráfico a Cádiz y, en menor medida, al Puerto de Santa María. De este modo, Sanlúcar entrará en un grave período de desmoronamiento de la vida económica, un despoblamiento creciente y una profunda crisis que durará casi doscientos años. De manera que la descripción de la historia del Sanlúcar de los comerciantes quedaría incompleta si no se mencionan las raíces de este suceso.

Hacia 1638 el reinado de Felipe IV atravesaba una profunda crisis tanto institucional como económica. Se registraba un levantamiento de los Países Bajos que obligaba a una sangría económica constante para mantener la presencia militar de los Tercios y el control sobre una amplia zona en pugna con la rebelde casa de Orange. Al tiempo se mantenía una guerra entre la corona castellana y la rebelde Cataluña, que se había levantado contra el rey en una sublevación apoyada por Francia. Éste es el momento escogido por el

duque de Braganza para levantar Portugal y declararlo independiente de la corona española. No podía ser más oportuno porque las fuerzas militares estaban dedicadas a los otros dos frentes, Cataluña resistía con denuedo sin que fuera posible detraer fuerzas de allí y al conde duque de Olivares, tío del duque de Medina Sidonia, su homónimo Gaspar Pérez , no le quedó otro remedio que pedir la ayuda militar del mismo para enfrentarse a la rebelión portuguesa.



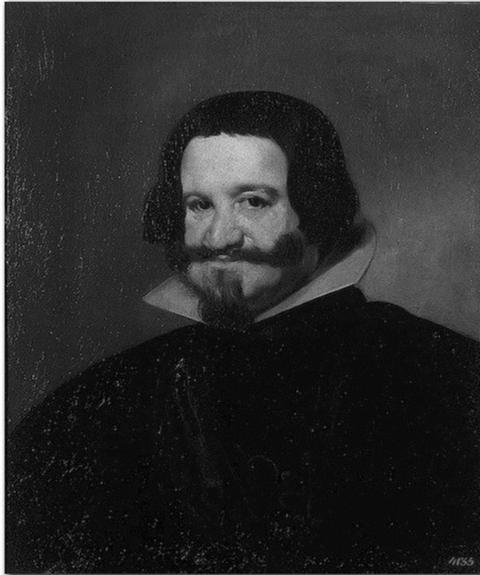
Barrio bajo de Sanlúcar

Sin embargo, los lazos familiares entre el de Medina Sidonia y el nuevo rey de Portugal, que se había coronado con el nombre de Juan IV, no podían ser más estrechos, dado que este último estaba casado con Luisa Pérez de Guzmán, hermana del señor de Sanlúcar. De manera que el tío del duque le pedía que combatiera contra su cuñado, curiosa circunstancia. Lo cierto es que el de Medina Sidonia organizó un ejército pobre en Ayamonte y no pasó de establecer alguna escaramuza en la frontera. Llamado al efecto por el rey para que integre sus tropas en un ejército que se iba formando en Badajoz, la aportación del duque volvió a ser escasa.



persona conocida en la frontera recurrió como correo a un padre franciscano llamado Nicolás de Velasco. Éste atravesó la frontera pretextando ir a rescatar a un español preso de manera que el duque de Braganza, al tanto del asunto, le mandó tomar prisionero y, cargado de cadenas, llevarle hasta la corte. Allí el padre habló con el rey y los nobles transmitiéndoles los mensajes que evidenciaban la actitud favorable del duque de Medina Sidonia para un levantamiento.

El personaje debía ser algo vanidoso porque le fue prometido un arzobispado y, según presumió posteriormente, ya se veía con el capelo cardenalicio por el servicio efectuado. Sintiéndose confiado en la corte portuguesa entró en contacto con un prisionero español que había servido al duque de Medina Sidonia pero también como tesorero del rey castellano. Éste supo mostrarse deseoso de colaborar con la casa ducal y, dado que se necesitaba un correo para transmitir al de Medina Sidonia la situación portuguesa, el padre Velasco explicó todo el proyecto a su nuevo confidente.



Conde duque de Olivares, por Goya

Enviado éste finalmente a Sanlúcar lo que hizo, nada más pasar la frontera, fue dirigirse a la corte madrileña entregando las cartas que llevaba al conde duque de Olivares. El rey Felipe IV montó en cólera y mandó llamar inmediatamente a Madrid a Gaspar Pérez de Guzmán, el señor de Sanlúcar. Es posible que éste, antes de obedecer el requerimiento, consultara con algunos de sus familiares, hombres poderosos como su consuegro el duque de Arcos, el marqués del Infantado, etc. La situación no permitía otra cosa que obedecer para lo cual se confió a las seguridades que tenía de su tío el conde duque de que sería respetada su vida, su honra y sus bienes. En Madrid negó tajantemente estar conspirando contra el rey pero denunció al marqués de Ayamonte como el cabecilla de esa conspiración que no contaba en modo alguno con su beneplácito.



Felipe IV, por Goya

Satisfecho con esa actitud, mandado apresar el marqués, que sería ajusticiado por degollamiento en 1648 en su confinamiento del Alcázar de Segovia, el rey se contentó con prohibir la vuelta del duque de Medina Sidonia a sus tierras, ordenarle un absurdo desafío personal contra el duque de Braganza (al que éste no acudió) y desposeerle del señorío de Sanlúcar.

La actitud posterior de los siguientes duques de Medina Sidonia que mostraron una acendrada fidelidad a la corona castellana hizo que poco a poco, generación tras generación, fuesen recobrando sus propiedades e incluso, mucho más adelante, la posibilidad de volver a residir en Sanlúcar. Setenta años más tarde, cuando era gobernador militar Jacinto Velarde, había prácticamente dos administraciones y dos formas de recaudación de impuestos diferentes en la villa: la del rey y la de los hombres del duque. Incluso hemos mencionado el hecho de que el palacio de Medina Sidonia, residencia del gobernador desde 1645, fue nuevamente entregado al duque para ser habitado por sus familiares.

Sin embargo, el daño estaba hecho. El lucrativo comercio de las Indias, todo el comercio y la riqueza que generaban para la ciudad, desapareció bruscamente y Sanlúcar empezó una decadencia que sólo el siglo XIX, primero a través del favor de Godoy y, finalmente, por la presencia de los Orleans, pero sobre todo con el comercio del vino y su exportación fuera de las fronteras españolas, pudo frenarse dando lugar a la ciudad limitadamente próspera que existe actualmente.

## 19. La plaza del Cabildo

Llego andando y mirando comercios hasta la plaza del Cabildo por la calle Ancha de los Mesones, como se denominó inicialmente. Fue otra de las calles paralelas a la orilla del mar y, desde el comienzo, adquirió una gran importancia. La presencia de la iglesia de santo Domingo tan cercana garantizaba la presencia de muchos fieles. Por otro lado, la cercanía del puerto propiciaba la presencia de la pequeña nobleza o de una naciente burguesía dedicada al comercio con las Indias. La calle Ancha fue al principio una vía de un solo lado, el más interno, estando el otro ocupado por el mar. Allí se establecieron tabernas y mesones que dieron un aire inconfundible a la calle, llena de movimiento, vitalidad, viajeros y pícaros.

En todo ese tiempo, a medida que se construía el barrio bajo, persistía frente a la calle Bretones un gran espacio vacío. El terreno a orillas del mar, amplio, despejado, era ideal para la realización de esas vendejas o ferias que se celebraban dos veces al año y en las que se establecían tratos comerciales a la par que se vendía género y se organizaban fiestas populares. Desde el principio fue tradicional la instalación de tenderetes en esos días para la venta del alimento más básico: el pan. Las panaderías así surgidas adquirieron pronto rango de permanentes y se les fue buscando un acomodo. La solución dada fue la construcción de un amplio y sólido edificio en el mismo centro de la plaza de la Ribera, como se conocía entonces, de manera que ésta quedó dividida en dos partes: la que se conocería como plaza del Cabildo, la más amplia, y la plaza de san Roque, al otro lado, quedando a ambos lados del edificio de la Panadería dos calles laterales exentas que comunicaban ambas plazas: las calles de Isaac Peral y de la Amargura.

La Panadería fue terminada en 1726 pero cinco años después se había concluido una ampliación que permitió

compartir el edificio al Cabildo de la ciudad que por entonces celebraba sus sesiones en la plaza de la Paz, frente al palacio de Medina Sidonia, zona cada vez en una mayor decadencia ciudadana.



Puestos en la calle Isaac Peral

Entro en la plaza de san Roque desde la Trinidad, lugar aledaño. Por la mañana he visto levantar tenderetes metálicos a negros, sudamericanos. Venden bolsos, carteras, zapatos, pañuelos, cinturones, todo tipo de cosas. Las mujeres, camino de la compra, charlan junto a sus carros ahora vacíos, sin hacer caso del fotógrafo que las encuadra. La calle Isaac Peral se estrecha por la presencia de estos puestos ambulantes, el ambiente está lleno de conversaciones, personas que pasean y miran, preguntan luego un precio, vuelven a mirar. Los vendedores charlan de vez en cuando entre sí pero se mantienen ojo avizor. Esta pequeña calle se llamó de los gallegos porque aquí se instalaron muchos comerciantes de esta procedencia hacia finales del siglo XVIII. Luego el Cabildo cambiaria su nombre tradicional para honrar al ingeniero y marino español Isaac Peral que, casado con una sanluqueña, llegó en cierta ocasión al puerto para hacer una demostración de su sumergible para admiración de las autoridades y del pueblo presentes en las maniobras.

No puedo dejar de pensar que las huellas del pasado siguen persistiendo, pese a todo lo que el tiempo pretenda borrar. La plaza de San Roque formaba parte de la de la Ribera de manera que asistió a esas vendejas donde se instalarían puestos de venta, se establecerían intercambios comerciales con bretones, ingleses, flamencos y franceses. Ahora son otros extranjeros de tez más oscura o de allende los mares los que venden su mercancía repitiendo, sin darse cuenta, los mismos ritos ciudadanos que se vienen cumpliendo desde hace cuatrocientos años en este mismo lugar.



Plaza de San Roque

Los tenderetes ocupan sólo la mitad de la plaza. En el centro, donde ahora se levanta una hermosa palmera, existía una fuente y allí se colocó la imagen de san Roque, después de que una ermita dedicada a este santo se derrumbara. Al otro lado de la plaza una placa recuerda el tiempo en que esta plaza, de manera efímera, recibió el nombre de un ilustre sanluqueño: el pintor Francisco Pacheco, colaborador de Martínez Montañés, importante pintor de la escuela sevillana en cuyo taller, allá por 1610, ingresó un chico joven llamado Diego de Silva Velázquez del que sería su suegro tras darle por esposa a su hija Juana Pacheco.

Casi debajo de la placa se abre la puerta de una pequeña y hermosa iglesia, la de los Desamparados. En 1672, una parte de la hermandad sita en la Trinidad y que unos años antes se había separado de la misma por desavenencias, vino a instalarse en este lugar. Sitio peculiar en ese tiempo para acoger a la nueva hermandad de los Desamparados puesto que eran casas dedicadas a la Mancebía. Siendo propiedad de un hermano del duque de Medina Sidonia las rentaba para estos menesteres hasta que decidió darle un uso más honesto y lo donó a esta hermandad dedicada al trato benéfico con los más humildes, enfermos y necesitados.



Iglesia de los Desamparados

La iglesia es más sencilla en su fachada de lo que resulta por dentro. Es pequeña y cuando se abre una puerta entra el sol a raudales iluminando casi hasta el altar. Hay muchas personas en ella a media mañana. Hombres y mujeres permanecen ante las imágenes de Jesús Cautivo y una preciosa talla de María Santísima de la Estrella. Están en silencio, mirándolas intensamente, musitando oraciones, ajenos al trasiego de personas, las puertas que se abren y cierran, el sol que ilumina y luego vuelve la oscuridad. No sé qué mirar más, si las imágenes, muy hermosas, o las caras y actitudes de los fieles que se agrupan de pie frente a ellas llenos de devoción. Hago algunas fotografías sin flash, para no molestarles, pero no hacen caso de todos modos y me parece estar invadiendo un terreno de una privacidad ajena y que no debo compartir de esa forma. Salgo entonces de nuevo a la plaza pero la imagen de esos fieles se quedará en mi recuerdo.



Iglesia de los Desamparados, interior

Bajo por otra de las pequeñas calles laterales, la simétrica a Isaac Peral, esta vez denominada de la Amargura. Casi toda ella está cubierta por toldos de cara al verano. Las

mesas del bar que preside la calle se alinean a todo lo largo de la misma. Están llenas casi siempre que paso, sea por el desayuno, la comida o la cena. La gente charla incansable, prueban calamares, arroz, gambas, apuran una copa de manzanilla.



Bar el Cura, en la calle Amargura

Luego desemboco en la plaza del Cabildo, el corazón lúdico de la ciudad. Allí han ido instalando desde muy de mañana las mesas donde se sientan los turistas, los propios sanluqueños, después de haber recorrido la calle Ancha. En una de ellas probé por primera vez ese vino de manzanilla exquisito, seco, estupendo. Ahí he comido en ocasiones tapas muy variadas, he charlado degustando de esa vida ciudadana que allí cobra un remanso de paz bullicioso, ajeno al silencio y más cercano a la charla, la reunión familiar o de amigos. En el centro, presidiendo la plaza, una gran fuente abarrotada de palomas que por la mañana permanecen en los tejados colindantes para bajar después en busca de las personas, los niños que vienen a tirarles maíz, los padres que charlan en una mesa mientras esos mismos niños corretean en torno a la plaza y gritan alborozados por Dios sabe qué.

Lugar de encuentro por excelencia en Sanlúcar, de degustación de manzanilla y todo tipo de tapas, la fachada del antiguo Cabildo escoltando a un lado la calle Ancha que atraviesa la plaza por uno de sus extremos. En el lado contrario alguna placa que recuerda la presencia en la plaza de tertulias literarias, del Casino, restos de la vida intelectual de un siglo XIX muy activo en este tipo de cuestiones.



Antiguo Cabildo

Me siento junto a la fuente. Una niña de pocos años va arrojando a las palomas el maíz que su madre le va dando. Hablamos de lo hambrientas que están, de la ausencia de niños a estas horas de calor. Luego me alejo. Estoy cansado, a punto de cerrar el recorrido por este barrio bajo lleno de vida que contrasta tanto con el callado silencio y abandono del barrio alto, esos grupos de personas que charlan sentados a una mesa, sevillanos y sanluqueños entremezclados, algunos turistas que sonriendo al sol me recuerdan a los viejos sentados en un banco del barrio alto, la mirada perdida, las breves conversaciones. Pero aún no termino. Me queda internarme más allá de la calle Ancha, en su prolongación llamada san Juan, buscar una iglesia testigo de una historia por desgracia eterna, un amor poco conveniente que termina en el asesinato de una joven a manos de un hombre malamente enamorado.



Lugar de antiguas tertulias literarias

## 20. El crimen de fray Pablo de san Benito

La vida de una ciudad se nutre también de crímenes, momentos en que irrumpe una violencia individual que trastoca el orden establecido y provoca los comentarios y discusiones de la población. De repente, en medio de la normalidad que da la vida cotidiana, entrevemos que la naturaleza humana encierra salvajismos y alteraciones imprevisibles. El orden y la rutina quedan así alterados y nos damos cuenta que esa alteración, un crimen pasional, otro político, muestra por un momento aspectos de los hombres que no suelen estar a la vista.



Consulado en la calle San Juan

Camino por la continuación de la calle Ancha. En esta calle de san Juan hay un hermoso edificio a la derecha, la fachada llena de mosaicos atractivos, la antigua casa de Arizón, hoy convertida en banco. Pero no me detengo en ella, es otro mi objetivo. Continúo andando y veo, a mi izquierda, un consulado con sus banderas en la fachada. Lo buscaba como una muestra de las casas solariegas que los cargadores de Indias enriquecidos mandaron construir en esta zona. Pero

a su lado encuentro lo que buscaba, el escenario de un crimen ocurrido una mañana de hace más de doscientos años, el 6 de marzo de 1774, para ser exactos.



Iglesia del Carmen

En 1641 llegaron a Sanlúcar los carmelitas descalzos a instancias del duque de Medina Sidonia. Residieron en la ermita de san Roque durante veinte años pero, siendo ésta pequeña, encontraron acomodo en unas casas cuya entrada daba a la calle Baños, paralela a san Juan. Poco después consiguieron la edificación de una iglesia conocida como del Carmen. Ahora muestra unas rejas en la entrada pero en el tiempo que describiré no era así y la entrada a la iglesia era franca. Recorrí la verja hasta encontrar con cierta sorpresa que había una puerta lateral abierta. Entré de esta manera al espacio estrecho que media entre el pórtico y la calle. Un breve suelo y unas escaleras. Miré esos escalones por donde corrió entonces la sangre de una joven, por donde se le fue la vida, muerta a cuchilladas por un clérigo de la iglesia.

Esta historia comienza cuando un joven de poco más de veinte años llegó a Sanlúcar para ingresar en la orden de los carmelitas descalzos. Frente al convento vivía el licenciado Luis Tassara, abogado de los Reales Consejos y contador para el Rey de la real renta del tabaco, junto a su mujer, Juana García de Miranda, de unos cuarenta años, y cuatro hijos, entre los que se contaba María Luisa, que en el momento de los hechos contaría no más de dieciocho años. Era entonces frecuente la visita del clero a las señoras que eran fieles de una parroquia. Por ello, doña Juana invitó a venir frecuentemente a casa a su confesor que llegó varias veces acompañado por un clérigo joven. Pronto entraron en confianza y, además de una amena charla y la toma de algún refrigerio, los clérigos departían con los hijos de la familia jugando a cartas.

Al parecer, la relación entre el joven clérigo y la hija de doña Juana no fue del todo inocente. Cuando fue tomado prisionero fray Pablo confesó que se mandaban cartas por medio de un hermano más pequeño de M<sup>a</sup> Luisa, además de hacerse señas desde las ventanas del convento que daban a los balcones donde vivía la muchacha.



Balcones de la antigua casa de los Tassara

Ahora el convento adyacente a la iglesia es un Centro de día destinado a los ancianos. Desde 1835 en que la desamortización disolvió la comunidad el edificio fue destinado a cuartel, almacén y otros muchos destinos que terminaron en el mencionado. Con mi natural curiosidad me empeño en hacer una foto desde la ventana en que el clérigo buscaba a la muchacha, el movimiento en unos visillos, la cara que se asoma, el consultar la hora de la cita en que ella le esperará en su casa o en una calle aledaña. ¿Qué pensaría él?, me pregunto, ¿y ella?, ¿qué fue aquel clérigo para esa jovencita a la que gustaba que aquel chico le mirara, pese a la tonsura y los hábitos, y lo hiciera con deseo? Todo ello se traduce en miradas, sonrisas, una búsqueda incansable que no pasó desapercibida. En un momento determinado, cuando el confesor volvió de un largo viaje durante el que fray Pablo había rondado incansablemente a la muchacha, doña Juana habló con aquel y convinieron en negar al joven la entrada a la casa. Éste hirvió de rabia y resentimiento. Se atrevió a preguntar a don Luis cuando se encontraba en la oficina de Correos y el contador real se encogió de hombros exclamando: “Eso es cosa de mujeres”.

La familia Tassara se mudó a otra vivienda cercana y, por la noche, el clérigo se descolgaba desde una ventana del convento que daba a la colindante calle Locutorio y luego subía a la terraza del edificio donde vivía la muchacha. Según manifestó cuando ya estaba preso y ella no podía desmentirle, las visitas eran a primera hora de la noche y siempre fue bien recibido. Podemos imaginar cómo, si no es un burdo engaño para exculparse del arrebató pasional posterior.

Finalmente, llegó a sus oídos que un hombre mayor llamado “el Salinero” buscaba hacer proposiciones a M<sup>a</sup> Luisa. Entonces llega el drama. Es la salida de la misa de once en la iglesia del Carmen. El clérigo se hace el enconradizo en la puerta con la madre y la hija. Dos vecinas que hay enfrente, charlando a través de las rejas de la ventana en el piso bajo, les ven discutir, luego fray Pablo agarra con firmeza a la muchacha con la mano izquierda y busca un momento en su pecho hasta sacar un cuchillo con el que le asesta una puñalada en la cara. La chica da un grito y cae, pide en el suelo que no la mate. Ante el horror de la madre, se agacha y la segunda puñalada es mortal al alcanzarle la yugular. Hay una gran profusión de sangre. La gente acude mientras el clérigo huye con el puñal en la mano hasta el convento de san Agustín, donde será encontrado y hecho preso poco después.

La madre, al día siguiente, manifiesta que fray Pablo le había pedido explicaciones, de una forma airada, de por qué le negaba la entrada en su casa y si era cierto lo de aquel hombre que pretendía a la muchacha. La aludida se mostró conforme con lo que defendía su madre. Supongo que una cosa era jugar a gustar y otra entablar relaciones que a la familia no convenían teniendo en cuenta que el clérigo no contaba con ninguna fortuna. La madre le dijo entonces que se volvían a su casa, seguramente para terminar la conversación. Entonces él exclamó que su hija no iba a ninguna parte, justo antes de dar la primera puñalada.

Entro en el Centro de día y tuerzo a la izquierda. Numerosos ancianos se arremolinan en torno a una especie de garita acristalada donde una enfermera parece estar dando

instrucciones. Todos están tan atentos que no echan cuenta de ese turista que entra cámara en mano.



Lugar del asesinato

Giro hacia la fachada que da a la calle. Es una sala grande con una mesa alargada en medio donde se apilan algunos periódicos que algunos ancianos, retrepados en su sillón, leen atentamente. Nadie me mira. Parece que soy invisible. Me acerco a la ventana enrejada y hago un par de fotografías del balcón por donde se asomaba M<sup>a</sup> Luisa. Ya en la calle me acerco al número 62 de la calle san Juan, donde la llevaron en volandas, su cuerpo desangrándose recostado en una escalera. Nada se pudo hacer por ella y su asesino, juzgado, condenado a muerte y luego trasladada la sentencia a cadena perpetua, pasó veintiséis años en Puerto Rico en una celda hasta fallecer. De nada sirvieron sus peticiones de clemencia al nuevo rey ni el deseo de que se atemperase la crudeza del castigo impuesto.

Hoy es frecuente que se hagan públicos casos de este tipo. Uno piensa que nada ha cambiado a ese respecto, que estos crímenes siguen produciéndose, aquellos que parten de un supuesto derecho de propiedad de una mujer por el hombre

que la quiere o la desea. Pero, por debajo de la justicia de reclamar el castigo que merecen estos crímenes, salgo a la calle san Juan y echo un último vistazo al escenario. La ventana del convento, el balcón de la casa de M<sup>a</sup> Luisa, las escaleras de la iglesia. Me puedo imaginar el cuerpo de la muchacha, el cuello abierto, la sangre a borbotones, la locura de un hombre de corazón enfermo que huye ensangrentado por las calles de Sanlúcar mientras una vida truncada desaparece en la casa de enfrente donde ha sido trasladada. Me puedo imaginar que esos jóvenes pudieron tener algo de felicidad, que su vida pudo ser distinta, que no podrían suponer siquiera que, por detrás de esas señas que se hacían, de aquellas palabras de amor, de admiración, de las sonrisas de aquiescencia, yacía una fuerza violenta, la del amor desordenado, ése que descontrola a los hombres y les impone actos crueles que no podemos imaginar en el correr cotidiano de cada día, pese a que se repitan con aterradora insistencia. Porque no sabemos qué fuerzas desencadenamos ni adónde nos llevará la vida ni el amor ni la pasión, si a la felicidad o al desafuero.



Número 62 de la calle San Juan, frente a la iglesia



## 21. Madre de Dios

Recorro la calle Baños porque no quiero dejar esta zona sin visitar el convento quizá más rico que hubo en Sanlúcar, el que se levanta en la plaza de Madre de Dios, donde aún están las monjas dominicas, una presencia ininterrumpida desde el siglo XV. Fue entonces cuando la duquesa Leonor de Rivera y Mendoza adquirió varias casas del arenal para construir este amplio convento que, terminado en 1480, conoció un siglo después la construcción de un templo anejo. Recorro la estrecha plaza, ahora solitaria. El convento se alza ocupando toda una manzana, el altísimo muro que no impidió en el siglo XIX que algunos jóvenes, animados por la cercana presencia del Teatro central, se subieran a unos árboles para pasar al patio del convento con grave escándalo de las religiosas.



Convento en la plaza Madre de Dios

Frente al muro, al otro lado de la plaza, casas señoriales de los siglos XVIII y XIX, cuando ya Sanlúcar se empobrecía pero aún atraía la presencia de comerciantes poderosos, familias distinguidas, enriquecidas muchas de ellas

con los cargamentos de Indias en el pasado, fortunas algunas extinguidas hoy en día o alejadas de Sanlúcar.

Pero antes de eso, en 1673, un hacendado poseía un molino aceitero justo enfrente del convento, donde luego se alzaron estas casas. El producto de su actividad es un producto maloliente y altamente contaminante, el alpechín. En aquellos tiempos corría remansándose en la plaza hasta desembocar en la misma plaza del Cabildo. Por ese motivo y por la queja de las monjas la alcaldía tuvo que intervenir solucionando, no sabemos cómo, el problema. Pero poco después un nuevo molino de las mismas características planteó un nuevo trastorno a la congregación. En esta ocasión estaba en la cuesta de Almonte, junto a lo que luego sería el palacio de Orleans. El alpechín bajaba caudaloso para desembocar en el mar pero la construcción del convento del Carmen del que acabamos de hablar hizo que los desechos desviaran su curso buscando la plaza de Madre de Dios. Nuevas protestas, otros requerimientos y las obras de canalización necesarias para desviar su curso.



Casas señoriales frente al convento

Uno da en pensar en esta extraña combinación entre el convento más rico de la ciudad y los ríos de alpechín corriendo junto a sus muros. La historia de la ciudad está salpicada de hechos de este tipo, arroyos sin canalizar que buscan su desagüe en el mar a través de barrancas y calles arrastrando de paso todo tipo de inmundicias. En la construcción entera del barrio bajo son frecuentes estos hechos, desviaciones interesadas para aprovechar agua potable, otras imprevistas que terminaban inundando de desechos plazas y calles respetables. El alcantarillado se fue instalando muy lentamente, empezando por las calles cercanas al palacio de los Medina Sidonia y no completándose la tarea hasta el mismo siglo XX.

Mientras esto sucedía y el Concejo se quejaba amargamente de la falta de dineros para emprender cualquier mejora de la ciudad. Cuando eran los propios vecinos los que debían costear cualquier obra mínima en sus calles, como el empedrado de las mismas. Cuando los hombres que se enriquecían por su cercanía al duque con las prebendas y ganancias que ello podía suponer o bien por su labor emprendedora en el comercio de las Indias, planteaban repetidamente ganancias de terreno, cierres de callejones y ocupación de espacios a cambio de alguna mejora municipal. Durante todo este tiempo Sanlúcar crecía entre inmundicias arrastradas por arroyos incontenibles, malos olores, restos putrefactos que se acumulaban, despojos del Matadero de la cuesta del Ganado... En la propia iglesia aneja al convento de Madre de Dios hay un cuadro dedicado a la Virgen del Sudor. Ya me extrañó esta apelación que se repite en una plaza perdida junto al mar, en el antiguo barrio pesquero de Bajo de Guía. ¿Cómo puede haber una plaza dedicada al Santo Sudor?, me preguntaba. Pero es cierto. Durante una epidemia de peste, quizá la que se presentó en 1648, cuando los enfermos eran llevados extramuros hacia el barrio de san Cayetano, en concreto a la calle del Caño Dorado, para que no se contaminaran los supervivientes, cuando eran los negros esclavos los encargados de enterrar a los muertos. Fue

entonces cuando las creencias de la época manifestaron que una Virgen rompió a sudar y que ese santo sudor fue el que limpió las calles de la enfermedad y alejó la peste de Sanlúcar.



Portada de la iglesia Madre de Dios

Forma una parte del mismo pueblo andaluz que situaciones de este tipo convivan con creencias religiosas acendradas, grandes inversiones ducales en el levantamiento de conventos donde alojar a congregaciones religiosas que, por otra parte, estaban exentas de muchos impuestos, gozaban de todo tipo de privilegios jurídicos y económicos, recibían donaciones, legados testamentarios. Es cierto que el siglo XVIII, el de las Luces, vendrá a frenar, incluso desde el poder real, este desarrollo para que luego, un siglo después, las leyes desamortizadoras cercenaran abruptamente este poder inmenso de conventos y monasterios. Pero antes de eso la situación es muy distinta y quizá hoy en día no estemos completamente alejados de esa herencia, aunque el tiempo y las circunstancias sean otras.

Uno podría pensar que esta religiosidad era propia de las clases pudientes. Así vemos que varios duques y, sobre

todo, duquesas, estarán detrás de concesiones, privilegios, y la construcción de conventos en todo Sanlúcar. Cuando no sean ellos podemos observar a hombres notables de la época, algunos en vida como los que consiguieron albergar a los franciscanos, otros en la muerte, donando sus casas y posesiones para la instalación de una nueva congregación. ¿Y el pueblo? Tal vez se podría pensar que esos pescadores envueltos en necesidades, los toneleros, aguadores, carreteros, curtidores, podrían estar sufriendo todas las consecuencias de su miseria con una fe tibia. Pero no es así. Su fe es distinta. No está hecha de gestos ni donaciones sino de creencias y mitos, de culto inmoderado a determinadas imágenes y santos.

Repasemos la historia del Humilladero de Nuestra Señora de la Consolación. Una familia acomodada, los Páez, habían traído una imagen de la Virgen desde Sevilla, a saber dónde fue adquirida, no habría falta de imágenes precisamente en aquel tiempo. A la larga, sin saber muy bien qué hacer con ella probablemente, la incluyeron en el regalo de bodas que hicieron a una de sus criadas. La imagen presidió el hogar de esta familia humilde durante dos generaciones. Uno de los nietos de esta criada, carpintero, quiso extender esta devoción al resto del pueblo. Para ello adquirió un derecho municipal sobre una esquina de la calle san Juan con la plaza actual del Cabildo. Allí arregló una hornacina y colocó esta imagen en 1749, pleno siglo de las Luces, hay que observar. Mientras Voltaire escribía sus obras, dos años antes de que Diderot y D'Alembert publicaran en Francia el primer tomo de su Enciclopedia, la pared alrededor de la hornacina se llenó de milagros, ofrendas espontáneas del pueblo por favores recibidos de esta virgen, curaciones deseadas, cualquier tipo de petición atendida. Se formaban verdaderos tumultos frente a la imagen, se rezaba, se encendían cirios. El vicario de la diócesis se inquietó ante esta forma irregular de culto, los desórdenes de orden público a que daban lugar. La Iglesia siempre ha pretendido controlar estas cuestiones, a fin de cuentas es ella el único cauce para acudir a Dios, la Virgen y los santos. Hubo protestas airadas dirigidas al arzobispado

sevillano, dimes y diretes, hasta que el propietario de la casa, hoy convertida en un banco, el señor Arizón, mandó que se retirara la imagen de su fachada siendo trasladada a otro lugar cercano a la plaza de san Roque donde, con el tiempo, la imagen fue perdiéndose en el olvido.



Casa Arizón, en la calle San Juan

Recorro el perímetro del alto muro del convento de Madre de Dios, antes de pasar por la portada. Sólo es un muro, una puerta noble, una plaza en silencio, el empedrado de la misma, unos árboles y algunos contenedores de basura. Sólo parece haber eso. Pero por aquí corrió el alpechín, por aquí unos jóvenes exaltados treparon a unos árboles para espiar a las monjas. Aquí se recluyó una congregación de dominicas que poseían tierras y casas en aquellos tiempos. Muy cerca el pueblo se empujaba hacinándose frente a una imagen que alguien compró en otra ciudad para ser objeto posterior de un regalo. Aquí, en el silencio del templo cerrado, permanece un cuadro que recuerda la creencia popular de que una Virgen salvara a la ciudad de la enfermedad que las inmundicias, desechos y restos habían traído. Como si una Virgen pudiera librarnos de las consecuencias de ser como somos.

# **4**

## **Sanlúcar de los veraneantes**



## 22. Convento de la Victoria

Lo dicho en el párrafo anterior queda reafirmado en toda la zona que ahora me dispongo a visitar. Más allá de la plaza del Cabildo, la que entonces era plaza de la Ribera frente a la calle Bretones, se extendía la línea del mar y, surcado por arroyos que corrían hacia él serpenteando entre arenas, estaba el primer puerto de Sanlúcar hasta el siglo XVI en que el de Bonanza le fue a suceder. Esa línea del mar que incluía el puerto es ahora una larga calle, de nuevo paralela a la calle Ancha, conocida como Banda de la Playa. Sobre ella se construyó el convento de la Victoria, a su lado se levantaba la isleta de los Tartaneros y aún más allá la aduana ducal condujo a la construcción de la calle Bolsa. De este recorrido nos ocuparemos ahora, antesala de la Calzada del Ejército, lugar donde los veraneantes cercanos a los Orleans empezaron a construir casas señoriales para ser habitadas en verano.



Entrada al convento de la Victoria

Es en 1611 cuando los hermanos mínimos, la congregación creada por san Francisco de Paula, encuentra un acomodo definitivo en la ciudad tras ser llevados a ella por los

duques de Medina Sidonia. Junto a la isleta mencionada de los Tartaneros, al lado del mar entonces, el duque poseía unos terrenos que donó para la construcción de un espléndido convento que hoy podemos situar a espaldas de la plaza del Cabildo, camino del mar. Sin embargo, el favor ducal fue complementado decisivamente por el legado testamentario de una riquísima hacendada llamada Marina de Almonte, poseedora de una casa cerca de la calle de los Caballeros, que ya he mencionado. Esta señora murió sin descendencia y, siendo su confesor un hermano mínimo, optó por donar a su congregación gran parte de su hacienda en 1613, lo que permitió levantar el convento de la Victoria.

Lo visité por primera vez hace unos años, con ocasión de una exposición de muebles antiguos. Es hoy un centro cultural en la parte del claustro y sala de exposiciones, además de acogida de otros eventos culturales, en la parte de la nave. Se entra a ella por un bonito y elegante compás que muestra un patio espacioso donde hay colocadas, como en muchos otros lugares de la ciudad, una pirámide de toneles de manzanilla a modo de publicidad. Ello recuerda que tras la salida en el siglo XIX de esta congregación por la desamortización, el convento conoció diversos usos, incluido el de bodega.

Pido permiso para hacer fotografías del interior y el hombre de la puerta se encoge de hombros y me señala el interior, dándome permiso. Parecen estar en obras, está todo revuelto, tanto la primera sala como la que continúa por la izquierda, la nave mayor. Casi nada recuerda lo que fue, tanto tiempo ha pasado, tantos usos distintos ha conocido. Aún se conservan unos techos que uno de los trabajadores, que se me ha acercado con curiosidad, me señala. Empiezan un debate entre dos de ellos sobre qué sitios de Sanlúcar son dignos de fotografiar. Les tranquilizo afirmando que ya he visto la mayoría, que todo me ha parecido interesante y llenos de historia. “Este mismo convento”, les digo, “fue muy importante en su tiempo”. En vez de ofenderse porque alguien de fuera venga a hablar de su ciudad en ese tono sabihondo me

señalan otros espacios más allá de la nave grande, escaleras que ascienden a otro piso y que están cruzadas por maderos y escayolas. No me atrevo a subir más. “Fíjese, fíjese en esos techos”, dice uno orgulloso. Luego me despido pero, antes de irme, asciendo unas escaleras que hay en la primera nave pequeña por la que pasé. El hombre de la puerta ni me mira.



Segunda nave

Me encuentro una amplia sala de baile, un gran espejo a la derecha, dos barras para que las bailarinas ensayen sus movimientos, zapatillas negras repartidas por un rincón. Luego me voy hacia la calle de Banda de Playa.



Sala de baile



Hotel Tartaneros

Allí se levanta en primer lugar un hermoso edificio, el hotel Tartaneros, y entonces sé que estoy sobre aquella isleta donde los pilotos y tripulantes de las tartanas en el siglo XVII llegaban para descargar la pesca y negociar un buen trato de compra y venta. La tartana era una barca no muy grande, de vela latina. Sólo más tarde el espacio a espaldas de la plaza de la Ribera fue siendo ocupado por edificios ducales y los negocios pesqueros se trasladaron al cercano barrio de la Balsa hasta que, finalmente, el retroceso del mar les condujo al puerto de Bonanza.



Antigua Aduana ducal, en la plaza de los Cisnes

Llego a la plaza colindante. En el centro la estatua de una señora, nuevos toneles en una esquina, palomas revoloteando. Me dirijo a unos viejos que están sentados y charlan entre sí y con alguno que pasa. Les pregunto si saben dónde estuvo el hotel, si recuerdan dónde pudo estar la aduana ducal. Discuten, uno señala para un lado, otro para el otro, siguen discutiendo. “El único hotel es ése” y me señalan aquel de donde vengo. “Ése es el hotel Tartaneros”, les digo, “pero hubo aquí un hotel llamado de los Cisnes, por eso la plaza se llama así”. Los viejos de la plaza de los Cisnes se sienten como pillados en falta. Que venga un turista de fuera con su

cámara al cuello para darles lecciones los deja desconcertados. Vuelven a discutir. Señalan a todos los lados, argumentan y, de repente, el más grueso deja caer los hombros y reconoce que no saben de qué estoy hablando. Les doy las gracias y me voy riendo, no de ellos, sino de la escena tan pintoresca que hemos formado, ahí discutiendo los tres sobre las direcciones de los edificios, sobre recuerdos que ni los más viejos del lugar atesoran ya.



Estatua de la infanta

La plaza de los Cisnes se llama así porque en el primer año del siglo XX se abrió en el frontal de la plaza, de cara a la playa cercana, un hermoso hotel llamado así. Por entonces ya había un nutrido grupo de veraneantes procedentes de Sevilla, familias ilustres, con alguna fortuna, pequeña nobleza, que querían vivir durante el tórrido verano sevillano la frescura del clima sanluqueño y, sobre todo, la cercanía de la corte chica de los Orleans. Algunos de ellos, mientras se construían una casa a la orilla del mar, otros porque no se podían permitir tal gasto pero deseaban veranear aquí, habitaban el hotel de los Cisnes. Fue por ello un lugar de tránsito de numerosas carrozas. Cuando aún no se había construido el hotel, a finales

del siglo XIX, era un lugar de tránsito de todos estos veraneantes hasta el extremo de que se publicó un bando municipal prohibiendo el acceso a la plaza de dichos carruajes y su obligada estancia en el arrecife de la Calzada, como se llamaba entonces a la línea del mar, cada vez más alejada.

Pero antes de que fuera un lugar central de los veraneantes sevillanos, esta plaza se conocía como de la Aduana desde que en 1594 el duque Alonso Pérez de Guzmán decidiera adquirir unas casas a la orilla del mar, junto al puerto sanluqueño de entonces, para levantar la Aduana ducal, un gran edificio para la época, donde trasladar las oficinas que entonces residían en limitadas condiciones en una de las esquinas de la plaza de la Ribera. Tras leer las noticias de entonces he llegado a la conclusión de que dicha aduana no estaba, como creí a indicación de los ancianos, en la parte izquierda de la plaza mirando a la Calzada sino en el lado contrario, donde ahora hay un bar y heladería que ofrece como reclamo atractivo para los niños una enorme vaca de escayola en su puerta.

En el centro de la plaza la estatua de una señora algo mayor. “Ésa es la infanta”, me había dicho un anciano. “¿Qué infanta? ¿María Luisa de Orleans?”. El interpelado me miró nuevamente con una mezcla de sorpresa, escepticismo y reconvención, evidentemente sin saber de qué estaba hablando. Para él era la infanta y nada más. Como si dijera: “¿Usted cree que es bonito reírse de los ancianos?”. Realmente, puedo ser odioso cuando quiero, pensaba al despedirme agradeciendo sus inútiles esfuerzos.



## 23. Bolsa y Cerro Falón

Durante varios veranos he pasado casi a diario por una calle que nace de la plaza del Cabildo para correr paralela al mar hasta llegar a san Nicolás, un poco más abajo de la iglesia de san Francisco. Es una calle estrecha, de aceras nada amplias, casi permanentemente en obras que dificultan aún más si cabe el tránsito normal en coche por ella. Al tiempo resulta larga, con numerosos cruces en los que hay situados espejos convexos que muestran a los coches la presencia de otros transversales. Las casas a los lados son blancas, envejecidas, la cal no está siempre reluciente. Desde el principio me hizo gracia el nombre, calle de la Bolsa, junto a otra paralela hacia el mar, llamada de Trاسبolsa, que entendía correctamente que se llamaba así por la primera. Cuando uno dice Bolsa hoy en día se evocan cosas notablemente diferentes a lo que se puede ver allí: trasiego económico, mercado, bolsas que se abren y se cierran pendientes del cinturón a la hora de hacer pagos o cobros.



Calle Bolsa

La calle Bolsa es uno más de los ejemplos de este Sanlúcar que borra las huellas del pasado y, sin embargo, cuando uno aprende a mirar y leer su historia, se da cuenta que esas huellas permanecen, apenas sugeridas, prestas a desplegarse cuando el conocimiento y la memoria acuden a la cita.



Calle Bolsa

La calle Bolsa nace, efectivamente, en una de las esquinas de la antigua plaza de la Ribera. Allí estuvo inicialmente la Aduana ducal que cobraba un porcentaje sobre todo producto cargado o descargado en Sanlúcar, así como el impuesto llamado almojarifazgo sobre los barcos que llegaban de las Indias camino de Sevilla. Esta tasa considerablemente jugosa fue discutida hasta la saciedad por los almojarifes de Sevilla, que la reclamaron para sí durante muchos años, lo que obligó al rey castellano a pronunciarse a favor de los Guzmanes repetidamente por ser privilegio que ya tenía el primero de ellos, Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, en toda la costa de Vejer, Conil, Chiclana y el Puerto de Santa María, desde principios del siglo XIV.

Es por ello que esta calle se conoció como de la Aduana o de la Aduana Vieja cuando en 1559 se levantó en la actual plaza del Cisne el nuevo edificio de la Aduana. Resulta más impreciso saber el origen del término “bolsa” que pudo deberse a la recaudación del almojarifazgo ducal o bien al tiempo en que se conformó, al borde mismo de la plaza de la Ribera, un mercadillo de comerciantes que efectuaban, lógicamente, muchas transacciones económicas.



Primera instalación de la Virgen de la Caridad

Esta primera parte de la calle, hasta que atraviesa la calle del Mar, fue siempre la mejor construida y donde abundaban las casas de señores pudientes. Allí llegaban hasta hace menos de medio siglo los pobres que habitaban el resto de la calle, con nombres tan exóticos como “el tonto de los estropajos”, para pedir en las puertas de las casas solariegas

construidas en el primer tramo. Allí también volvió a repetirse, aunque esta vez de forma favorable, el suceso narrado antes de una imagen de la Virgen que, llegando de Sevilla, se instale en una esquina por voluntad de un ciudadano, en esta ocasión el alférez Pedro de Rivera y Sarmiento. Tenía tal devoción a la imagen que acudía cada día a colocar el aceite necesario en una lamparilla para que estuviera iluminada constantemente. Sin embargo, el 6 de junio de 1608 fue día de fiestas en la ciudad y el alférez, que había acudido a la plaza de toros por un festejo, sólo recordó muy tarde su compromiso de mantener la lamparilla encendida.

Acudió presuroso hasta esa esquina de la calle Bolsa con la plaza de la Ribera para encontrar que, milagrosamente, la lamparilla manaba aceite por sí misma. La noticia se extendió como la pólvora por la ciudad y de toda ella acudieron enfermos para ser ungidos con el milagroso aceite que, sanando a algunos, adquirió una fama inmediata y memorable. El mismo Alonso Pérez de Guzmán, séptimo duque de Medina Sidonia y conductor que había sido de la Armada Invencible acudió, presa de unas dolencias pertinaces que encontraron alivio duradero. En acto de gratitud decidió el traslado de la imagen de la Virgen hasta la iglesia del llamado hasta ese momento Hospital de san Pedro, lugar donde finalmente se levantaría el santuario de Nuestra Señora de la Caridad siendo hoy la patrona de la ciudad.

De manera que es cierto que la calle resulta en su segundo tramo anodina, estrecha, pobre, pero ello no es más que la huella de aquel pasado donde ese tramo era habitado por gente relacionada con la pesca, personas humildes que no podían levantar las casas importantes del primer tramo, ni albergar tiendas ni bares ni salones de ningún tipo que ahora siguen poblando el primer tramo y donde se sientan los sanluqueños a tomar su café y sus churros o tostadas por la mañana y luego, cerca de la comida, es la copa de manzanilla la que aparece y las tapas de mariscos, revueltos, y todo tipo de suculentas raciones.

Desde la calle Banda de Playa a la que vuelvo a descender se extienden varias perpendiculares a todas las anteriores. La más importante y ancha es la Calzada del Ejército. Pero prefiero internarme por otra más estrecha y sencilla paralela por su derecha: Cerro Falón. En su nacimiento muestra un supermercado y la oficina de Correos de la ciudad pero, más allá, sólo hay casas normales, relativamente modernas porque es terreno ganado al mar en tiempos más recientes que el barrio bajo.



Calle Cerro Falón

En el siglo XVIII, con el mar retrocediendo con cierta rapidez, este espacio vacío estaba ocupado por pescadores, que se asentaban provisionalmente en chozas o bien buscaban isletas como la de los Tartaneros para negociar sus transacciones. El arroyo de Pozuelo que bajaba caudaloso desde el carril de los Ángeles terminaba en esta zona después de arrastrar arenas de un lado a otro formando islotes que emergían entre el agua que corría hacia el mar. El golpe de gracia dado a esta zona sucedió con el tremendo terremoto de Lisboa del 1 de noviembre de 1755 que, además de arrasar la ciudad portuguesa tanto por el movimiento sísmico en sí como

por el incendio que se originó y que causó cincuenta mil víctimas, alcanzó con un poderoso tsunami las costas del golfo de Cádiz. Las crónicas recogieron entonces que

“En Cádiz, después de pasado el terremoto a las 11 h, el mar rompió los lienzos de las murallas desplazando piezas de sillería de 8 a 10 toneladas alrededor de 40 a 50 yardas, e invadió la población hasta 3 veces con intervalos de 6 minutos dejando en seco cerca de media legua de playa y ocasionó numerosas víctimas. También se produjeron daños en el muelle y el hundimiento de un barco. El Gobernador de Cádiz ordenó el cierre de las murallas salvando la vida a miles de personas. En los pueblos de la provincia se sintió el terremoto en análoga manera. Conil, Sanlúcar de Barrameda, Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera, etc., todos ellos sufrieron desperfectos en los edificios y víctimas. Sólo en la Isla de León (hoy San Fernando) aparecieron en sus alrededores 26 muertos. Por ejemplo, Conil quedó completamente destruido. En Ayamonte únicamente, hubo más de 1.000 muertos”.

El agua entró poderosa en todo el barrio de la Balsa, el de los gallegos, dismanteló el puerto y arrastró hombres y barcos hacia el interior de la ciudad. Todos los habitantes del barrio bajo huyeron despavoridos hacia el barrio alto mientras el agua alcanzaba en aquél la altura de la grupa de un caballo.

Sólo siete años después, cuando aún persistía el terrible recuerdo de aquella jornada, la zona estaba dismantelada, los cerros de arena se amontonaban sin orden haciendo difícil el tránsito por allí, las aguas bajaban desde el barrio alto. Se recibió por entonces un memorial en el Cabildo de Juan Bernardo Fallón que, siendo propietario de algunos terrenos

por la zona, amén de unas bodegas en lo que ahora es la conjunción entre esta calle, cerro Falón, y el carril de san Diego del que la primera es continuación, ofrecía tres mil reales de vellón para el adecentamiento de la zona y la construcción de una calzada siempre que se le permitiese, dentro del mismo proyecto, la ampliación de sus instalaciones. Al año siguiente volvió a presentar otro memorial donde se comprometía a limpiar un enorme cerro que había frente a sus propiedades a cambio de transformarlo en huertas para su beneficio. Así lo hizo con la siempre favorable anuencia del Cabildo incluyendo la instalación de unas cañerías que resolvieron el problema del desagüe de las aguas del arroyo bajante. Es por eso que esta calle, construida sobre aquellos huertos de entonces, recibió siempre el nombre de Cerro Fallón o Falón, como el habla sanluqueña transformó en su día.

Camino por la calle de la que poco hay que decir actualmente. Casas y más casas, algunas habitadas quizá por veraneantes que vienen buscando la cercana playa de Sanlúcar, las fiestas veraniegas, las famosas carreras de caballos por su arena, en agosto. Me siento fatigado en una cafetería y me sirven un zumo de naranja. Es natural, pienso, basta ver las semillas que reposan en el fondo del vaso. Extiendo el periódico del día. Cerca, algunos trabajadores de alguna empresa cercana charlan y se toman no sé qué. Dos limpiadoras con sus trajes reflectantes soplan su café caliente. Dentro, varios hombres acodados a la barra esperan y hablan con el propietario. Me reclino en el asiento y siento el cansancio pero también el olor del mar, que allí es más penetrante. Después del zumo, recorreré la calle de los hotelitos y después la calzada del Ejército, la parte más veraniega de la ciudad.



## 24. Calzada del Ejército

La primera vez que llegué a Sanlúcar bajé por la que era la cuesta del Ganado, principal vía de acceso a la playa, y torciendo a la derecha busqué aparcamiento junto a una amplia y corta avenida. Me sorprendió su amplitud y esa sorpresa, aunque disminuida con la costumbre, persiste siempre porque todo el resto de la ciudad está plagado de calles estrechas. Además, el terreno que se conquistaba al mar a medida que éste se retiraba iba dando paso, como ahora sé, a calles paralelas a la orilla. Por ello, me resultaba extraño que la ciudad, de repente, hubiera dejado de construir en ese sentido y decidiera hacerlo de forma perpendicular a la orilla cada vez más lejana.

Pero lo cierto es que es así. En el siglo XVI se construye el nuevo edificio de la Aduana y el convento de la Victoria se hace al mismo borde del mar. Un siglo después éste se ha distanciado y los barcos sólo pueden descargar su mercancía a bastantes metros de dicha aduana. De algún modo ésta ejerció un papel de freno a la expansión urbanística de la zona. Lo que en cambio se fue consolidando fue un camino que recorrían a duras penas las carretas llevando y trayendo productos que debían pasar por el control aduanero.

Hacia 1677 se decidió emprender obras de empedrado en este camino para facilitar el tránsito de estas carretas. Hay que tener en cuenta que el agua y el viento traían arenas que cubrían el trayecto pero, además, varios arroyos descargaban sus aguas en la orilla viniendo del barrio bajo por lo que, pese al empedrado, todo se llenaba de barro convirtiéndose en un lodazal donde el tránsito se hacía penoso.

La situación duró un siglo más hasta que el gremio de comerciantes tomó cartas en el asunto proponiendo al Cabildo obras de continuación de la Calzada, ya que el mar se había retirado aún más y el empedrado resultaba insuficiente, además de la construcción de husillos que canalizaran hasta la orilla la descarga de los arroyos. Veinte años después se propuso igualmente el ensanchamiento de la Calzada por su

parte izquierda. A principios del siglo XVIII su longitud y anchura eran prácticamente las actuales.



Calzada del Ejército

Cuando se pasea por la Calzada se ve al fondo el mar. En medio se levanta una construcción regionalista que funciona como oficina de información y turismo, aunque antiguamente fue sede del Círculo Mercantil. Todo lo demás está bordeado de árboles y con el suelo de albero. Cuando he ido recientemente, ya al final de la primavera se celebraba, como dije al principio, la feria de la Manzanilla. Numerosos colgantes y adornos persistieron durante un par de semanas y los toneles en pirámide que habían presidido la portada de la feria, muy al estilo de la región, con sus casetas, sus mujeres con trajes de volantes y la característica copa de manzanilla en las manos de todos.

A un lado y otro de la Calzada se levantan casas elegantes, algunas en claro proceso de deterioro, aparentemente abandonadas, otras habitadas en verano. Cuando se llega a la playa y se tuerce a la derecha se sigue la calle llamada antiguamente de los Hotelitos, porque está toda ella caracterizada por la presencia de casas señoriales, algunas

bien cuidadas esta vez. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX los Orleans se establecieron en Sanlúcar para pasar los veranos, la pequeña nobleza sevillana les acompañó encontrando en la zona de la Calzada un lugar de construcción ideal para sus residencias de verano. De este modo, toda esta zona, que sólo conocía cabañas de pescadores, fue siendo remozada en este sentido.



Oficina de Información y Turismo, a la izquierda

Pese a ello, muchos visitantes se alojaban en casas u hoteles del barrio bajo y alto. Para ellos un avisado empresario, Manuel Montaut, puso a su disposición un tranvía de tracción animal que los llevaba hasta el actual paseo Marítimo. De esta forma, las señoras sobre todo, evitaban ensuciarse en el trayecto hasta el mar. A su término se construyó privadamente una pasarela que conducía hasta la misma orilla por encima de la arena y que se pagaba aparte.

En este ambiente de recreo que aún persiste, aunque en aquel tiempo fuera más clasista, el verano era una forma de fiesta permanente. Había teatros, cines posteriormente. Se levantaron también edificios que albergaban organizaciones burguesas por excelencia como el Casino sanluqueño, el

Círculo de Artesanos, el Tiro de Pichón y otros, de manera que en aquel tiempo las tertulias, los conciertos y ferias eran muy frecuentes.



Casa de la Calzada del Ejército

Hoy en día persiste esa costumbre, aunque los veraneantes sean de Sevilla pero vistan de otro modo y provengan de distintos estratos sociales que entonces. La playa, como todas las de la costa gaditana, se llena de sombrillas. El barrio de la Jara, a la izquierda, lugar de pescadores antiguamente, es ahora un complejo entramado urbanístico de casas de veraneantes, más modestas, evidentemente, que las que permanecen junto a la orilla por la parte que lleva a Bajo de Guía.

Desde la Calzada del Ejército accedo por primera vez a la playa de Sanlúcar, una extensa franja arenosa que en la bajamar se hace notablemente extensa mientras que si sube la marea el agua llega a lamer los accesos del Paseo Marítimo. A mi derecha se llega a Bajo de Guía pero lo dejo para más adelante. Prefiero internarme, hacia mi izquierda, por la misma playa que aquí se llama de las Piletas. La mañana está

nublada, he llegado a una hora temprana además y el sol todavía está bajo, entrando y saliendo de entre los nubarrones oscuros. Pese a ello, la hora y el tiempo, numerosas personas caminan por la orilla aprovechando que la marea está bajando y hay una parte húmeda pero firme. Muchos hombres de edad, mujeres con sus zapatillas deportivas en pequeños grupos, charlando mientras hacen ejercicio



Final de la Calzada del Ejército



Playa de las Piletas

Esquivo a los pescadores que sujetan sus cañas y miran el mar, dispuestos a una larga espera. Uno de ellos, bien joven, se afana recogiendo el sedal en el que han quedado enganchadas unas algas. La mañana está fresca, se hace agradable pasear lentamente y hacer algunas fotos que combinen el cielo oscuro, el mar revuelto y la arena clara.

Cuando llevo ya dos o tres kilómetros paseando voy alcanzando una larga fila de barcas. Si la marea estuviera baja podría apreciar que, al igual que en Chipiona, aún se conservan viejos corrales de pesca hechos con piedras, de manera que el mar, al retirarse, va dejando dentro de ese corral moluscos y crustáceos pequeños, fuente de negocio para algunos mariscadores que arriendan los corrales. Pero ahora el mar no ha bajado lo suficiente y sólo permanecen en la superficie un gran conjunto de barcas que cabecean suavemente con el oleaje. Pienso que es imposible captar con mi cámara ese suave vaivén que mueve todas las barcas al unísono. Un hombre entra en zapatillas deportivas en el agua y salta la borda para entrar. Luego empieza a manipular el motor y más tarde, cuando ya he pasado, oigo su petardeo.

Frente a mí acaba esta playa y, después de unas rocas que atravieso un momento, se extiende otra larga playa que corresponde a un barrio residencial de veraneantes, La Jara. Parece extenderse varios kilómetros más y eso me hace retroceder. Se apunta el faro de Chipiona a lo lejos, distante cinco o seis kilómetros del punto al que he llegado.

En ese espigón hay un promontorio y sobre él, una hermosa y señorial casa. Atravieso transversalmente la arena internándome entre los matorrales y las dunas al objeto de reflejarla bien en las fotos. Sospecho aquello de lo que luego, mirando el plano, tendré constancia. En ese promontorio se levantaba el baluarte o castillo del Espíritu Santo, con sus cañones apuntando a la desembocadura del río, lugar importante donde prevenir invasiones inglesas o presencias piratas. Frente a él, a sólo tres kilómetros y medio, en lo que ahora es la banda de Doñana, había un castillo similar llamado

de san Jacinto. La conjunción de ambos hacía del puerto de Sanlúcar un lugar casi inexpugnable desde que fueron levantados en 1587 para prevenir ataques de ingleses, franceses y holandeses. El castillo fue destruido por voladura en 1812 por imposición de los propios ingleses que habían ayudado a la nación española contra la invasión francesa. Ahora está esa especie de mansión y, bordeando la playa de las Piletas, más y más casas unifamiliares que se abarrotan al llegar los veranos. Al igual que en otros pueblos del entorno, la presencia de estos veraneantes ha impulsado la construcción de casas y pisos en los que alojarse. La ciudad crece y crece cerca del mar.

Luego vuelvo porque ya he visto lo que quería observar. El escenario de las famosas carreras de caballos, la playa inmensa y generosa, el promontorio donde un día hubo un castillo que luego desapareció, como tantas huellas del pasado en Sanlúcar. Pero algo ha quedado a cambio, una casa elegante, unos arenales, urbanizaciones. Otra forma de vivir.



# **5**

## **Sanlúcar de los marineros**



## 25. El puerto de Bonanza

Dejé para el final de mi recorrido por Sanlúcar la parte más relajada, la menos indagatoria. No deseaba adentrarme en la historia del lugar sino disfrutar de un agradable paseo por la playa de la ciudad en dirección al puerto pesquero de Bonanza. La curiosidad por el lugar había sido reciente. En mis visitas esporádicas siempre recorría las calles más comerciales o el palacio de Orleans dentro del barrio alto. Pero apenas había llegado hasta Bajo de Guía, lugar típico de conocidos restaurantes donde se prueban unos mariscos de alta calidad, entre otras cosas. El resto de la playa, simplemente, no lo había mirado.

Luego he leído algunos libros y mencionan el puerto de Bonanza. Busqué en el plano dónde estaba eso, parece que en la orilla del Guadalquivir, más al interior. El plano era detallado y parecía estar lejos pero, preguntando, afirmaron en la oficina de Turismo que a una media hora andando por la playa. Así que dejé para el final este paseo por la playa.



Restaurantes en Bajo de Guía

Me situé primeramente al final de la calle de los hotelitos, que discurre paralela al mar. Hacia el interior comienza la calle dedicada al cabo Noval que continúa llamándose san Nicolás poco después. Hacia la playa comienza ese breve barrio llamado Bajo de Guía. Antiguo barrio de pescadores que durante muchos años levantaron allí sus modestas casas, recibe su nombre en homenaje a la ermita dedicada a Nuestra Señora de la Guía, que estaba algo más hacia el interior de la ciudad. Es por ello que esta zona fue denominada como la que está debajo de la ermita de Guía, Bajo de Guía. Es zona de restaurantes que se alinean de cara al mar cercano. Desde la temprana hora en que pasé por allí los camareros van colocando las mesas y los manteles, servilleteros, sillas. Lo hacen despacio en una acción cien veces repetida, charlan entre sí, comentan algo de la familia, una salida que van a hacer el fin de semana.

La primera vez que paseé por esta zona fui observando que, entre los restaurantes, se extendían unos callejones estrechos que no se veía muy claro qué hacían allí ni dónde terminaban. Me adentré en alguno de ellos y encontré, para mi sorpresa, callejuelas retorcidas, placitas como la dedicada al Santo Sudor, casas con las puertas abiertas donde podías asomarte casi hasta el comedor, ventanas abiertas desde donde un señor entrado en años y kilos te miraba ociosamente apoltronado en un sillón de paja, niños que correteaban por todos lados montados en bicicletas, gritando excitados, señoras tendiendo la ropa en un patio donde casi te introducías desorientado.

No parece haber un orden cuadrículado en estas calles sino que están aparentemente en el mismo desorden en que se plantaron las casas y se fueron alineando entre sí o torciendo según el capricho del constructor, hace muchos años, cuando aquello era tierra ganada al mar y lo que se levantaban eran casas de techumbre de paja.

Volviendo a la orilla del mar, la fila de restaurantes acaba entre casas derrumbadas con su interior desmoronado por el que asoman hierbajos y vigas caídas. Pensé entonces

que ahí acababa todo, que ya no era sitio habitable. Simplemente, no miré más allá ni me pregunté. Pero luego, frente al plano de la ciudad, había visto como una especie de terra incógnita, una extensión verde claro junto a lo que todavía era el mar, entrando en la desembocadura del río Guadalquivir, lugar de lucha entre el caudal del río y el reflujó del mar. Más allá un espacio en blanco decía “Puerto de Bonanza” y, junto a él, se extendía toda una barriada. De hecho, el espacio interior entre Bajo de Guía y este puerto está constituido por alguna barriada modesta entrecruzada por lugares sin construir donde aún había huertas como las que ocuparon todo este espacio antaño.

Fui caminando por la playa. Junto a mí un señor gordo de camisa blanca se obstinaba en acompañarme de manera involuntaria. Yo iba más deprisa pero, al pararme a hacer una foto, él conseguía alcanzarme y luego de nuevo me adelantaba yo hasta una nueva foto. Así estuvimos un rato sin que él pareciera prestarme la más mínima atención, pensando en sus cosas. Había encontrado unos rincones preciosos para hacer fotos. El Sol no se había levantado mucho aún y su luz no deslumbraba. Fue un momento ideal para ir fotografiando, mirando al oeste, las muchas barcas que cabeceaban a pocos pasos de la orilla, algunos hombres incluso se introducían hasta la cintura para sujetar una de ellas y tratar de arreglar alguna pieza del motor. El ambiente era de calma. Sólo se escuchaba el rumor del agua mientras las escasas figuras que a esa hora temprana de la mañana paseaban sin prisa. Mirabas hacia la izquierda y allí, al otro lado de la corriente, se extendía la lengua de tierra infinita que era la costa del coto de Doñana.

Pasé al principio por un desembarcadero donde atracaba el barco que hace el recorrido desde ese punto hasta la playa del Coto y luego atraviesa de nuevo la lengua de agua para llegar algo más allá del puerto, hasta unas salinas. Estaba cansado aquel día después de muchos paseos por la ciudad y no tenía muy claro si valía la pena atravesar el río de esa forma por un precio tan elevado (15 euros) y teniendo en

cuenta, sobre todo, que iba a hacer casi todo el recorrido a pie. Pero me fijé que al lado había una barcaza que ya había visto anteriormente atravesando hasta el Coto. Parecía llevar coches y furgonetas por su estructura pero me dije que, a la vuelta, preguntaría si transportaba también a personas.



Continué mi marcha y fui encontrando restos de barcas que se pudrían al sol de la mañana, otras que se bamboleaban con las olas que morían en la arena, junto a mí. Algunos perros ladraban a mi derecha, correteaban entre las barcas que descansaban en la arena y algunas casuchas que había más allá. No deseaba ya buscar más historia sino disfrutar del paseo hasta el puerto pero la historia no atendió mis deseos. Cuando llevaba ya veinte minutos andando vi a mi derecha lo que parecían los restos de un fuerte de piedra.

Caminé hacia él. Sobre un poyete de piedra había un viejo sentado, aparentemente esperándome, pensé, porque no hace nada ahí. Le saludé preguntándole después qué era eso. “Uyyy”, respondió, “eso es una cosa muy antigua. Tiene dos mil años”. Qué bárbaro, pensé, me he encontrado un fuerte del tiempo de los romanos en medio de la playa de Sanlúcar. Para

que luego digan que esto no es antiguo, que si había un templete fenicio por estos lugares al que se rendía culto. Me despedí encaminándome hacia el fuerte, semienterrado en la arena. El viejo me había dicho que el año pasado vinieron unos señores a verlo y dijeron que lo iban a restaurar pero que hasta la fecha no se ha sabido más de ellos. Me quedé en la duda, no sobre la antigüedad del mismo, sino sobre si el viejo se habría movido del sitio desde entonces y no permanecía vigilando cualquier movimiento en torno a los restos.



Baluarte de San Salvador

Es un fuerte, pese a todo, bien conservado. Frente a él aparece un cartel grande que pone su nombre: Fuerte de San Salvador, siglo XVII. Al parecer fue construido entonces para proteger el acceso al interior del río y al puerto de Bonanza de los ataques ingleses. Cuando tenía cañones el tiro era rasante de manera que constituía un obstáculo importante porque conseguiría desarbolar fácilmente los barcos enemigos. Su efecto debería ser, de todos modos, disuasorio, al igual que otro castillo, ya desaparecido, llamado del Espíritu Santo, situado más cerca del mar.



Puerto de Bonanza

Al cabo de unos tres kilómetros de Bajo de Guía el número de barcas se multiplica y, poco después, se alza un muro que separa la arena del puerto propiamente dicho. Enhiesto se levanta un faro y, a su alrededor, lo que deben ser distintos servicios de la autoridad pesquera. Un malecón se alza enfrente impidiendo un fuerte oleaje cuando sopla el viento de poniente.

El puerto de Sanlúcar durante varios siglos fue realmente el que se levantaba junto a la ciudad. De allí sobre todo salían las naves con destino a América, Fernando de Magallanes en septiembre de 1519 con sólo cinco navíos con los que pretendía dar la vuelta al mundo, Hernando de Soto en abril de 1538 para llegar a conquistar La Florida. Al puerto de Sanlúcar llegó Francisco Pizarro en 1527 para continuar su viaje a Sevilla informando de su conquista de Perú. Entonces el puerto llegaba desde el borde la plaza de Ribera hasta lo que hoy es el carril de san Diego. Por entonces el puerto de Barrameda era secundario, si bien registraba también un movimiento importante de barcos hacia América, particularmente de aquellos que transportaban hombres antes que los que se dedicaban al comercio.

Desde la decadencia de Sanlúcar, a mediados del siglo XVII, los dos puertos dejaron de registrar el movimiento que tenían antes siendo sustituidos por otro puerto más pequeño y cercano al mar, dentro del barrio de la Balsa, eminentemente pesquero y que quedaría arruinado por el mar un tiempo después.

A principios del siglo XIX los demás muelles estaban abandonados por unos motivos u otros. Fue entonces cuando llegaron las tropas francesas que tenían por destino el asedio de Cádiz. Entonces, el antiguo puerto de Barrameda, ahora llamado de Bonanza, conoció un renacido esplendor de naturaleza sobre todo militar, dejando las labores pesqueras para el nuevo muelle de Bajo de Guía.

Justo antes de llegar al puerto tropecé con unas vías herrumbrosas que terminaban en la orilla del mar. Miré hacia el lugar de donde procedían y allí, vallado a cierta altura, se encontraba una especie de depósito de barcos y maquinaria. Un hombre golpeaba rítmicamente algo en una barca de recreo, la única persona en toda la extensión de aquella especie de astillero, como pude deducir. Seguramente esas vías habían llevado barcos al agua en otro tiempo, tal vez la actividad fue entonces febril, más intensa que ahora.

Pude entrar en el puerto aunque estaba prohibido el paso a toda persona sin acreditación. Fui paseando por los muelles donde se alineaban los barcos, costado con costado. Tanto en el muelle como en los propios barcos pesqueros los hombres hablaban animadamente, sin hacerme caso cuando pasaba a su lado y me detenía a fotografiar el escenario, los barcos, el mar, las gaviotas que sobrevolaban todo, decenas de redes almacenadas quizá en espera de reparación en un extenso patio exterior.

No caben las reflexiones en este paseo sino el impacto visual de unas imágenes, la impresión de asistir a trozos de la vida de unos hombres dedicados al mar, a la faena de la pesca, observar que la vida es variada, los oficios diversos, que en todos ellos late el mismo afán de trabajo, dedicación compartida a una tarea. Saliendo del puerto había un bar

grande donde varios hombres tomaban un café y una copa de algo mientras charlaban, al igual que hacían los que había encontrado en los barcos y el muelle. Pero estos debían ser pescadores veteranos, hombres ya apartados del trabajo por la edad, que se contaban historias pasadas y me miraban sin detenimiento al pasar. Más allá el pueblo, que apenas recorrí en un trecho. Se adivinaban a lo lejos torres de pisos, edificios que se van construyendo en esta zona, probablemente una zona futura de expansión de Sanlúcar. Casas modestas pero limpias, bien enaladas muchas de ellas, junto a solares vacíos donde pacía un mulo inmóvil y correteaban los perros. Frente al edificio del puerto la mole inmensa de un colegio.



Muelle del puerto

Después seguí andando por un paseo estrecho y solitario junto a una carretera. Pasaban hombres en moto, camiones en alguna ocasión. Me miraban, ligeramente extrañados. Un hombre solitario por aquellos parajes abandonados, un turista que perdió su rumbo, pensarían, alguien extraño, en suma, pero inofensivo. Junto a mi recorrido se extendían largos canales y, más allá, el edificio de las salinas de Sanlúcar. Desde lejos ya pude percibir dos

grandes montones blancos de sal. Luego, al acercarme, comprobé que estaba cerrado el edificio, no en vano era domingo, pero no había nadie a la vista, ni un vigilante, ni un perro. Sólo la verja y detrás algo de maquinaria y los montones de sal que fui dejando atrás poco a poco, a medida que regresaba. Sentía ya un gran cansancio de tantos días paseando por Sanlúcar, muchas veces al sol inclemente de un mes de junio especialmente caluroso. “He terminado”, me dije, pensando que no había de conocer nada más de la ciudad. Pero aún me esperaba un último recorrido, como la guinda de mi conocimiento de esta ciudad gaditana.



## 26. El coto de Doñana

Tuve la tentación al pasar cerca. Observé que la barcaza que transportaba coches venía ronroneando por el río y que en cinco minutos llegaría a la orilla. Me senté sobre una barca y esperé. Estaba tan cansado de andar que agradecí ese momento de reposo. Eran más allá de las once de la mañana. Estaba bastante nublado pero no amenazaba con llover. Grandes nubarrones grises ocultaban casi permanentemente el sol.



La barcaza finalmente llegó. Bajaba paulatinamente la plataforma de embarque y, al llegar a la orilla, ésta iba introduciéndose bruscamente en la arena. Por ella subí dirigiéndome a quien la regentaba en una garita que se levantaba a un extremo. “Buenos días”, dije, “¿puede usted llevarme al otro lado?”. Afirmó. “¿Cuánto tiempo puede usted dejarme allí?”. “El tiempo de ir y volver, una media hora”. Acordamos el precio de seis euros la ida y vuelta, algo elevado para la calidad del transporte pero no había mucha alternativa. Luego me senté en una de las sillas que estaban amarradas al costado de la embarcación y esperé el rato preceptivo antes de

salir. Llegaron unos turistas extranjeros, chapurrearon peticiones al piloto y unos billetes cambiaron de mano.

Luego el motor empezó a vibrar y la barcaza, separándose de la orilla, dio toda la vuelta encarando el otro lado del río. Me asenté cerca de la plataforma de bajada, bien agarrado a la borda, para ir haciendo fotos de las otras embarcaciones que cabeceaban en medio de la corriente, el surco que la mía iba dejando atrás mientras nos aproximábamos velozmente al coto de Doñana. Cuando llegamos el hombre de la garita gritó: “¡A las doce les recojo!”.

Frente a nosotros había una gran extensión de una playa bien ancha, casi solitaria. Bastante lejos había tres o cuatro personas sentadas en la arena, en bañador. Pensé que probablemente harían el recorrido por la mañana para volver, quizá, por la tarde. No estaba mal la idea para disfrutar del baño en una playa salvaje, enteramente solitaria, al amparo de sombrillas ajenas, niños que te echan arena y miradas indeseadas.

Tenía media hora. Es muy poco tiempo para explorar un lugar desconocido. No obstante, anduve hacia el interior, antes que recorrer la playa. Deseaba llegar hasta el límite del bosque que se adivinaba por esa zona, detrás de un arenal lleno de matorrales. Andando entre dunas de arena llegué a una casa vieja, derruida. Siempre es buen lugar para hacer unas fotos aunque el cielo no acompañaba y la luz deslumbraba demasiado. Para ello tuve que pasar, una vez más, por una puerta donde un letrero proclamaba que sólo tenía acceso el personal autorizado. En esos casos entro con cierta timidez y discreción, pero desde luego entro.

Junto a la casa en ruinas había unas instalaciones del coto donde debía haber personal de mantenimiento del mismo. Había todo terrenos, alguna maquinaria de destino incierto, el bosque ya rodeándolo todo. Hice mis fotos encuadrando ventanas llenas de desconchones, al fondo de las cuales se veía la lejana ciudad. Me interné entre los árboles. No había buenas fotos que sacar pero me gustaba estar solo, escuchar el rumor

del viento meciendo las ramas de los árboles, el crujido de las agujas de pino bajo mis zapatillas. Allá, hacia la orilla, el susurro de unas olas que morían.



Sanlúcar, desde Doñana

Luego volví porque el tiempo era corto y yo me sentía con ganas de descansar. No había mucho más que ver de esa manera, sin integrar alguna excursión organizada. En el lugar de desembarco, sólo marcado por las huellas de la plataforma en la arena, unos montones de ella que se formaban a ambos extremos de la misma, estaba un todo terreno esperando. El conductor leía el periódico y ni siquiera me miró. Luego, en la barcaza vendrían desde Sanlúcar varios hombres vestidos con un mono de trabajo que entrarían en el todo terreno, para éste arrancar poco después, cuando yo ya me alejaba de la orilla.

Pero ahora esperábamos nada más. Al otro lado, la barcaza no había salido aún. Tenía unos diez minutos y opté por alejarme del vehículo estacionado y de su silencioso conductor. Fui recorriendo la orilla. Nuevamente el silencio lo invadía todo. Tenía el cuerpo cansado pero por dentro estaba muy en paz, como disfrutando de uno de esos placeres que

sólo se viven cuando eres niño y el momento que te rodea piensas que es único, sin otras preocupaciones.

El cielo seguía nublado y me daba cuenta de que mis fotos no saldrían bien, que quedarían sobreexpuestas. Nunca, además, podría captar ese color gris que invadía todo el cielo cerniéndose sobre la ciudad de Sanlúcar, allá a lo lejos. Como una gigantesca panorámica pude observar todo lo que había recorrido, desde Bajo de Guía hasta más allá del puerto de Bonanza. Todo estaba desplegado delante de mí. Por eso me detuve, porque me daba cuenta que el momento era especial, como una especie de resumen de todo ese adentrarme en aquella ciudad que había pasado de ser una desconocida a ser algo que formaba ya parte de mí. Porque conocer algo es vivirlo y, tal vez, llegarlo a querer como propio.

Me quedé allí, en la orilla, tras hacer unas fotos. No hice ninguna manos en los siguientes minutos. Simplemente contemplé el paisaje de la ciudad extendiéndose por la orilla opuesta. Era una sensación de plenitud, como si llegara al término de una búsqueda. Al otro lado, en aquella orilla a la que volvería en breve, había hombres viejos que dejaban pasar el tiempo sentados a un banco, mujeres barriendo sus aceras, negros vendiendo cinturones y bolsos en unos puestos callejeros. Había mujeres que miraban devotas la imagen de una virgen, jóvenes que paseaban por una calle ancha, hombres que discutían sentados a una mesa, frente a una copa de manzanilla. En toda la ciudad late la vida y, frente al silencio del coto de Doñana, esa vida bulle para el testigo que era yo. No sería capaz de explicar esa sensación de observar el aliento de todo un pueblo a través de sus gentes, de sus casas, los coches zigzagueando por las calles estrechas, los solares vacíos, las casas arruinadas, el olvido de otro tiempo. Como si todo se uniera, pasado y presente, cosas y personas. Porque aunque el pasado se olvide finalmente se vuelve a repetir en cada acto cotidiano y de esa forma el pasado sigue vivo. Después de mirar lo existente basta sólo cerrar los ojos un momento e imaginar que los tartaneros siguen llegando al puerto con su cargamento de pesca, que los carreteros circulan

por los carriles de san Diego y de los Ángeles, los aguadores voceando su mercancía, los curtidores en sus tenerías, los clérigos pasando por las calles para hacer cualquier recado, los caballeros, espada al cinto, que van a visitar al duque.

Luego abres los ojos y vuelves a ver la ciudad extendiéndose en la otra orilla. La barcaza está cerca de llegar. Los que vamos a embarcar ya estamos en nuestro lugar, esperando. Y a medida que regreso, la vida vuelve a estar cerca pero queda el recuerdo del silencio sobre la orilla del coto de Doñana, el momento en que, tan cansado como me encontraba, me di cuenta de que todos aquellos paseos, aquel fotografiar para el recuerdo, las conversaciones con unos y otros, esa observación permanente, los libros que había leído antes. Todo había merecido la pena.





BARRADILLO

1<sup>a</sup>  
OLOROSO  
1  
1214  
BARRADILLO

1<sup>a</sup>  
OLOROSO  
1  
1214  
BARRADILLO

BARRADILLO

BARRADILLO

1<sup>a</sup>  
FINO II  
1  
1214  
BARRADILLO

1<sup>a</sup>  
FINO II  
1  
1214  
BARRADILLO